



ODIO A LOS MULTIMILLONARIOS

NOMAYA JAX

Odio a los multimillonarios

Novela Romántica Contemporánea (Spanish Edition)

Nomaya Jax

Copyright © 2024 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de \$250,000.

El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

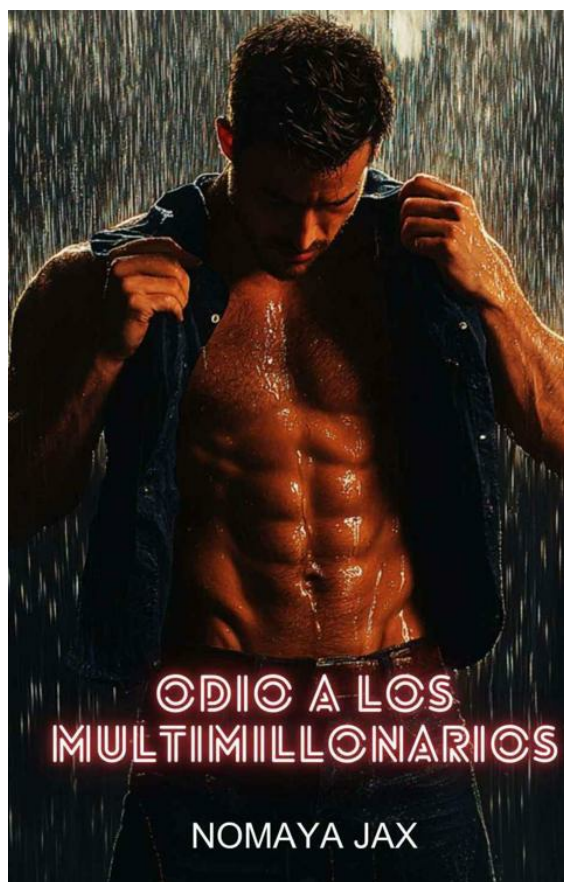
Contents

Odio a los multimillonarios

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17

18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
29. Capítulo 29
30. Capítulo 30
31. Capítulo 31
32. Capítulo 32
33. Capítulo 33
34. Anteprema: Recuérdame
35. Anteprema: De vuelta a nosotros
36. Anteprema: Prometida Equivocada
37. ¡Gracias!

Odio a los multimillonarios



Nunca pensé que mi búsqueda de justicia me llevaría directamente a los brazos del hombre que juré destruir.

Adrian Black es todo lo que odio: despiadado, arrogante y peligrosamente seductor.

También es el multimillonario que destruyó la empresa de mi padre y dejó a mi familia en la ruina.

Planeaba exponer sus secretos, no caer en su cama... ni en su vida.

Pero una noche en su ático lo cambió todo, y ahora no hay forma de escapar de él.

Dice que soy suya, y hará lo que sea necesario para demostrarlo.

Las apuestas ya eran altas, pero dos líneas rosadas acaban de complicar mucho más las cosas.

Amarlo podría ser la jugada más peligrosa de todas, pero es un riesgo que estoy empezando a pensar que estoy dispuesta a tomar.

ADRIAN

El sonido del océano se desvanece en el zumbido constante de los motores de mi jet privado, un pulso rítmico que acompaña los latidos de mi inquieto corazón.

A diez kilómetros por debajo, el Atlántico se extiende infinitamente hacia el horizonte.

El agua cautiva mi atención como el canto de una sirena – las olas gigantescas golpean contra las rocas escarpadas a lo largo de la costa distante, agitándose con una energía implacable que siempre he admirado. Incluso desde esta altura, el poder crudo de la naturaleza se exhibe en toda su fuerza, intocable y salvaje. Por un brevísimo instante, me recuerda que hay cosas que no se pueden controlar.

Mi padre se habría burlado de semejante idea.

Jonathan Black construyó su imperio sobre la premisa de que todo – y todos – tienen un precio, un punto de presión, una debilidad que explotar. "El mundo se doblega ante quienes tienen la voluntad de moldearlo", solía decir, con sus ojos gris acero fijos en el horizonte de Manhattan desde su oficina en la esquina. Incluso ahora, quince años después de su muerte, puedo escuchar la autoridad áspera en su voz, ver cómo sus dedos tamborileaban contra su escritorio de caoba cuando impartía una de sus lecciones.

No es que yo crea en el control absoluto ya, no como él lo hacía.

Todo puede ser influenciado, sí, guiado con la palanca correcta. Pero la marca de dominación de mi padre tenía un costo que no estoy dispuesto a pagar.

He visto a dónde conduce ese camino.

Hago girar el Macallan en mi copa, observando cómo el líquido ámbar atrapa la luz tenue de la cabina, creando sombras danzantes sobre la mesa pulida. El whisky era el favorito de mi padre – otro rasgo heredado que intento desaprender.

No he tomado ni un sorbo. No estoy de humor. Ha sido una de esas semanas – de esas donde cada victoria se siente más como una tarea, cada trato más de lo mismo. Un cero añadido aquí, otra adquisición allá. Mis dedos tamborilean contra el reposabrazos, imitando inconscientemente el viejo hábito de mi padre.

La azafata – Sarah, según su placa – se acerca con gracia estudiada, sus labios perfectamente pintados de rojo curvados en lo que probablemente piensa que es una sonrisa seductora. "¿Puedo ofrecerle algo más, señor Black?" Se inclina un poco más cerca de lo necesario, su perfume un sutil toque de jazmín en el aire filtrado de la cabina. Su mano roza la manga de mi traje Tom Ford, un toque demasiado deliberado para ser accidental.

La despido con un ligero movimiento de cabeza, sin molestarme en encontrar su mirada. "Eso es todo." Mi padre habría disfrutado de la atención e incluso podría haberla perseguido. Tenía debilidad por las mujeres hermosas, un hecho que afectó a mi madre a lo largo de los años. Otra lección aprendida: el poder no lo excusa todo.

"Adrian, estás mirando al océano como si te debiera dinero", dice Eric desde el otro lado del pasillo, mi jefe de seguridad y una de las pocas personas que no tiene miedo de hablarme así. Sus anchos hombros se mueven mientras se acomoda en su asiento, el cuero crujiendo bajo su peso. La cicatriz en su mejilla izquierda atrapa la luz – un recordatorio del cuchillo que recibió por mí hace tres años durante un intento de robo en mi oficina de Miami. Cuando intenté darle una bonificación después, la usó para iniciar un fondo universitario para su sobrina. Así es Eric – leal, pero nunca servil.

Lo miro, mis labios temblando a pesar de sí mismos. "Todavía no, pero seguro que podría encontrar la manera de que suceda." Las palabras salen secas.

Eric se ríe, sacudiendo la cabeza, las canas en sus sienes brillando con la luz. "Por supuesto que podrías. Ya estás a medio camino de la dominación mundial."

La frase desencadena una cascada de recuerdos.

Vuelvo a tener dieciséis años, de pie en el estudio de mi padre, el pesado aroma de los puros cubanos espeso en el aire. Está sermoneándome sobre una inversión fallida en mi cartera simulada – un proyecto escolar con el que pensé que lo impresionaría. Sus dedos están entrelazados bajo su barbilla, sus ojos fríos como la escarcha invernal.

"El control no se trata de fuerza, Adrian", había dicho, su voz llevando ese filo que siempre hacía que mi columna se enderezara. "Se trata de influencia. Encuentra lo que la gente quiere, lo que necesita, lo que teme – y los poseerás."

La lección continuó durante ese verano, como todas las demás. Mientras mis compañeros estaban en casas de playa y campamentos de verano, yo aprendía a leer el lenguaje corporal, a detectar debilidades en tácticas de negociación, a reconocer las señales sutiles de un competidor desesperado. "Observa sus manos", susurraba durante los descansos entre reuniones. "La gente nerviosa se toca la cara y se ajusta la ropa. Ahí es cuando presionas más fuerte."

Parpadeo alejando el recuerdo, aflojando la corbata de seda italiana que de repente se siente demasiado apretada alrededor de mi garganta. "La dominación mundial suena agotadora. No me interesa nada más que asegurarme de que el imperio que he construido no se derrumbe." Es verdad – he aprendido a medir el éxito de manera diferente a mi padre. Él perseguía la expansión a cualquier costo; yo he aprendido el valor de la sostenibilidad, de construir algo que perdure en lugar de algo que simplemente intimide.

Eric levanta una ceja pero no insiste. Las líneas alrededor de sus ojos se profundizan – ha estado conmigo el tiempo suficiente para leer entre líneas.

Lo contraté hace ocho años después de que detuviera un intento de asesinato en una gala benéfica. Estaba trabajando en seguridad privada para otro CEO, pero su rápido pensamiento nos salvó la vida a ambos esa noche. Le dupliqué el salario en el momento, pero más importante, gané a alguien que no tenía miedo de decirme la verdad.

Mi padre nunca tuvo eso – se rodeó de aduladores y sicofantes, personas demasiado asustadas para cuestionar sus decisiones hasta que fue demasiado tarde.

Mi atención vuelve al océano, observando cómo la costa se encoge en el horizonte. Mi finca está ahí afuera en alguna parte, una extensión expansiva de privacidad que raramente disfruto. Dos mil metros cuadrados de arquitectura meticulosa y arte cuidadosamente curado, jardines diseñados por el mismo arquitecto paisajista que hizo los Jardines Botánicos de Singapur, y una bodega que haría llorar a los vinicultores franceses. Todo ello vació la mayor parte del año, como un museo dedicado a la vida que pensé que quería.

Es irónico, realmente. Lo compré porque quería un lugar donde nadie pudiera encontrarme, pero nunca estoy allí el tiempo suficiente para apreciarlo.

Igual que el jardín de mi madre en nuestra antigua casa – un lugar en el que ella vertió su corazón, mientras mi padre se vertía en hojas de cálculo y fusiones.

El recuerdo de ella se asienta sobre mí como un peso familiar. Siempre le había encantado volar, irónicamente. El accidente de helicóptero que se la llevó fue tan repentino, tan sin sentido.

Mi padre recibió la noticia en medio de una reunión de fusión, por supuesto.

Ella había estado tratando de contactarlo toda la mañana por su cena de aniversario.

Todavía recuerdo su cara cuando se lo dijeron – la primera y única vez que lo vi verdaderamente conmocionado. El gran Jonathan Black, sin palabras ante la única cosa que no podía controlar.

El último mensaje de voz que le dejó todavía me persigue. Lo reprodujo para mí meses después de su muerte, borracho con el mismo whisky que no estoy bebiendo ahora, ahogándose en arrepentimiento. "Jonathan, cariño, sé que estás ocupado, pero es nuestro veinticinco aniversario. Pensé que tal vez..." Su voz se había apagado, resignada pero aún esperanzada. "Hice reservaciones en Le Bernardin. ¿Recuerdas nuestra primera cita allí? Llámame cuando puedas."

Duró exactamente un año, tres meses y doce días después de su muerte.

Los médicos lo llamaron fallo cardíaco, pero todos sabían la verdad. Jonathan Black, el hombre que construyó un imperio por pura fuerza de voluntad, simplemente no podía existir en un mundo sin Carla Black.

La culpa lo consumió vivo – todas esas cenas perdidas, cumpleaños olvidados, las veces que había descartado sus preocupaciones con regalos caros y promesas vacías.

Recuerdo la última Navidad antes de su muerte con una claridad dolorosa. Ella había decorado toda la casa por sí misma, a pesar de tener personal que podría haberlo hecho. Volví de la universidad para encontrarla precariamente encaramada en una escalera, colgando guirnaldas a lo largo de la escalinata principal. Llevaba uno de sus suéteres de cachemir favoritos, color crema con delicados botones de perla. "Tu padre prometió ayudar", había dicho, con esa sonrisa paciente tan suya, "pero ya sabes cómo es. Las adquisiciones de fin de año no esperan a nadie."

Ese año le envió un collar de diamantes, lo mandó entregar por mensajero porque estaba atrapado en Tokio cerrando un trato. Ella lo llevó puesto esa noche en la cena, solo nosotros dos en aquella mesa inmensa. "Al menos se acuerda", había dicho, tocando los diamantes con dedos cuidadosos. Pero vi cómo sus ojos se desviaban constantemente hacia su silla vacía.

Es por eso que ahora hago las cosas de manera diferente.

Mi padre construyó su imperio a través del miedo y la intimidación, a través de semanas de sesenta horas y aniversarios perdidos. He aprendido que el verdadero poder viene de construir confianza, de entender que a veces el movimiento más rentable es el que no haces. Mi junta directiva realmente debate conmigo en lugar de simplemente asentir a mis decisiones. Mis empleados reciben generosas licencias parentales y se les anima a usar sus vacaciones. La gala benéfica anual que organizo no es solo una deducción de impuestos – hemos financiado hospitales, escuelas y proyectos de energía renovable.

Sarah aparece de nuevo, esta vez con hielo fresco para mi whisky intacto. Sus dedos rozan los míos mientras deja las pinzas de plata, su toque demorándose un momento más de lo necesario.

Retiro mi mano, manteniendo mi expresión impasible. Ella se retira, pero no sin lanzar una mirada por encima del hombro que finjo no notar.

La voz del piloto crepita en el intercomunicador, anunciando nuestra aproximación a Nueva York. Otra reunión, otro trato. Este es más grande de lo habitual – una adquisición hostil de una empresa tecnológica que ha desarrollado un algoritmo que podría revolucionar la predicción del mercado.

La junta piensa que pueden aguantar por una mejor oferta, pero no saben sobre el esqueleto en el armario de su director ejecutivo que mi equipo descubrió la semana pasada.

A mi padre le habría encantado este tipo de jugada – el apalancamiento perfecto entregado en el momento perfecto. Habría ido directo a la yugular, expuesto públicamente las indiscreciones del director ejecutivo, observado cómo se desplomaba el precio de las acciones antes de aparecer para "salvar" la empresa. Pero ese no es mi estilo.

Mañana, me reuniré con el director ejecutivo en privado, expondré los hechos y le ofreceré la oportunidad de retirarse con dignidad con un generoso paquete de indemnización. Los empleados de la empresa no perderán sus trabajos, los accionistas no verán evaporarse sus inversiones, y nosotros conseguiremos lo que queremos. Es un enfoque más suave, pero no menos efectivo.

La ciudad brilla como una joya debajo de nosotros, un lugar donde antes pensaba que estaban todas las respuestas. Ahora es solo otro tablero de ajedrez, lleno de jugadores a los que he vencido tantas veces que he perdido la cuenta. Mi padre estaría orgulloso del imperio que he construido, supongo. O tal vez vería mi enfoque más medido como una debilidad. Nunca entendió que se puede ser poderoso sin ser cruel.

No me doy cuenta de que tengo la mano aferrada al vaso hasta que Eric se aclara la garganta, sus ojos oscuros estudiándome con preocupación mal disimulada.

"¿Algo en mente, jefe?"

"Nada que valga la pena mencionar", respondo, dejando el vaso en la mesa junto a mí con cuidado deliberado. "Solo pensaba en lo predecible que es la gente."

Eric sonríe con suficiencia, la cicatriz en su mejilla tensándose ligeramente. "No todos son predecibles. Has conocido tu cuota de elementos imprevisibles."

"Los imprevisibles se queman", digo, observando cómo la ciudad crece bajo nosotros. Mis dientes rechinan ligeramente, otro hábito que heredé pero no he logrado romper. "O son comprados."

No discute. Sabe que tengo razón.

La presión de la cabina cambia mientras comenzamos nuestro descenso, y siento el familiar estallido en mis oídos.

Sarah hace una última pasada por la cabina, revisando cinturones de seguridad y guardando objetos sueltos. Se detiene junto a mi asiento, pero mantengo mis ojos fijos en el horizonte que se acerca. Debajo de nosotros, Manhattan se extiende como una placa de circuito resplandeciente.

El jet aterriza suavemente en la pista privada, las ruedas besando el asfalto con precisión practicada.

En minutos me deslizo en el asiento trasero de mi Mercedes Clase S que me espera, el cuero fresco contra mi cuello.

El conductor, Marcus, sabe que es mejor no hablar, y Eric está ocupado desplazándose por su teléfono junto a mí, probablemente verificando dos veces los arreglos de seguridad para la reunión de mañana. Dejo caer mi cabeza contra el reposacabezas, cerrando los ojos por un momento, dejando que el caos de la ciudad me envuelva como una tormenta distante.

Pero justo cuando empiezo a relajarme, el coche se detiene bruscamente.

ADRIAN

Mis ojos se abren de golpe ante la sacudida repentina del coche, mi cuerpo tensándose por instinto.

El cuero del asiento cruje mientras me enderezo, aflojándome el cuello de la camisa donde se ha ajustado contra mi garganta.

A través de las ventanas tintadas, un mar de cuerpos llena la calle frente a nosotros, sus sombras bailando bajo el resplandor de las farolas y las luces de los móviles.

"¿Qué demonios?" Las palabras salen en un gruñido bajo mientras me inclino hacia adelante, mi mano aferrando el reposabrazos de cuero. Los carteles se mecen arriba y abajo entre la multitud como olas furiosas, sus letras pintadas apresuradamente desangrándose en la llovizna del atardecer.

Manifestantes. Maravilloso.

"Parece que están bloqueando el tráfico", dice Eric, su corpulenta figura ya moviéndose hacia la puerta. Su mano va hacia la manija con eficiencia practicada, la mandíbula tensa de esa manera familiar que significa que está listo para los problemas. "¿Quiere que abra camino?"

"No", digo tajantemente, levantando una mano. "Veamos de qué se trata esto."

Eric vacila, sus dedos flexionándose una vez sobre la manija antes de recostarse de nuevo en su asiento. El cuero gime bajo su peso mientras se reacomoda, listo para moverse si es necesario.

El aire del atardecer trae un toque de lluvia mientras bajo la ventanilla lo suficiente para captar las palabras que lanzan al cielo nocturno.

Es lo de siempre: eslóganes anticorporativos, exigencias de justicia, quejas sobre la brecha de riqueza. El mismo coro cansado que he escuchado cien veces antes.

Entonces la veo.

Al principio, es solo un destello de movimiento lo que capta mi atención: una figura abriéndose paso entre la multitud con una gracia inusual. Su cabello oscuro ondea tras ella como seda al viento, captando reflejos cobrizos de las farolas. Sostiene un cartel por encima de la multitud, pero es su rostro lo que me mantiene hipnotizado.

A diferencia de las masas gritando a su alrededor, su expresión transmite una intensidad silenciosa, una mezcla de determinación y furia que no necesita voz para amplificarse. Su sola presencia exige atención, como una llama atrayendo polillas en la oscuridad.

Se gira, y por un momento, nuestras miradas se encuentran a través del espacio en la ventanilla. El mundo parece detenerse, los cánticos de protesta desvaneciéndose en un murmullo distante. No sé qué espero ver en esos ojos. ¿Ira? ¿Desdén? Pero lo que veo es algo completamente distinto. Algo que hace que se me corte la respiración.

Sus ojos son de un tono verde que nunca había visto antes, profundos como pozas del bosque y igual de salvajes. Están enmarcados por pestañas oscuras y ubicados en un rostro que parece esculpido desde mis sueños más imposibles: pómulos altos salpicados con una constelación de pecas que ningún maquillador se atrevería a crear, labios carnosos pintados de un rojo desafiante, piel besada por el sol verdadero en lugar de bronceados artificiales caros. Parece una pintura renacentista cobrada vida, pero una que representa a una guerrera en lugar de una doncella sumisa.

Y me mira como si ni siquiera fuera humano.

Como si fuera algún concepto abstracto contra el que está luchando, un símbolo en lugar de un hombre. Sus labios carnosos se presionan ligeramente, esos ojos extraordinarios estrechándose apenas una fracción.

Me he enfrentado a juntas hostiles y directores ejecutivos corruptos, pero esta mirada —este completo rechazo de mi humanidad— me golpea como un golpe físico.

No debería molestarme. No es la primera vez que alguien me mira así. Diablos, he cultivado esa imagen. El multimillonario despiadado. El hombre intocable.

Marcus encuentra un hueco en la multitud, y el coche comienza a moverse de nuevo.

El cabello oscuro de la manifestante gira mientras se da la vuelta, el movimiento hipnótico en la mezcla de luces de la calle y sombras del atardecer. Un mechón cae sobre su rostro, y se lo coloca detrás de la oreja con un gesto tan inconscientemente grácil que me oprime el pecho.

"Hemos llegado, señor Black", anuncia Marcus, deteniéndose frente a la elegante fachada de la boutique Rolex. Los escaparates brillan con un calor sutil, exhibiendo sus productos como preciosos artefactos en un museo.

"No tardaré", le digo a Eric, ajustándome la corbata mientras salgo a la acera. El aire del atardecer se ha enfriado, trayendo el sabor metálico de la lluvia que se aproxima.

La pesada puerta de cristal se abre en silencio, y de inmediato me envuelve la atmósfera cuidadosamente elaborada de la boutique. La iluminación suave realza las superficies pulidas, y el sutil aroma a cuero y madera fina llena el aire. Es un templo del lujo, diseñado para hacer que incluso los clientes más adinerados sientan el peso de la tradición y la artesanía.

"¡Señor Black!" Tomás Henderson se apresura hacia mí, su traje a medida tan impecable como siempre. Extiende su mano con calidez practicada. "Lo estábamos esperando. Debo decir que quedará muy complacido con esta pieza."

"Eso espero, Tomás." Lo sigo hasta la sala privada de exhibición, notando cómo sus zapatos perfectamente pulidos reflejan la luz con cada paso. "Considerando la lista de espera."

"Ah, pero para usted, señor..." Da una pequeña sonrisa cómplice mientras señala una de las sillas de cuero. "Algunos clientes simplemente entienden mejor la calidad que otros. ¿Le apetece champán mientras revisamos la pieza?"

"Hoy no."

Tomás desaparece brevemente en la trastienda y regresa cargando una caja de cuero negro con cuidado reverencial. La coloca sobre la mesa de caoba pulida entre nosotros, sus movimientos practicados y precisos.

"El Rolex Daytona en platino", anuncia, abriendo la caja con flourish. "Referencia 116506. Esfera azul hielo, bisel de cerámica chocolate. Una de solo cinco piezas asignadas a los Estados Unidos este año." Sus manos enguantadas levantan el reloj de su nido de seda. "La caja y el brazalete son de platino 950 sólido. El movimiento es nuestro calibre 4130 interno, completamente certificado como cronómetro superlativo."

El reloj atrapa la luz como luz estelar congelada.

La esfera azul hielo me recuerda las mañanas de invierno en los Hamptons, cuando el cielo se encuentra con el mar en perfecta claridad. Es sutil pero inconfundiblemente excepcional: una pieza de 165.000 dólares que susurra en lugar de gritar.

"La función de cronógrafo es..." Tomás comienza, pero me encuentro con la mente divagando. ¿Ella vería este reloj y simplemente lo añadiría a su cuenta mental de todo lo que está mal con la distribución de la riqueza? ¿Esos ojos verde bosque se estrecharían ante la idea de llevar la entrada de una casa en mi muñeca?

"El cierre desplegable también es de platino, por supuesto", continúa Tomás, o bien sin notar mi distracción o ignorándola profesionalmente. "Cada eslabón está acabado a mano. La atención al

detalle es realmente extraordinaria."

"Me lo llevo", digo, cortando lo que sé que serían al menos otros diez minutos de especificaciones técnicas. "Que envíen los papeles a mi oficina."

Tomás sonrío radiante, asegurando cuidadosamente el reloj alrededor de mi muñeca. "Una excelente elección, señor. ¿Debemos discutir los detalles del seguro? Para una pieza de este valor..."

"Mi cobertura habitual será suficiente." El peso del reloj es sustancial pero perfectamente equilibrado. Como el poder hecho tangible. "Eso es todo, Tomás."

De vuelta en el coche, me sorprende frotando mi pulgar sobre el brazalete de platino, sintiendo su suavidad fría. El precio del reloj podría financiar un pequeño negocio, mandar a un chico a la universidad, hacer una diferencia real en la vida de alguien. El pensamiento nunca me había molestado antes.

"¿El nuevo Daytona?", pregunta Eric, notando el reloj. "Buena elección."

Hago un sonido ambiguo, mirando por la ventana de nuevo. En algún lugar de esta ciudad, esa chica probablemente todavía está protestando, todavía ardiendo con esa furia silenciosa.

Todavía viendo el mundo en términos de bien y mal en lugar de ganancias y pérdidas.

"¿Deberíamos volver a la oficina?", la voz de Eric me saca de mis pensamientos. "Quería revisar esos archivos para la reunión de mañana."

"Sí", digo, pero sigo pensando en ella. En cómo miró a través de mi fachada cuidadosamente construida y vio solo lo que represento. En cómo, por primera vez en años, eso me molesta.

Las luces de la ciudad se desdibujan al pasar por la ventana mientras conducimos. Presiono mis dedos contra mi sien, tratando de alejar la imagen.

Tengo un trato de varios miles de millones que cerrar mañana. Necesito concentrarme.

Pero esos ojos verdes me persiguen durante la noche, haciendo preguntas que no estoy seguro de querer responder.

Odio a los multimillonarios.

La palabra me sabe amarga en la lengua mientras aprieto mi cartel de protesta con más fuerza, los nudillos blancos contra el cartón áspero. Odio todo lo que representan: la codicia, la arrogancia, la forma en que aplastan a la gente sin pensarlo dos veces. Pero hay uno en particular al que odio más que a nadie.

Adrian Black.

El hombre cuyo nombre está en la mitad de los edificios de esta ciudad, brillando en letras plateadas contra el vidrio y el acero.

El hombre cuyo imperio está construido sobre las espaldas de personas como mi familia. El hombre que acaba de pasar junto a mí en su elegante coche negro, mirándome como si no fuera más que un pequeño inconveniente en su mundo perfectamente diseñado.

Mi corazón todavía late con fuerza mientras me abro paso entre la multitud, el cartel de cartón clavándose en mis palmas.

El aire de la noche está cargado con el aroma de la lluvia y el humo de cigarrillos, los cánticos de protesta resonando contra las fachadas de los edificios.

No debería haberlo mirado. No debería haber dejado que me viera. Pero cuando su coche redujo la velocidad y vi su rostro a través de la ventanilla tintada, no pude evitarlo.

Es exactamente lo que esperaba: alto y devastadoramente guapo de esa manera particular en que suelen serlo los hombres poderosos, el tipo que te hace querer odiarlo aún más. Tiene ese tipo de rostro, el que hace que la gente perdone cosas terribles.

El recuerdo me golpea como un golpe físico. Papá, sentado en nuestra mesa de la cocina – esa mesa grande de roble que había estado en nuestra familia durante generaciones – mirando fijamente los papeles esparcidos frente a él.

Sus manos temblando mientras intentaba sostener su taza de café. La forma en que su voz se quebró cuando nos dijo que tendríamos que empezar a vender cosas.

Pero yo no. No perdonaré a Adrian Black. No cuando todavía puedo ver los carteles de "Se Vende" apareciendo uno tras otro. Primero el barco – el orgullo y la alegría de papá, ese Sea Ray de 8 metros que había comprado después de conseguir su contrato más importante. Luego el Mercedes de mamá, seguido por mi regalo de graduación cuidadosamente elegido, un Volkswagen modesto pero nuevo. Nuestra casa de estilo colonial de dos pisos con sus seis habitaciones y siete baños, el lugar donde había crecido, donde mamá había plantado su jardín y papá me había construido un rincón de lectura bajo las escaleras – todo desapareció.

"Emery, ¿vienes o qué?", me grita mi amiga Claire por encima del ruido, su pelo rubio azotando en el viento mientras se gira hacia mí. Su cartel de protesta se balancea sobre la multitud como un estandarte de batalla.

Salgo de mi ensimismamiento, mis botas raspando contra el pavimento mojado mientras me apresuro a alcanzarla. "Lo siento. Me distraje."

Claire me lanza una mirada conocedora, sus ojos azules agudos bajo las luces de la calle. "Lo viste, ¿verdad?"

"No sé de qué hablas", digo rápidamente, ajustando la correa de mi bolso de lona donde se me está clavando en el hombro. El mismo bolso que usaba para llevar mis libros de periodismo antes de tener que dejar la universidad. Antes de que todo se derrumbara.

"Claro que no." Sonríe con suficiencia, extendiendo la mano para acercarme más y que no nos separe la oleada de cuerpos a nuestro alrededor. "Déjame adivinar: parecía tan malvado como te imaginabas."

"Peor." La palabra sale más dura de lo que pretendo, cargada con el peso de los recuerdos.

Espero que Claire se ría de mi intensidad, pero en su lugar, suspira, su aliento visible en el aire frío. "Sabes, tal vez es hora de dejarlo ir. La protesta es una cosa, pero la obsesión con Adrian Black? No es saludable, Em."

La miro con furia, sintiendo el fuego familiar encenderse en mi pecho.

El mismo fuego que ardió cuando vi a los agentes de embargo llevarse el coche de papá, cuando tuve que empacar mi habitación de la residencia universitaria a mitad del semestre, cuando vi las manos de papá temblar mientras contaba las pastillas de los frascos naranja que parecían multiplicarse cada semana.

"Esto no es una obsesión. Es justicia. La gente como él debe rendir cuentas."

Claire no discute, pero puedo ver la duda en sus ojos, la misma mirada que me dio cuando empecé a pasar las noches en la biblioteca pública, investigando Black Enterprise Holdings hasta que mi visión se nublaba.

Ella no lo entiende. No estaba allí cuando papá tuvo su primer infarto, apenas seis meses después de perder la casa.

No escuchó a los médicos hablar sobre medicamentos para el estrés y la ansiedad, y no vio cómo cada nueva receta parecía envejecerlo un año más.

No sostuvo su mano en el hospital después del segundo infarto, el que finalmente se lo llevó.

No me importa lo que Claire piense.

He trabajado demasiado duro para llegar a este punto. Meses de investigación, noches interminables escarbando en documentos legales e informes antiguos. La mayoría de los días sobrevivo a base de café y determinación.

Adrian Black no es solo otro multimillonario. Es la razón por la que la empresa de mi padre quebró.

Es la razón por la que perdimos nuestra casa, la razón por la que tuve que abandonar mis sueños de convertirme en periodista de investigación, la razón por la que papá pasó su último año de vida sintiéndose un fracasado.

Y voy a asegurarme de que lo sepa.

La protesta avanza como un ser vivo, pero estoy atrapada en la resaca de los recuerdos.

Los brunch de los domingos en nuestro comedor inundado de sol, el sonido de la risa de papá mezclándose con el tintineo de la porcelana fina de mamá. Las tardes de verano en el barco, el viento en mi pelo, papá enseñándome sobre navegación mientras mamá tomaba fotos.

Todo eso destruido por decisiones tomadas en oficinas de rascacielos por hombres que nunca tienen que ver las consecuencias de sus acciones. Hombres como Adrian Black, que probablemente ni siquiera recordaba el nombre de mi padre.

La lluvia cae con más fuerza ahora, las gotas deslizándose por mi rostro como lágrimas que me niego a derramar.

Mi cartel se está empapando, pero lo sostengo más alto. Que lo vea desde su coche caro, desde detrás de sus ventanas tintadas. Que sepa que algunas personas no olvidan.

EMERY

La protesta comienza a diluirse mientras la multitud se dispersa por las calles oscurecidas.

El aire nocturno golpea fresco contra mis mejillas sonrojadas, pero no hace nada para apagar el fuego que arde en mi pecho.

Tengo los dedos entumecidos de agarrar el cartel con tanta fuerza, los bordes del cartón húmedos por el sudor y la bruma nocturna. En algún lugar cercano, una sirena de policía aúlla, haciendo que los últimos manifestantes se dispersen como hojas en el viento.

"Emery", dice Claire suavemente, poniéndose a mi lado mientras nos dirigimos a su coche. Sus botas resuenan contra el pavimento mojado, un ritmo constante en el caos que se desvanece. Las luces de la calle captan el brillo de su sombra de ojos. "Entiendo por qué esto es personal para ti, pero tal vez hay otra manera. Las protestas están bien, pero ¿realmente crees que Adrian Black está perdiendo el sueño por unas cuantas personas gritando en la calle?"

Sé que tiene razón. Claro que tiene razón. Pero eso no significa que vaya a parar.

El recuerdo de su rostro a través de esa ventanilla tintada todavía está demasiado fresco, demasiado crudo. Esos ojos azules mirándome como si no fuera más que un pequeño inconveniente en su mundo perfectamente ordenado.

"Esto no se trata de llamar su atención", digo, aunque mi voz suena hueca incluso para mis propios oídos. Un mechón de pelo cae sobre mi cara, y me lo aparto con dedos temblorosos. El esmalte de uñas está descascarillado – otro pequeño recordatorio de lo diferente que es la vida ahora. "Se trata de hacer que la gente vea qué tipo de hombre es."

"¿Y qué pasa si lo ven? ¿Crees que alguien va a venir y derribarlo? Es intocable, Em."

Me detengo y me giro para mirarla, mi cartel de protesta raspando contra el suelo. "Nadie es intocable."

Claire sacude la cabeza, su expresión una mezcla de lástima y preocupación mientras mete las manos en los bolsillos de su chaqueta. "Solo no dejes que esto te consuma, ¿vale? Ya has renunciado a demasiado."

Se refiere a mi trabajo en la revista, el que dejé cuando quedó claro que estaban confabulados con una de las subsidiarias de Black. O mi apartamento en Murray Hill, el que apenas podía pagar después de decidir concentrar toda mi energía en derribarlo.

El recuerdo de empacar ese apartamento todavía duele – otro paso más lejos de la vida que solía tener.

No me arrepiento de nada.

Pero no le digo eso a Claire. En su lugar, fuerzo una sonrisa y digo: "No te preocupes por mí. Lo tengo todo bajo control."

"Claro que sí." Claire saca las llaves del coche de su bolsillo, el familiar llavero de Hello Kitty brillando bajo la luz de la calle. El pequeño adorno está desgastado por años de uso – se lo regalé en su decimosexto cumpleaños, cuando nuestra mayor preocupación era conseguir pareja para el baile de bienvenida. "¿Quieres arreglarte en mi casa? Tenemos que ir a trabajar pronto."

Mis hombros se tensan al mencionar el trabajo. "Sí, probablemente debería cambiarme la ropa de revolucionaria antes de servir copas a los bros de Wall Street."

"Dios, ¿recuerdas cuando solías comprar en Nordstrom?", Claire desbloquea su coche, las luces del viejo Honda parpadeando dos veces. "Ahora eres toda una chic de tienda de segunda mano."

"Oye, algunas no podemos mantener el descuento de empleada de Sephora y trabajar a tiempo parcial en un bar." Me deslizo en el asiento del copiloto. "Además, estoy cultivando una estética. Pobre pero decidida."

Claire resopla mientras arranca el coche. "¿Así es como lo llamamos ahora?"

El Downtown Tavern, donde he estado trabajando como camarera a tiempo parcial durante los últimos tres meses.

Dos o tres noches a la semana sirviendo copas a tipos de Wall Street que me recuerdan demasiado a Adrian Black, ganando apenas lo suficiente para cubrir el alquiler de mi minúsculo estudio.

Hace un año, era estudiante de periodismo en Columbia, vivía en una hermosa casa en Westchester, mi mayor preocupación era qué ponerme para la fiesta en el yate de mi amiga. Ahora estoy contando monedas antes de ir al supermercado.

Pero no puedo trabajar más turnos. La investigación lleva tiempo – horas interminables en bibliotecas, siguiendo rastros de papel, conectando puntos que nadie más parece notar.

El apartamento de Claire es pequeño pero limpio, un primer piso sin ascensor en Astoria que huele a velas de vainilla y a la comida tailandesa que siempre está pidiendo. El aroma familiar me golpea al entrar, junto con el suave ronroneo de su gata, Mochi, que se enreda entre mis piernas a modo de saludo.

"Sabes que puedes quedarte aquí cuando quieras", dice Claire, quitándose las botas junto a la puerta. "Ese estudio tuyo es deprimente."

"No es deprimente, es acogedor." Me agacho para rascar a Mochi detrás de las orejas. "Además, me gusta tener mi investigación esparcida donde pueda verla."

"¿Te refieres a esas paredes de persona loca con hilos conectando todo?", Claire se dirige a su habitación, dejando la puerta abierta mientras empieza a cambiarse.

"Me ayuda a pensar." La sigo, pasando por encima de Mochi y la pila de revistas de moda junto a la puerta. La habitación es pequeña pero acogedora, las luces de hadas colgadas en la ventana dan a todo un brillo suave. "Papá siempre decía que la visualización era clave para entender sistemas complejos."

La expresión de Claire se suaviza al mencionar a mi padre. "Estaría preocupado por ti, ¿sabes?"

"Él lo entendería." Hurgo en el cajón que Claire guarda para mis cosas, sacando mi ropa de trabajo. La camiseta negra y los vaqueros están limpios pero gastados – otro ajuste de mi vida anterior. "Él creía en defender lo que es correcto."

"Sí, pero no a costa de tu propia vida." Claire empieza a maquillarse frente al espejo, sus movimientos rápidos y practicados. "Hablando de vida... Tyler me pidió hoy que fuera su novia." Me detengo, con una camiseta limpia a medio camino de mi cara. "¿Y?"

"Le dije que lo pensaría." Examina su reflejo, retocándose el rímel.

"¿Por qué? Pensé que te gustaba." Empiezo a cambiarme a mi ropa de trabajo, el familiar uniforme negro sobre negro de la industria del servicio sintiéndose como una armadura.

Claire suspira, dejando el rímel. "Me gusta. Pero es tan... posesivo a veces. ¿Recuerdas la semana pasada? Se presentó en el bar tres veces en una noche solo para 'vigilarme'." Hace comillas con los dedos, poniendo los ojos en blanco. "Y cuando el tipo de la mesa seis me dejó su número, Tyler estaba furioso."

"Ay Dios, el chico de la mesa seis." Lo recuerdo claramente – un estudiante de posgrado con una chaqueta gastada que se puso rojo como un tomate cuando le dio su número a Claire. "Era inofensivo. ¿Qué hizo Tyler después de que me fui?"

"Me siguió por todo el bar como una sombra durante el resto de mi turno", Claire empieza a trenzarse el pelo, sus dedos moviéndose rápidamente. "Luego insistió en llevarme a casa aunque

tenía mi coche. Dijo que 'no confiaba en las calles por la noche'."

"Ese comportamiento no es normal", digo, pasándome el cepillo por el pelo. La chica en el espejo de Claire parece cansada, me doy cuenta.

Ojeras que ni el corrector puede ocultar del todo. Hace un año, me hacía tratamientos faciales regulares y me arreglaba el pelo en un salón caro. Ahora me lo corto yo misma sobre el lavabo del baño.

"Lo sé." Claire se deja caer en su cama, haciendo que Mochi salte. "Pero cuando no está celoso, es realmente dulce. Me trae café al trabajo, recuerda las pequeñas cosas que menciono, me hace reír..."

"Ser dulce no compensa ser controlador." Empiezo a maquillarme, los movimientos mecánicos después de meses de práctica. "¿Recuerdas al ex de Jessica? Él también empezó siendo dulce."

"Tyler no es así", protesta Claire, pero puedo oír la incertidumbre en su voz. "Solo... se preocupa mucho."

"Hay una diferencia entre preocuparse y acosar." Tapo mi rímel y me giro para mirarla. "Los chicos normales no se presentan en el trabajo de su novia varias veces en una noche."

"Ni siquiera somos pareja oficialmente todavía." Claire se incorpora, abrazando sus rodillas contra el pecho. "Tal vez si establezco límites desde el principio..."

"Tal vez", digo, pero ambas oímos la duda en mi voz.

El viaje al trabajo es silencioso al principio, solo el sonido de la radio de Claire tocando música pop suave y el ocasional bocinazo de conductores frustrados.

El Downtown Tavern está en el distrito financiero, lo que significa que estaremos sirviendo copas al mismo tipo de gente que destruyó la vida de mi familia.

"Estás pensando en él otra vez", dice Claire mientras esperamos en un semáforo en rojo. No necesita especificar quién es 'él'. La luz pinta su rostro en alternancia de rojo y sombra.

"Siempre estoy pensando en él", admito, viendo cómo los edificios se hacen más altos mientras nos dirigimos al centro. Las tiendas caras empiezan a dar paso a instituciones financieras, cada una un monumento a la riqueza y el poder.

"Sabes a lo que me refiero, Em." Claire se mete en el carril de giro hacia el estacionamiento, sus manos apretadas en el volante. "Una cosa es pensar en derribar a alguien, y otra es... esto. No comes bien, apenas duermes, y tu apartamento parece el sótano de un teórico de la conspiración..."

"No es una conspiración si es verdad." Observo a un grupo de hombres con trajes caros pasar junto a nuestro coche, sus maletines de cuero balanceándose al unísono. "Él destruyó a mi

familia, Claire."

"Lo sé, cariño." Claire aparca en nuestro sitio habitual en la sección de empleados, las paredes de hormigón haciendo que todo se sienta cercano y gris. "Estuve allí, ¿recuerdas? Te ayudé a empacar tu habitación de la residencia. Fui al funeral de tu padre. Solo..." Apaga el motor pero no hace ademán de salir. "No quiero perderte a ti también."

Las palabras flotan en el aire entre nosotras, cargadas de miedos no expresados.

En unos minutos, caminaremos la manzana hasta el bar, pondremos nuestras sonrisas de camareras y fingiremos que nos importan los precios de las acciones y las tendencias del mercado.

Pero por ahora, me permito sentarme en el silencio del coche de Claire, recordando cómo Adrian Black miró a través de su ventana tintada – intocable, inescrutable, inconsciente de que la chica que descartó tan fácilmente será su perdición.

"No me vas a perder", digo finalmente, estirándome para apretar su mano. "Te lo prometo. Solo necesito llevar esto hasta el final."

Claire me devuelve el apretón, pero su sonrisa no llega del todo a sus ojos. "Vale. Pero solo... ten cuidado, Em. Los hombres como Adrian Black no juegan limpio."

"Menos mal que yo no estoy jugando." Agarro mi bolso del asiento trasero, el peso familiar de mi cuaderno de investigación reconfortante contra mi cadera. "Esto no es un juego. Es justicia."

El Downtown Tavern se llena rápidamente después de las siete, la habitual clientela del distrito financiero reclamando su territorio en la barra.

Limpio la superficie pulida de madera por centésima vez esta noche, mi reflejo distorsionado en la superficie oscura.

El aroma de colonias caras y desesperación ya cuelga denso en el aire, mezclándose con el persistente olor a producto de limpieza y cerveza rancia del happy hour.

Los pies ya me duelen en estos ridículos zapatos antideslizantes obligatorios, y solo llevamos dos horas de lo que promete ser otro turno interminable de sonrisas falsas y rabia contenida.

"Cuatro gin-tonics, dos vodka soda con lima", dice Claire, deslizando su comanda sobre la barra. Su coleta empieza a soltarse después de dos horas corriendo con bebidas. "Y la mesa ocho no para de preguntar si nuestra carta de vinos incluye una marca que nunca he oído. Seguro que solo intentan demostrar que saben más de vinos que yo."

"Déjame adivinar – ¿también están presumiendo de las fotos de su casa de verano?" Empiezo a preparar las bebidas, la rutina tan familiar que podría hacerlo dormida.

"Peor. Uno de ellos acaba de explicarme qué significa terroir." Claire pone los ojos en blanco, apoyándose en la barra. "Porque aparentemente ser camarera significa que nunca he oído hablar de vino."

"Encantador." Coloco la primera ronda de bebidas en su bandeja. "¿Le dijiste que trabajaste en una bodega el verano pasado?"

"¿Para qué? La última vez que mencioné alguna experiencia a un cliente, se pasó veinte minutos explicándome por qué debería haber estudiado empresariales en lugar de 'perder el tiempo' con mi carrera."

Claire ajusta su bandeja mientras añade más bebidas. "El tipo de tu izquierda con traje te ha estado mirando los últimos diez minutos."

No necesito mirar para saber de qué tipo se trata. Son todos iguales aquí – trajes de diseñador, relojes de lujo y ese tipo de actitud prepotente que viene de no haber escuchado nunca la palabra 'no'.

El tipo del traje hace su movimiento mientras preparo los vodka soda, deslizándose en un taburete justo en mi espacio de trabajo. Su colonia me golpea primero, algo caro y abrumador. "¿Qué le sirvo?", pregunto sin levantar la vista.

"Whisky solo. El mejor que tengas." Sonríe como si me estuviera haciendo un favor al pedir algo caro. "Y quizás tu número."

"Tenemos varios whiskies", digo, ignorando la segunda parte de su petición. "¿Alguna marca en particular?"

Su sonrisa flaquea ligeramente. "Sorpréndeme. Algo caro."

"Ahora mismo." Alcanzo una botella de gama media, pero me detiene.

"No, no – esa." Señala nuestro whisky más caro. "Y que sea doble."

Sirvo su bebida, consciente de sus ojos siguiendo cada uno de mis movimientos.

Justo cuando la estoy dejando, otro grupo de tipos con traje abarrota la barra, todos hablando en voz alta sobre algún trato que acaban de cerrar. Sus relojes brillan bajo la luz mientras levantan las manos pidiendo atención, cada uno probablemente vale más de lo que gana en un año.

"Cuando termines de ignorarme", grita uno, "me gustaría pedir."

Me giro hacia él lentamente, observando su traje perfectamente ajustado y su expresión presumida. "¿Qué le sirvo?"

"Depende de qué más esté disponible." Sonríe a sus amigos, que ríen como si acabara de decir algo ingenioso. "¿Por qué no empezamos con tu número y vamos subiendo?"

Antes de que pueda responder, noto que Tyler entra, sus ojos inmediatamente escaneando la sala buscando a Claire. La ve entregando bebidas a una mesa donde dos tipos están coqueteando con ella, y todo su cuerpo se tensa.

"Estoy trabajando", le digo al del traje, sacando un vaso. "¿Qué quiere beber?"

"Vamos, no seas así." Se inclina sobre la barra, su reloj de platino raspando contra la madera.

"Solo intento ser amable. Quizás podría llevarte a un buen sitio después de tu turno. Parece que te vendría bien una buena comida."

Las implicaciones en su tono – que debería estar agradecida por su atención, que de alguna manera podría rescatarme de este trabajo – hacen que me hierva la sangre. Golpeo el vaso contra

la barra.

"Déjame ser clara", digo, mi voz cortando a través del ruido ambiental. "No estoy interesada. Ni en tu dinero, ni en tu atención, y definitivamente no en cualquier restaurante carísimo que estés a punto de mencionar. Estoy aquí para hacer mi trabajo, no para acariciar tu ego."

La barra se queda en silencio. Por el rabillo del ojo, veo a Claire congelarse a medio entregar una bebida, con Tyler merodeando cerca como una sombra ansiosa. El tipo del traje me mira fijamente, su cara enrojeciendo mientras sus amigos se mueven incómodos.

"¿Perdona?" Se endereza. "¿Sabes quién soy?"

"¿Otro rico que cree que puede comprar lo que quiera?" Me inclino hacia adelante, imitando su postura. "Sí, sé exactamente quién eres."

"Emery." La voz de Mike corta la tensión. Nuestro gerente está de pie al final de la barra, su expresión sombría. "A mi oficina. Ahora."

Mientras sigo a Mike a su oficina, veo a Claire tratando de explicarle algo a Tyler, que está fulminando con la mirada a los tipos de su mesa. Genial. Otro desastre en proceso.

La oficina de Mike es pequeña y desordenada, con recuerdos deportivos cubriendo la mayoría de las paredes.

Cierra la puerta tras de mí y se sienta detrás de su escritorio, pasándose una mano por el pelo que se le está cayendo.

"Siéntate", dice, señalando la silla frente a él.

Me mantengo de pie. "Solo estaba-"

"Siéntate." Su tono no deja lugar a discusión.

Me siento, la silla barata crujiendo bajo mi peso. El aire acondicionado sobre mi cabeza sopla directamente en mi cuello, haciéndome reprimir un escalofrío.

"¿Quieres explicar qué acaba de pasar ahí fuera?", pregunta Mike, reclinándose en su silla.

"No aceptaba un no por respuesta."

"¿Así que decidiste insultarlo? ¿Delante de sus amigos?" Mike sacude la cabeza. "¿Sabes quién era ese?"

"¿Importa?"

"Era James Morrison." Cuando no reacciono, continúa: "¿De Morrison Capital? ¿La firma que posee la mitad de los edificios en este distrito? ¿Incluyendo este?"

"¿Así que por ser rico tiene derecho a acosar a tus empleadas?"

El rostro de Mike se tensa. "Estaba coqueteando. Mal, quizás, pero no era acoso. Y tú..." Coge un bolígrafo y empieza a hacer clic. "Llevas aquí tres meses, Emery. En ese tiempo, he recibido seis

quejas sobre tu actitud hacia los clientes. Todas de hombres con traje, todos diciendo que fuiste grosera o despectiva."

"Quizás deberían ser menos prepotentes."

"Esto no es un debate." Deja el bolígrafo con un golpe seco. "El Downtown Tavern tiene cierta clientela. Esperan un nivel determinado de servicio. Si no puedes proporcionarlo, tal vez este no sea el lugar adecuado para ti."

"¿Me estás despidiendo?"

"Te estoy dando una advertencia." Saca un formulario oficial de amonestación. "Un incidente más como este y sí, estarás buscando otro trabajo. Ahora firma esto."

Tomo el formulario, mi mano temblando ligeramente mientras firmo. La tinta se corre bajo mis dedos.

"Vuelve al trabajo", dice Mike, recuperando el formulario. "Y Emery, intenta sonreír de vez en cuando. Es parte del trabajo."

Cuando regreso a la barra, encuentro a Claire lidiando con una situación tensa. Tyler prácticamente se ciernen sobre su mesa, donde dos tipos con trajes caros intentan pedir más bebidas.

"Ya he dicho que tiene pareja", dice Tyler, su voz resonando por todo el bar.

"Tyler", sisea Claire, su cara sonrojada por la vergüenza. "Estoy trabajando."

"Sí, tío", dice uno de los hombres, claramente disfrutando del drama. "Deja trabajar a la señorita. Quizás quiera divertirse después de su turno."

Los puños de Tyler se tensan a sus costados. Me muevo rápidamente alrededor de la barra, llegando hasta ellos justo cuando Tyler da un paso adelante.

"Eh", digo bruscamente, colocándome entre ellos. "O lo lleváis fuera o llamo a seguridad."

Tyler me mira, luego mira a Claire. "Solo pensé-"

"Solo pensaste en venir a vigilarme. Otra vez." La voz de Claire está tensa de ira. "Como hiciste ayer. Y el día anterior."

"Estaba preocupado-"

"Estoy trabajando", le corta Claire. "Habla de esto más tarde."

Tyler duda, luego camina hacia la puerta. Los trajes de la mesa se ríen, y resisto el impulso de volcarles las bebidas encima.

"¿Estás bien?", le pregunto a Claire mientras volvemos a la barra.

"No." Empieza a cargar su bandeja con bebidas frescas. "Está empeorando. Ayer me pidió que compartiera mi ubicación con él 'por si acaso'."

"¿Por si acaso qué?" Agarro una botella de vodka mientras llega otro pedido. "¿Por si acaso decides tener una vida sin su permiso?"

"Dice que solo se preocupa por mí." Claire suspira, observando cómo un nuevo grupo de hombres reclama la mesa recién desocupada. "Pero esto se está volviendo ridículo."

La noche continúa su espiral descendente. Dos tipos más intentan conseguir mi número, cada uno más insistente que el anterior. Uno de ellos, un gestor de fondos de inversión a juzgar por su incesante charla sobre su último trato, incluso intenta agarrarme la mano cuando le sirvo su gin-tonic.

"Vamos, solo una copa", insiste, su agarre firme alrededor de mi muñeca. "Conozco un sitio a la vuelta de la esquina. Mucho más elegante que este antro."

Aparto mi mano de un tirón. "Vuelve a tocarme y no recibirás más bebidas esta noche."

Se ríe como si hubiera contado un chiste. "Brava. Me gusta eso."

"Última advertencia." Me alejo antes de hacer algo que definitivamente me hará perder el trabajo.

Al final de mi turno, me duelen las mejillas de forzar sonrisas educadas, y mi paciencia está completamente agotada. Claire cuenta sus propinas al final de la barra mientras limpio, ambas deseando que esta noche termine.

"Al menos las propinas fueron buenas", dice, ordenando billetes en pilas ordenadas. "La mesa que Tyler asustó dejó extra. Probablemente por despecho."

"Hablando de Tyler..." Empiezo a limpiar botellas, más por tener algo que hacer con las manos que por necesidad. "¿Qué vas a hacer con él?"

Claire se desploma contra la barra. "No lo sé. Cuando no está siendo celoso y controlador, es realmente dulce. Me trae café, recuerda las pequeñas cosas que menciono..."

"Eso no es suficiente." Dejo la botella que estoy sosteniendo. "Claire, se presentó tres veces esta semana para 'vigilarte'. Eso no es dulce, es acoso."

"Quizás si hablo con él..."

"¿Quizás si respetara tus límites y te tratara como una persona en lugar de su propiedad?", replico. "Te mereces algo mejor que un tipo que cree que necesita vigilarte en el trabajo. Ni siquiera eres oficialmente su novia, ¿recuerdas?"

Claire se queda callada un momento, jugueteando con sus propinas. "Sí", dice finalmente. "Lo sé."

Terminamos de cerrar en un silencio cómplice, ambas perdidas en nuestros propios pensamientos. El aire nocturno es fresco en mi cara cuando salimos por la entrada de empleados,

un alivio bienvenido después de horas en el elegante bar.

"¿Quieres ir a desayunar?", pregunta Claire mientras nos dirigimos a su coche. "Me vendría bien algo de comida grasienta después de lidiar con todo este drama."

"No puedo." Miro mi teléfono – tres mensajes de Mike sobre el inventario de mañana. "Al parecer tengo que llegar temprano para ayudar con el inventario. Porque nada dice 'estás en la cuerda floja' como responsabilidades extra."

"Podríamos buscarte otro trabajo", ofrece Claire. "El bar de mi primo está contratando. La clientela es más hipster que de Wall Street."

"¿Cambiar ejecutivos financieros por tipos con moño?", me deslizo en el asiento del copiloto.

"No estoy segura de que sea una mejora."

Claire se ríe mientras arranca el coche. "Al menos los hipsters están demasiado ocupados hablando de su cerveza artesanal para ligar contigo."

"Cierto. Y no pueden permitirse ser tan prepotentes como nuestra clientela habitual." Me recuesto en mi asiento, ya temiendo el turno de mañana. "Aunque quizás eche de menos ver a tipos ricos intentando explicarme la cerveza mientras literalmente sostengo una botella de lo que están hablando."

Conducimos en silencio un rato, las luces de la ciudad desdibujándose tras las ventanas.

Mañana lo haré todo de nuevo – las sonrisas falsas, los avances no deseados, las exigencias prepotentes. Pero por ahora, me permito imaginar una vida diferente, una donde nunca tenga que escuchar a otro financiero explicarme bebidas simples o ver a mi mejor amiga lidiar con un hombre celoso que piensa que la posesión es lo mismo que el amor.

"Oye", dice Claire mientras nos acercamos a mi apartamento. "Gracias. Por defenderme con Tyler."

"Siempre." Le aprieto la mano. "Solo... ten cuidado, ¿vale? Los tipos así no suelen mejorar."

Asiente, pero puedo ver la preocupación en sus ojos.

Ambas sabemos que esto no ha terminado – ni con Tyler, ni con los clientes prepotentes, ni con nada de esto. Mañana traerá otro turno de sonrisas forzadas y orgullo tragado, otra noche sirviendo copas a hombres que piensan que su patrimonio neto es un rasgo de personalidad.

Pero al menos nos cubrimos las espaldas mutuamente. En este mundo de relojes de platino y egos inflados, eso tiene que contar para algo.

ADRIAN

Llego a mi ático después de un largo día en la oficina, la ciudad rebosa de su actividad habitual. Las calles de Manhattan brillan con luces, y el sonido constante del tráfico llena el aire. Me detengo frente a mi ventana, observando la ciudad que ayudé a construir. Esta noche se siente diferente, aunque no puedo explicar por qué.

Dejo mis llaves sobre el mostrador de mármol y sirvo whisky en un vaso de cristal.

Mi teléfono vibra contra el mostrador, y leo el mensaje en la pantalla.

Eric: *"Los manifestantes han vuelto. ¿Quieres que los vigile?"*

Siento que mi mandíbula se tensa. Normalmente, las protestas no me afectan. Ocurren a menudo en mi mundo, como las reuniones de negocios y los eventos benéficos. Pero esta noche no es normal, por ella.

"No", respondo, dejando el teléfono. *"Déjalos tener su momento."*

La respuesta se siente incorrecta tan pronto como la envío. No dejo que las cosas simplemente sucedan. Tomo decisiones. Actúo. Controlo situaciones. Así me criaron. Eso es lo que mi padre me enseñó.

Miro alrededor de mi ático - el arte costoso en las paredes, los muebles italianos, las vistas que cuestan millones. Nunca he conocido nada diferente. Cuando otros niños iban en autobús a escuelas públicas, yo tenía un chofer privado que me llevaba al internado.

Mientras otros se preocupaban por los préstamos universitarios, yo tenía fondos fiduciarios. Cuando la gente habla de elegir entre comida y medicinas, es un concepto abstracto para mí. Nunca he tenido que elegir entre nada.

Mi padre era igual. Uno de los hombres más ricos del país, me enseñó que el dinero era poder, y el poder lo era todo. Pero también me enseñó sobre la responsabilidad. "Devolvemos a la

sociedad", solía decir, firmando cheques para hospitales y escuelas. "Eso es lo que nos distingue de la gente rica común."

Tres horas más tarde, estoy de pie junto a los grandes ventanales, ajustando mi pajarita negra. Abajo, la multitud de manifestantes crece. Sostienen carteles en el aire: **"PERSONAS ANTES QUE BENEFICIOS."**

"EMPRESA BLACK = DINERO SUCIO."

A esta gente no le importa que donara cincuenta millones a hospitales infantiles el año pasado. No les importan las escuelas que he construido, las becas que he financiado, los empleos que he creado. Quieren más que caridad. Quieren cambio.

Entiendo por qué están enfadados. Nunca me he preocupado por pagar el alquiler o las cuotas del coche. Nunca he contado monedas para la lavandería ni he esperado una nómina para comprar comida. Nunca he tomado un autobús ni he vivido en un apartamento pequeño. Nunca he tenido que hacer horas extras solo para cubrir necesidades básicas.

Ayer, gasté más en un Rolex de lo que la mayoría de la gente gana en tres años. Mi ropa cuesta más que el armario entero de muchas personas.

Escaneo la multitud, buscando rostros. Una mujer con largo cabello oscuro está cerca del frente, y siento que mi corazón late más rápido. Cuando se da la vuelta, la decepción invade mi pecho. No es ella. No la mujer de los ojos verdes que contenían tanta ira. No el rostro que parecía demasiado hermoso para ser real.

"Esto es estúpido", digo en voz alta. Mi reflejo en la ventana muestra mi frustración. Nunca he pensado en una mujer por más de cinco minutos. Las mujeres buscan constantemente mi atención. Las modelos llaman a mi oficina. Las mujeres ricas intentan concertar reuniones. Pero ahora no puedo dejar de pensar en alguien que claramente odia todo lo que soy.

¿Cómo será su vida? ¿Tomará el metro para ir al trabajo? ¿Vivirá en un pequeño apartamento con compañeros? ¿Contará dólares antes de hacer la compra? Estas son cosas que solo he visto en películas. Mi casa más pequeña tiene seiscientos metros cuadrados. Tengo un equipo de personas que gestiona mi vida diaria.

Camino hacia el bar y sirvo más whisky. La botella cuesta más que el alquiler mensual de la mayoría de la gente. El pensamiento me hace pausar. ¿Cuántos meses de alquiler de alguien he gastado en vino?

"Concéntrate, Black", me digo mientras aflojo mi corbata. ¿Qué la hace diferente? Salgo con mujeres hermosas a menudo. Las mujeres exitosas quieren asistir a eventos conmigo. Cientos de mujeres querrían ser mi acompañante para la gala de esta noche. Pero ninguna me miró nunca

como ella lo hizo - como si pudieran ver más allá de mi riqueza y poder. Como si no estuvieran impresionadas por lo que veían.

Me doy una ducha caliente, dejando que el agua corra sobre mis hombros.

Intento alejar los pensamientos sobre ella, pero persisten.

¿Por qué me odia? ¿Qué la hace diferente de otros manifestantes que cargan carteles y gritan palabras ensayadas? ¿Sabe sobre el centro de investigación médica que financié? ¿Los proyectos ambientales que apoyo?

Pero tal vez ese sea el problema. Pienso que el dinero puede resolver todo porque nunca he vivido sin él.

Dono millones a la caridad y creo que eso me hace diferente de otros hombres ricos. Pero para ella, para todos los que están allí abajo, solo soy otro rico intentando comprar una conciencia limpia.

En mi armario, selecciono mi esmoquin para la gala de esta noche.

Mi teléfono vibra de nuevo. Otro mensaje de Eric: *"Seguridad extra en posición. La cosa está empeorando aquí abajo."*

Vuelvo a la ventana. La multitud se ha duplicado. Su ira parece más fuerte ahora, más peligrosa. Una mujer está al frente, llorando mientras grita. Su maquillaje corre por su cara.

Los carteles se mueven más agresivamente en el aire. Los guardias de seguridad permanecen en alerta alrededor de la entrada del edificio, más de lo habitual.

Esta protesta es diferente. Saben sobre la gala.

Debería estar molesto - la próxima vez, tendré que prepararme en otro lugar - pero en su lugar, la busco en la multitud otra vez. Busco esos ojos verdes.

El ascensor baja suavemente hasta el vestíbulo. Dos guardias de seguridad adicionales se unen a mí cuando las puertas se abren. Sus auriculares producen sonidos estáticos mientras reciben actualizaciones sobre la situación exterior. Eric espera junto a las puertas principales, con aspecto serio y concentrado.

"El coche está listo", dice, acercándose a mí. "Pero la multitud es peligrosa. Deberíamos usar la salida del garaje."

"No", digo, enderezando los puños de mi camisa. "Saldremos por la puerta principal. No seré un cobarde."

Eric aprieta la mandíbula pero asiente. Le pago bien porque entiende que a veces el poder significa enfrentar la oposición directamente.

Cuando las puertas se abren, el ruido me golpea inmediatamente. La gente grita y vocifera. El sonido de cien voces enfadadas llena el aire. La noche es calurosa, y la multitud lo hace peor. Los carteles ondean en el aire, los rostros muestran ira, y la mujer que llora continúa sollozando. Mi equipo de seguridad se abre paso entre los manifestantes, creando un camino.

Oigo lo que gritan: "¡La gente está muriendo!"

"¿Cómo puedes dormir por la noche?"

"¡Monstruo!"

He escuchado estas palabras antes, muchas veces. Pero esta noche me afectan de manera diferente. Me pregunto si ella piensa estas cosas de mí. Si esto explica por qué me miró como si no fuera humano.

El coche espera en la calle, negro y limpio contra el desorden que lo rodea. Eric abre la puerta, y miro a la multitud una última vez. Ella no está aquí, pero su ausencia se siente importante.

La puerta se cierra, amortiguando el ruido. Me recuesto contra el asiento de cuero y ajusto mis puños de nuevo. Mis manos no tiemblan, pero algo se siente mal dentro de mí. Inquieto.

He trabajado durante años para mantenerme separado de las opiniones de otras personas. Una mirada de una desconocida no debería afectarme. Pero lo hace.

El coche avanza entre el tráfico hacia la gala.

Pasaré la noche con gente como yo - personas que nunca se han preocupado por el dinero, que piensan que la caridad nos absuelve de responsabilidad, que creen que el éxito viene solo del trabajo duro.

Nos felicitaremos por nuestra generosidad mientras usamos ropa que cuesta más de lo que nuestros camareros ganan en meses.

Pero parte de mi mente se quedará aquí, pensando en ella.

En cómo una mirada me hizo cuestionar cosas que nunca antes había cuestionado. En cómo tal vez la caridad no es suficiente. En cómo nunca he entendido realmente el mundo que ayudo a controlar.

Necesito saber por qué me odia.

ADRIAN

Me digo a mí mismo que no pensaré en ella.

La gala en el Waldorf es solo otra obligación, otra sala resplandeciente llena de gente cuyos nombres solo finjo recordar.

Es el tipo de evento que normalmente paso sin darle mayor importancia: estrechar algunas manos, donar una cantidad obscena de dinero y marcharme antes de que los discursos se alarguen.

Pero esta noche, mi atención sigue divagando. Las lámparas de cristal proyectan una luz cálida sobre la multitud, reflejándose en collares de diamantes y gemelos de oro. Los camareros con pajarita negra se mueven entre los invitados con bandejas plateadas de champán. La sala huele a perfume caro y poder. La música clásica suena suavemente desde altavoces ocultos, proporcionando la banda sonora para el despliegue de riqueza cuidadosamente coreografiado de la noche.

"Adrian", alguien dice, interrumpiendo mis pensamientos. Es Vanessa Holloway, el tipo de mujer sobre la que la gente susurra: heredera, intermediaria de poder y siempre perfectamente compuesta. Se desliza en mi campo de visión con la facilidad practicada de alguien que sabe que pertenece a cada sala que pisa.

"Estás taciturno", dice, ofreciéndome una sonrisa deslumbrante. "No es tu expresión habitual."

"No sabía que tuviera una expresión habitual", respondo, forzándome a prestarle atención. Está parada más cerca de lo necesario, su perfume caro y sutil.

"Sabes a qué me refiero." Su voz es baja, íntima, como si los dos compartiéramos una broma privada. "Y conozco esa cara. Tienes algo —o alguien— en mente."

La miro, arqueando una ceja. Vanessa es inteligente. Demasiado inteligente, a veces. Nos conocemos desde el internado, cuando su padre aún controlaba la mitad de los bienes raíces de

Manhattan.

"No es nada", digo suavemente. "Solo otro día largo."

No parece convencida, pero antes de que pueda insistir, veo un rostro familiar al otro lado de la sala.

Jessica Reynolds está junto a la barra, su cabello dorado cayendo en ondas perfectas sobre su espalda. Su vestido rojo se ajusta a cada curva – curvas que recuerdo bien de aquella noche en el Four Seasons hace tres meses. A su lado, con una expresión irritantemente presumida, está su esposo Robert Mitchell, mi mayor competidor en el sector tecnológico.

Los ojos de Jessica se encuentran con los míos a través de la sala, y un ligero rubor colorea sus mejillas.

Me disculpo con Vanessa y me dirijo hacia ellos. Robert me ve venir, su mandíbula tensándose casi imperceptiblemente. Su mano se mueve a la cintura de Jessica, un gesto posesivo que me hace sonreír por dentro.

"Mitchell", digo, extendiendo mi mano. Su apretón es demasiado fuerte, intentando demostrar algo. Su nuevo reloj brilla bajo la luz de la lámpara – intentando demasiado, como siempre.

"Black." Fuerza una sonrisa que no llega a sus ojos. "Buena concurrencia esta noche."

"Sin duda." Me giro hacia Jessica, tomando su mano. "Señora Mitchell. Está deslumbrante como siempre."

Llevo su mano a mis labios, dejando que el beso se demore lo justo. Sus pupilas se dilatan ligeramente, y se muerde el labio inferior – un gesto que recuerdo bien de aquella noche en el hotel. Estaba sentada sola en la barra, bebiendo un martini y quejándose del último viaje de negocios de Robert. Una cosa llevó a la otra, y bueno...

Robert cambia su peso, incómodo. Sus zapatos italianos de piel crujen ligeramente sobre el suelo pulido. La expresión de Jessica cambia sin esfuerzo del deseo al interés educado, aunque sus dedos tiemblan ligeramente al retirar su mano.

"El trabajo de la fundación es impresionante", dice, su voz perfectamente estable a pesar del rubor que trepa por su cuello. "Robert acaba de donar una cantidad significativa al hospital infantil."

"Qué generoso." Doy un sorbo de champán, disfrutando de la forma en que la mano de Robert se tensa alrededor de su copa. Un músculo en su mandíbula se contrae. "Aunque creo que igualé esa donación la semana pasada."

El rostro de Robert enrojece ligeramente. "Sí, bueno, no todos sentimos la necesidad de publicitar nuestras obras caritativas."

"No hay necesidad de ser modesto, Mitchell." Sonríe, sabiendo que lo irritará aún más. "Tu esposa ciertamente no lo fue aquella noche en el club cuando me contó todo sobre tus... prácticas empresariales."

Jessica tose suavemente, y la expresión de Robert se oscurece. Sabe que algo pasó esa noche, pero no puede probarlo. La incertidumbre lo corroe – puedo verlo en la forma en que sigue mirando entre Jessica y yo, en cómo sus dedos tamborilean contra su pierna.

"Si nos disculpas", dice Robert rígidamente, colocando su mano en la espalda baja de Jessica. "Deberíamos hacer nuestra ronda."

"Por supuesto." Asiento, encontrando la mirada de Jessica una última vez. Me da una mirada que es tanto deseo como advertencia antes de permitir que Robert la guíe lejos. Sus caderas se balancean al caminar, y sé que lo está haciendo para mi beneficio.

La interacción proporciona un tipo familiar de satisfacción, pero esta noche se siente vacía. Los observo desaparecer entre la multitud, Robert ya acorralando a algún potencial inversor.

"Eso ha sido cruel", dice Vanessa, apareciendo de nuevo a mi lado. Me entrega una copa fresca de champán. "Incluso para ti."

"Mitchell se lo merece." Acepto la copa, observando cómo Robert presenta a Jessica a un grupo de miembros de la junta. "Intentó sabotear mi última adquisición."

"¿Y acostarte con su esposa fue solo negocios?" El tono de Vanessa es divertido. Ella sabe cómo funcionan estos juegos – también los juega.

"Ella era infeliz." Me encojo de hombros, ajustando mis gemelos. "Yo lo arreglé."

Un camarero se acerca con entremeses dispuestos como pequeñas obras de arte.

El caviar probablemente cuesta más de lo que el camarero gana en una semana. Las voces de la protesta resuenan en mi mente.

"¿Adrian?" Vanessa toca mi brazo.

Antes de que pueda responder, Charles Wagner, uno de los apellidos más antiguos de la ciudad en términos de dinero, se une a nosotros. Su pajarita está ligeramente torcida, y sus mejillas están sonrojadas por demasiado whisky.

"¡Black!", retumba, dándome una palmada en el hombro. "Justo el hombre que quería ver. Dime, ¿qué opinas sobre esta nueva legislación ambiental que están impulsando?"

Doy la respuesta esperada sobre equilibrio y progreso, observando cómo más rostros familiares se van uniendo a nuestro círculo.

Pronto estamos discutiendo márgenes de beneficio y proyecciones de mercado, todos compitiendo por sonar más conocedores. La esposa de un senador se une a nosotros, luego un

director ejecutivo de tecnología, luego un promotor inmobiliario. La conversación fluye como el champán – cara y en última instancia vacía.

Me disculpo y salgo a uno de los balcones, aflojando ligeramente mi pajarita. El aire nocturno es fresco contra mi rostro, los sonidos de la ciudad elevándose desde abajo.

"¿Huyendo?", la voz de Jessica viene desde atrás. Sale al balcón, cerrando la puerta silenciosamente tras ella.

"¿No deberías estar dentro?", pregunto, sin mirarla realmente. "Tu marido podría notarlo."

"Que lo note." Se acerca más, su perfume mezclándose con el aire nocturno persistente. "Está demasiado ocupado intentando impresionar a los miembros de la junta."

"Jessica." Finalmente la miro. Es hermosa, objetivamente perfecta. Hace tres meses, ya estaría planeando a qué hotel llevarla.

"Te he echado de menos", dice, alcanzando mi brazo. "Aquella noche fue..."

Las palabras mueren en su garganta cuando mi atención se fija repentinamente en algo detrás de ella. Allí, moviéndose entre la multitud con una bandeja de copas de champán, está la mujer de la protesta. Su cabello oscuro está recogido ahora, su rostro libre de la ira anterior, pero es inconfundiblemente ella. Se mueve entre los invitados con eficiencia practicada, esos ojos verdes concentrados en su tarea.

"¿Adrian?", la voz de Jessica parece venir de muy lejos. "¿Siquiera estás escuchando?"

No lo estoy. Estoy observando a la manifestante - la camarera - mientras navega por la sala. Su uniforme está impecable, como todo el personal, pero se mueve de manera diferente. Incluso aquí, sirviendo a la misma gente contra la que protestaba hace horas, mantiene esa dignidad silenciosa que noté antes.

"Vuelve con tu marido, Jessica", digo, ya moviéndome para alejarme de ella.

Observo cómo la manifestante sirve bebidas a un grupo de ejecutivos tecnológicos, su rostro una cuidadosa máscara de indiferencia profesional. Uno de ellos intenta llamar su atención, probablemente con algún intento horrible de coqueteo, pero ella ya se está alejando, eficiente e intocable.

Todavía no me ha notado. No se ha dado cuenta de que el hombre contra el que protestaba está a diez metros, observándola servir bebidas a la élite adinerada que desprecia. La ironía probablemente la haría odiarme aún más.

Debería apartar la mirada. Debería volver a mi mundo de juegos de poder y victorias mezquinas.

Debería olvidarme de la mujer que se atrevió a mirarme con tal desdén completo.

Pero no puedo.

Porque incluso aquí, en una sala llena de mujeres hermosas con vestidos de diseñador, ella es lo único que puedo ver.

La sala me está ahogando.

El uniforme prestado de catering me pica contra la piel, un recordatorio constante del "castigo" de Mike por mi actitud en el bar. "Necesitas aprender a tratar con clientes adinerados", había dicho, sonriendo con suficiencia mientras me entregaba el horario. No solo la gala, sino una semana entera de eventos privados. Desayunos en el club de campo, almuerzos benéficos, y esta noche - la joya de su venganza - servir copas a la élite de Manhattan en el Waldorf.

"Esta gente espera cierto nivel de presentación", dice la nueva gerente, Patricia, mientras inspecciona la fila del personal. Sus propios labios están pintados de un rojo perfecto mientras recorre la fila, ajustando pajaritas y placas con nombres.

Resisto el impulso de limpiarme el rímel que me obligó a ponerme antes. Los hombros ya me duelen por la preparación previa al evento - tres horas puliendo copas y organizando platos de queso mientras nos daba una charla sobre la etiqueta apropiada del servicio.

"Mantengan la mirada baja", había instruido durante nuestra reunión previa al turno, sus uñas perfectamente manicuradas golpeando contra su tablilla. "Esta gente no quiere verlos mirándolos. Simplemente sirvan y desaparezcan. Y recuerden - sus donaciones caritativas pagan sus salarios."

No debería estar aquí. Cada instinto en mi cuerpo me grita que me vaya, pero no puedo. El alquiler vence la semana que viene, y no puedo permitirme renunciar. Mike también lo sabe, por eso me ha estado asignando las peores tareas. Ayer fue contar el inventario hasta las 3 de la madrugada.

Hoy es esta pesadilla elegante.

El salón de baile se llena rápidamente con la élite de Manhattan. Mujeres cubiertas de diamantes y hombres en esmoquins a medida. El aire está cargado de perfume caro y prepotencia. La

música clásica flota desde el cuarteto de cuerdas en la esquina, proporcionando una banda sonora para el despliegue de riqueza a mi alrededor.

"Bebidas frescas para la mesa tres", espeta Patricia, empujando una pesada bandeja de copas de champán en mis manos. "E intenta sonreír. Parece que estás en un funeral."

Me abro paso entre la multitud, manteniendo la mirada baja como me indicaron.

Las copas de champán tintinean suavemente con cada paso. Una mujer con vestido rojo pasa junto a mí sin mirarme, su pulsera de diamantes atrapando la luz.

"Vaya, ¿qué tenemos aquí?"

La voz me detiene. Joven, prepotente y arrogante. Levanto la vista para encontrar a un hombre de unos treinta años observándome, su pajarita ya ligeramente torcida a pesar de la hora temprana.

"¿Champán?", ofrezco, esperando que simplemente tome una copa y me deje pasar.

Sonríe, alcanzando una copa pero dejando que sus dedos rocen los míos al tomarla. "¿Cómo te llamas, preciosa?"

"Estoy trabajando." Intento rodearlo, pero se mueve para bloquear mi camino.

"Vamos, no seas así." Se inclina más cerca, su aliento oliendo a whisky caro. "Soy James Warner III. ¿Quizás has oído hablar de Warner Industries?"

Lo he hecho. Son una de las empresas que apoyaron a Black Enterprise Holdings durante la quiebra de la empresa de mi padre. El reconocimiento debe mostrarse en mi cara porque su sonrisa se ensancha.

"¿Ves? Ya somos prácticamente amigos." Saca su billetera, gruesa de billetes de cien. "¿A qué hora sales? Me encantaría mostrarte cómo vive la otra mitad."

Mi agarre se aprieta en la bandeja. "No me interesa."

"No te apresures." Saca varios billetes, sosteniéndolos como si estuviera ofreciendo un premio a una mascota. "Cinco mil por una noche. Eso es probablemente más de lo que ganas en dos meses."

Las copas en mi bandeja tintinean mientras mis manos empiezan a temblar de rabia. "No estoy en venta."

"Diez mil entonces." Parece divertido, como si todo esto fuera un juego para él. "Vamos, cariño. Todo el mundo tiene un precio."

"Vete al infierno." Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Patricia me va a matar si se entera, pero no me importa. "No me importa cuánto dinero tengas. No podrías permitirme comprarme ni aunque vendieras todo lo que tienes."

Su diversión desaparece, reemplazada por algo feo. "Pequeña zorra."

Pero ya me estoy alejando, mi corazón latiendo en mi pecho. Dejo la bandeja en la estación de servicio, necesitando un momento para componerme. El baño. Le diré a Patricia que necesitaba ir al baño si pregunta dónde fui.

Es entonces cuando lo veo.

Adrian Black.

Es aún más irritante en persona, parado allí en su esmoquin perfecto como algún aristócrata moderno. Alto, imposiblemente guapo, y radiando el tipo de poder que hace que la gente se doble hacia atrás solo para estar en su órbita. Sostiene una copa de cristal de algo caro, sus penetrantes ojos azules escaneando la sala como si fuera suya.

Porque lo es. O al menos, su empresa posee la firma de administración del edificio que la posee. Lo odio.

Odio la manera en que se porta, como si el mundo hubiera sido hecho solo para él. Odio cómo los otros camareros susurran sobre él con una mezcla de miedo y asombro.

Pero sobre todo, odio la manera en que mi pulso se acelera cuando su mirada recorre la sala y se posa en mí.

Empieza a caminar hacia mí, y mi corazón golpea contra mis costillas.

No. No. No. Esto no debería pasar. Se supone que debo ser invisible - solo otra camarera vestida de negro en un mar de personal. Las palabras de Patricia resuenan en mi cabeza: "No interactúen con los invitados a menos que ellos les hablen primero."

Me giro, deslizándome entre la multitud, mi bandeja vacía tambaleándose peligrosamente mientras me abro paso entre vestidos brillantes y trajes a medida. Mi respiración se acelera, mis pensamientos un lío revuelto de pánico e ira. El pesado aroma de perfume caro y whisky añejo me hace dar vueltas la cabeza.

¿Por qué me está siguiendo?

Me meto en un pasillo, mi espalda presionándose contra la fría pared de mármol. Por un momento, me permito respirar. Los sonidos de la fiesta se atenúan ligeramente aquí - la música clásica se vuelve amortiguada, el constante parloteo de voces adineradas disminuye. Tal vez no me estaba siguiendo. Tal vez lo imaginé.

"¿Ya estás huyendo?"

La voz me provoca un sobresalto, baja y suave y demasiado cerca. Lleva la misma autoridad que escuché en la protesta, pero hay algo más ahora. Curiosidad, tal vez.

Levanto la vista, y ahí está. Adrian Black, parado a solo unos metros, su mirada fija en la mía. El pasillo de repente se siente demasiado pequeño, demasiado cálido. Su colonia - algo caro y sutil -

llena el espacio entre nosotros.

"No estoy huyendo", digo, forzando mi voz a mantenerse firme. Mis dedos se aprietan alrededor de la bandeja, usándola como un escudo entre nosotros.

Se acerca más, su expresión ilegible. En esta luz, sus ojos parecen más oscuros, más intensos.

"¿Entonces qué estás haciendo?"

Mi mente corre, tratando de encontrar una respuesta que no me haga perder el trabajo. Necesito este empleo, al menos hasta que encuentre algo más. Algo que no implique servir copas a hombres como él.

"Estoy trabajando", digo, levantando ligeramente la barbilla.

"Trabajando", repite, entrecerrando ligeramente los ojos. Una leve sonrisa juega en las comisuras de su boca, como si estuviera disfrutando de alguna broma privada.

"Sí." Levanto la bandeja para enfatizar, las copas vacías atrapando la luz. "Si me disculpa, tengo copas que recoger."

No se mueve, bloqueando mi camino con una mezcla irritante de arrogancia y curiosidad. El pasillo se siente aún más pequeño ahora, el aire entre nosotros cargado con algo que no quiero examinar demasiado de cerca.

"¿Cómo te llamas?"

Lo miro con furia, la ira superando mi necesidad de mantener mi empleo. "No veo cómo eso es asunto suyo."

Un destello de algo —diversión, tal vez— cruza su rostro. Su postura perfecta se relaja ligeramente, como si se estuviera acomodando para una conversación entretenida. "Tienes razón. No lo es. Pero me gusta saber los nombres de las personas que me miran como si quisieran matarme."

Me quedo helada, el calor inundando mi cara. La bandeja tiembla ligeramente en mis manos.

"Yo no—"

"No mientas", me interrumpe, su voz suave pero firme. Da otro paso más cerca. "Me miraste de la misma manera en la protesta."

Mi estómago se hunde. Lo recuerda. En la sala principal, la orquesta comienza una nueva pieza, la música flotando por el pasillo como la banda sonora de este momento surrealista.

Por un momento, considero negarlo, hacerme la tonta, cualquier cosa para salir de esta conversación. Pero algo en su mirada me detiene. No hay amenaza allí, solo una intensa curiosidad.

Como si fuera un rompecabezas que está tratando de resolver.

"Sé quién es usted", digo, mi voz lo suficientemente baja para que solo él pueda oír. La pared de mármol está fría contra mi espalda, manteniéndome anclada. "Y sé lo que ha hecho."

Inclina ligeramente la cabeza, su expresión ilegible. Un mechón de cabello oscuro cae sobre su frente, haciéndolo parecer casi humano por un momento. "¿Lo sabes?"

El desafío en su tono es suficiente para encender mi ira de nuevo. Doy un paso más cerca, mi bandeja olvidada en mis manos. Las copas tintinean suavemente juntas, una advertencia que ignoro.

"Usted arruina vidas", espeto, pensando en la cara de mi padre cuando lo perdió todo. En nuestra casa, nuestros coches, mi educación - todo perdido por hombres como él. "Toma y toma, y no le importa quién salga herido en el proceso."

Por un momento, no dice nada. Luego, para mi absoluta furia, sonrío. No es la sonrisa practicada y pulida que le he visto dar a otros durante la noche. Esta es diferente - real y ligeramente peligrosa.

"Creo que nos vamos a llevar muy bien", dice, sin apartar sus ojos de los míos.

El sonido de tacones golpeando contra el mármol me salva de tener que responder. Patricia aparece al final del pasillo, su rostro tensándose cuando nos ve.

"Emery", llama, su voz cortante. "La sala principal necesita bebidas."

Me alejo de Adrian Black, mi corazón latiendo con fuerza. Su sonrisa se ensancha ligeramente, como si supiera exactamente lo que ha hecho - acorralarme, forzarme a interactuar, probablemente meterme en problemas con la gerencia.

Mientras me apresuro a pasar junto a él, habla de nuevo, tan bajo que casi lo pierdo: "Esto no ha terminado."

Y de alguna manera, sé que tiene razón.

EMERY

Siento que sus palabras se asientan en mis huesos mientras me alejo.

Mis dedos agarran la bandeja con fuerza mientras vuelvo al trabajo. Patricia me sigue de cerca, sus tacones marcando un ritmo afilado contra el suelo de mármol.

"El señor Black te ha solicitado específicamente para su sección", dice, estirándose para ajustar mi cuello. Resisto el impulso de retroceder. "Esto podría cambiarlo todo para ti."

La idea de volver a esa sala, de sentir sus ojos siguiendo mis movimientos, me provoca un escalofrío por la espalda. "Necesito un minuto."

"Tienes exactamente tres", dice Patricia. Sus labios rojos perfectos se curvan en algo entre una sonrisa y una advertencia. "Luego te quiero sirviendo en su sección."

Empujo las puertas de la cocina, agradecida por la ráfaga de aire caliente y el caos familiar. Los platos tintinean, las voces gritan pedidos, y por un momento, dejo que la normalidad me envuelva.

"Eh, Emery." Marco levanta la vista desde la estación de bebidas. "Parece que hubieras visto un fantasma."

Dejo mi bandeja con más fuerza de la necesaria. Las copas vacías protestan con un tintineo.

La voz de Victoria Palmer corta el ruido de la cocina como una navaja. "Vaya, esto sí que es fascinante."

Está de pie en la puerta, seda azul y sonrisa cruel, una reina supervisando su dominio. Incluso aquí, en este espacio destinado a los sirvientes, irradia ese tipo de confianza que viene de nunca escuchar la palabra no.

"Solo personal", digo, pero mi voz tiembla.

"Buscaba más champán." Se acerca, cada movimiento deliberado. "Encontrarte aquí es un extra inesperado. Dime, ¿cómo se siente servir copas a tus antiguos compañeros de clase?"

Los otros camareros pausan su trabajo, atraídos por el drama que se desarrolla. La sonrisa de Victoria se ensancha.

"Me enteré de que tuviste un momento con Adrian Black", dice, examinando sus uñas perfectas.

"Las noticias viajan rápido en estos círculos. ¿De verdad creíste que alguien como él se fijaría en alguien como tú? Excepto quizás para hacer que te despidan."

Se me corta la respiración. Pienso en sus ojos en el pasillo, en cómo me había mirado como si fuera un rompecabezas que quisiera resolver.

"Estoy trabajando", logro decir.

"Sí, lo estás." Se acerca más, bajando la voz. "Lamento lo de tu... padre."

La cocina de repente se siente demasiado pequeña, demasiado caliente. Las paredes se cierran.

Paso junto a ella sin responder, ignorando su suave risa.

El área de personal me llama - mi taquilla, mi bolso, la salida más allá. No puedo quedarme aquí. No puedo servir en su sección, no puedo verlo observarme, no puedo fingir que esto es solo otro turno.

Los pasillos de servicio se extienden vacíos ante mí. Mis pasos resuenan mientras me muevo rápida y silenciosamente. En mi taquilla, mis dedos tiemblan sobre el candado de combinación.

"¿Emery?"

La voz de Patricia llega desde la esquina. Me agacho detrás de una estantería de almacenamiento, con el corazón latiendo con fuerza.

"¿Alguien ha visto a Emery? El señor Black está esperando su bebida."

El ascensor está al final del pasillo, sus puertas de acero prometiendo escape. Presiono el botón, observando los números de piso descender con una lentitud agonizante.

Se acercan pasos. "Revisen los baños", ordena Patricia a alguien.

El ascensor llega con un suave timbre. Me deslizo dentro justo cuando Patricia dobla la esquina.

"¡Emery! ¡Detente ahora mismo!"

Las puertas se cierran sobre su orden. Presiono el botón del sótano, viendo los números bajar. Arriba, Patricia sin duda llama a Mike. Mi trabajo se disuelve con cada piso que pasa.

En el sótano, navego por los pasillos de servicio, siguiendo las señales de salida a través del laberinto de almacenes y áreas de mantenimiento. La salida de emergencia cede a mi empujón.

El aire nocturno golpea mi rostro, trayendo el aroma de la lluvia. El vapor se eleva desde las rejillas cercanas, y el ruido del tráfico llena el espacio entre edificios.

Me presiono contra la pared mientras se acercan voces - dos empleados de cocina emergen, cigarrillos ya encendidos.

Sus voces se desvanecen. Saco mi teléfono, pido un coche. Mis manos no dejan de temblar.

Una lluvia ligera comienza a caer, suavizando los bordes de la ciudad. A través de la puerta giratoria del hotel, capto un atisbo de movimiento - una figura alta en el vestíbulo. Incluso a esta distancia, reconozco la forma de esos hombros.

Me deslizo rápidamente en el coche que llega. "Conduzca, por favor."



La cerradura se atasca cuando intento meter la llave. La tercera vez este mes. Golpeo la puerta con el hombro, forzándola a abrirse con un quejido de bisagras oxidadas. El estudio se extiende ante mí - todos sus treinta metros cuadrados.

Un rincón de cocina ocupa una esquina, la puerta del baño junto a ella apenas dejando espacio para abrirse sin chocar con mi cama. El sofá, una pieza rescatada de mi vida anterior, descansa bajo la ventana donde las sirenas y el ruido de la calle se filtran a través del cristal fino.

Mis hombros se desploman mientras me quito el uniforme de catering, mi cuerpo pesado por la tensión de la noche. La tela apesta a colonia cara, humo de cigarrillo y fracaso. Lo dejo caer en el cesto cerca de la puerta del baño, girando el cuello para aliviar el dolor de horas cargando bandejas y esquivando manos prepotentes.

El espejo del baño me muestra a una desconocida - el rímel corrido bajo ojos cansados, el pelo suelto de su moño estricto.

Las "mejoras de presentación" obligatorias de Patricia ahora parecen pintura de guerra deritiéndose en el calor.

Giro la manija de la ducha, esperando que las viejas tuberías tiemblen antes de liberar un chorro de agua que nunca alcanza una presión satisfactoria.

El vapor se eleva mientras me meto bajo el agua. Presiono mi frente contra los azulejos fríos, tratando de lavar el recuerdo de la voz de Adrian Black, su proximidad, la forma en que me miraba como si pudiera leer cada pensamiento detrás de mis ojos. El agua corre por mi cara, y me doy cuenta de que mis manos todavía tiemblan.

Me pongo mi camiseta más vieja de Columbia después de la ducha. La tela suave me recuerda a mi vida pasada, una que ahora parece haber pertenecido a otra persona completamente.

De pie en mi espacio vital, miro fijamente la pared frente a mí. Esta pared se ha convertido en el centro de mi apartamento. Hilos rojos se extienden por su superficie. He pasado el último año conectando cada pieza de evidencia con estos hilos.

Recortes de periódico cubren gran parte de la pared. Muestran historias sobre Black Enterprise Holdings y sus recientes adquisiciones de empresas.

Documentos corporativos yacen bajo estos artículos. También he colgado informes financieros. Detrás de estos papeles, he colocado fotografías. Estas fotos muestran a los miembros de la junta mientras entran en sus lujosos edificios de oficinas.

En el centro de la pared, he colocado el documento más importante. Es el papel de constitución original de Terra Pack Industries. La firma de mi padre destaca en la parte inferior de la página. El papel se ha vuelto amarillo con el tiempo.

Alrededor de este documento central, he organizado mi evidencia en círculos.

Cada círculo muestra una parte diferente de la historia. Uno contiene papeles sobre empresas fantasma. Otro muestra cuentas bancarias que no llevan a ninguna parte. Un tercer círculo contiene los nombres de los miembros de la junta.

He escrito notas en papeles amarillos. Estas notas marcan los espacios donde todavía necesito respuestas. "Investigar conexión con Singapur", dice una nota. "¿Quién es M. Reynolds?", pregunta otra. "Encontrar actas de junta faltantes de junio 2022", dice una tercera.

En la parte superior de la pared, he colocado una última fotografía. Muestra a Adrian Black. Recorté esta foto de la revista Forbes. La aseguré con un alfiler negro. Mira hacia abajo a mi investigación con la misma expresión arrogante que llevaba esta noche.

Mi estómago hace ruido, recordándome que necesito comer. Camino hacia la cocina y pongo comida china sobrante en el microondas. Mientras la comida se calienta, tomo mi portátil de mi escritorio.

El escritorio en realidad es solo una mesa plegable que está contra la pared. Me siento en mi cama con las piernas cruzadas, enfrentando la pared de evidencias mientras abro mi portátil. Esta pared me recuerda todo lo que he perdido. También me muestra cuánto trabajo me queda por hacer.

Levanto mi tenedor para comer, pero me detengo.

Algo llama mi atención. En la parte inferior derecha de la pared, veo un documento importante. Es el informe que muestra cuándo Black Enterprise Holdings quiso comprar Terra Pack por primera vez. Las fechas en este informe parecen incorrectas.

Mis dedos tamborilean contra mi barbilla mientras estudio la red de conexiones ante mí. Cada hilo conduce a otro documento, otra pieza del rompecabezas que he estado tratando de resolver durante el último año. Algo sobre las fechas de presentación molesta mi memoria.

"El papeleo inicial", murmuro, escaneando los documentos. "Tiene que haber más."

La pantalla del portátil ilumina mi rostro en la oscuridad de mi apartamento mientras abro mis archivos digitales.

Estos archivos se han vuelto tan familiares como mi propio reflejo - cientos de horas buscando el detalle que podría desentrañarlo todo. Cuando encuentro la presentación inicial de Black Enterprise Holdings, se me corta la respiración.

El documento muestra claramente que comenzaron el proceso tres meses antes de la adquisición hostil.

Inclinándome más cerca de la pantalla, entrecierro los ojos.

La mitad del documento yace enterrado bajo gruesas líneas negras, redacciones que ocultan lo que podría ser información crucial. He revisado este archivo innumerables veces, pero esta noche algo se siente diferente. La cronología no coincide con lo que recuerdo de esos meses finales.

"¿Qué no me estás diciendo?" Mi voz suena fuerte en la habitación silenciosa mientras escaneo el texto visible.

Me alejo de mi escritorio improvisado, caminando por el estrecho espacio entre mi cama y la pared de evidencias.

Las piezas están ahí - reuniones de la junta que nunca aparecieron en actas oficiales, transferencias de acciones inexplicadas, negocios misteriosos en Singapur. Un patrón flota justo fuera de mi alcance, pero el agotamiento hace que mis pensamientos sean lentos.

De vuelta en mi portátil, me sumerjo más profundo en la madriguera digital.

Los registros de propiedad se desdibujan en presentaciones comerciales mientras busco cualquier conexión que podría haber pasado por alto.

Mi cena olvidada se enfría a mi lado, pero el hambre se siente distante comparada con la necesidad de entender. Incluso cuando mi cabeza se vuelve pesada, fuerzo mis ojos a enfocarse en la pantalla.

Solo un poco más, pienso mientras involuntariamente me quedo dormida.

El aullido de una sirena me sobresalta y me despierta. La pantalla de mi portátil se ha oscurecido, y mi cuello protesta mientras levanto la cabeza del escritorio. El contenedor de comida china permanece intacto, un testimonio de las horas perdidas en la investigación.

La pared de evidencias se alza ante mí, sin cambios a pesar de mis horas de búsqueda. Sin embargo, sé que la verdad se esconde en algún lugar de esos documentos, oculta detrás de redacciones y jerga legal. Solo necesito encontrarla.

Mis articulaciones crujen mientras me levanto, demasiado agotada para hacer el corto camino hasta mi cama. El sofá me llama, y mientras me hundo en sus cojines gastados, la sonrisa de

Adrian Black flota en mi memoria. Esa sonrisa conocedora, como si ya hubiera anticipado cada uno de mis movimientos.

"Voy a encontrar lo que estás ocultando", susurro en la oscuridad.

Doce llamadas perdidas de Mike iluminan la pantalla de mi teléfono, su nombre brillando como una advertencia que soy demasiado terca para atender.

Deslizo las notificaciones sin leer sus mensajes. Mi teléfono vibra de nuevo, más insistente esta vez, pero lo ignoro. Es más fácil fingir que no existe, que el resto del mundo no existe, al menos por ahora.

La cocina huele ligeramente a pan tostado quemado y a algo rancio que he estado posponiendo limpiar del refrigerador. Mi portátil está abierto sobre la encimera, burlándose de mí con la misma solicitud de trabajo en línea que he estado mirando durante casi una hora.

El cursor parpadea, prepotente y vacío: ¿Por qué serías perfecta para nuestro dinámico ambiente de trabajo?

"Porque estoy desesperada", murmuro entre dientes, apartando un mechón suelto de mi cara. Respiro hondo, frotándome las sienes como si eso pudiera conjurar una respuesta real. El cursor parpadea, esperando. Doy un sorbo a mi taza de café, haciendo una mueca. De alguna manera, está quemado y aguado a la vez.

Perfecto.

La cafetera borbotea y sisea en el fondo, sumándose al caos en mi cabeza. He estado en esto durante horas, desplazándome por ofertas de trabajo para puestos que no quiero, posiciones que juré que nunca volvería a necesitar.

Los mismos anuncios del sector servicios desfilan por la pantalla. Se busca camarero. Se necesita servidor. Puesto de anfitrión disponible. Cada anuncio se siente como un puñetazo en el estómago, un paso atrás cuando ya he tropezado tanto.

"Se prefiere experiencia previa en hostelería de lujo", leo en voz alta, mi voz goteando falso entusiasmo mientras doy otro sorbo reluciente al café. "Bueno, que me hayan despedido del

Downtown Tavern debería contar para algo."

Suelto una risa amarga, el sonido solitario en el silencio de mi pequeño apartamento.

Mi teléfono vibra de nuevo sobre la encimera, lo suficientemente fuerte para hacerme saltar. Miro la pantalla. Es Patricia esta vez: "Necesitamos hablar sobre el incidente de anoche. Llama inmediatamente."

"Genial", murmuro, volteando el teléfono para no ver el mensaje. Sé lo que quiere.

Ya puedo imaginar la expresión severa de Patricia, sus brazos cruzados mientras me da esa mirada, la que dice que está decepcionada pero no sorprendida.

Agarro mi taza de café con más fuerza, sintiendo la cerámica caliente en mis manos. La ironía no se me escapa: hace un año, estaba sumergida hasta el cuello en trabajo de investigación, destapando corrupción corporativa como si fuera mi llamado en la vida.

Ahora estoy suplicando por la oportunidad de servir bebidas sobrevaloradas a las mismas personas que intentaba exponer.

Mi currículum me devuelve la mirada desde la pantalla, la sección de educación haciendo que mi estómago se revuelva.

Universidad Columbia – Incompleto. Minimizo la página, empujando esa vergüenza de vuelta al rincón de mi mente donde pertenece. Ya no importa. Todo lo que importa es seguir adelante, encontrar algo, cualquier cosa para pagar el alquiler del próximo mes.

Tres solicitudes más. Cuatro. Cinco. Para cuando presiono enviar en la sexta, mi café está frío y mi cabeza palpita.

Me arden los ojos de mirar la pantalla demasiado tiempo, el dolor de cabeza floreciendo detrás de ellos como algún castigo cruel por intentar arreglar mi vida. Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria.

Una nueva notificación de correo electrónico aparece en mi teléfono, el pequeño icono brillando con persistencia presumida. Es del departamento de recursos humanos del Downtown Tavern. Solicitud de entrevista de salida.

Ni me molesto en leer el resto. Lo borro con un desliz y vuelvo a dejar el teléfono. Añádalo a la creciente lista de cosas que estoy evitando, junto con el mensaje de Patricia, las llamadas de Mike y la sonrisa presumida de Adrian Black. Mi mandíbula se tensa al pensar en él, en la forma en que me miró anoche, como si supiera exactamente lo que tramaba.

El timbre de la lavadora me devuelve a la realidad, su tono estridente cortando a través de mis pensamientos en espiral. Gimo y estiro las piernas, mis huesos crujiendo en protesta mientras me levanto.

El reloj en la pared marca las 10:48 PM. Otra noche perdida. Otro día perdido en desplazamientos sin fin, solicitudes inútiles y los fantasmas persistentes de anoche.

Ajustando mi sudadera más cerca de mi cuerpo, me arrastro hacia el cuarto de lavado. El apartamento se siente más frío de lo usual, la calefacción apenas cortando el frío.

Las luces fluorescentes parpadean cuando entro en la estrecha habitación, su zumbido fuerte en el pequeño espacio. Abro la secadora y empiezo a sacar el montón de ropa caliente.

Doblar la ropa es una de esas tareas que se siente surreal en momentos como este.

Hace solo horas, estaba cara a cara con uno de los hombres más poderosos del país. Ahora estoy doblando calcetines, los movimientos mundanos casi relajantes. Mis manos se mueven mecánicamente, doblando unos vaqueros y lanzándolos al cesto que tengo desde la universidad, una cosa de plástico barata que se ha agrietado en tres lugares pero aún se mantiene unida.

Mientras doblo una camiseta arrugada, la noche anterior se reproduce en bucle en mi mente: la gala, las luces doradas, el murmullo de conversación que se sentía demasiado educado para ser real.

La mirada de Adrian Black encontrando la mía a través de la sala. La forma en que caminó hacia mí, confiado y deliberado, como si fuera dueño hasta del aire a su alrededor.

Sacudo el recuerdo, lanzando un par de calcetines al cesto con más fuerza de la necesaria. Mi teléfono vibra en la encimera de la cocina, el sonido amortiguado pero insistente. Dudo por un momento, mis manos pausadas sobre una sudadera, antes de volver a la cocina.

Es mi madre.

Miro la pantalla, mi dedo flotando sobre el botón verde. Por un segundo, considero dejar que vaya al buzón de voz, pero sé que seguirá llamando. Con un suspiro, contesto.

"Hola, mamá."

"Hola, cariño. ¿Todavía estás despierta? Suenas cansada", dice, su voz cálida y familiar. Es el tipo de voz que solía arreglar todo cuando era niña, pero ahora solo me hace sentir peor por no tener mi vida en orden.

"Estoy bien. Solo poniéndome al día con cosas", respondo, colocando el teléfono entre mi oreja y hombro mientras vuelvo al cuarto de lavado.

"Siempre estás 'poniéndote al día con cosas'", dice con un suspiro. "¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo divertido?"

Río suavemente, un sonido sin humor. "Define divertido."

"No trabajar. No conspirar contra multimillonarios. Solo... vivir tu vida."

Mis manos se detienen sobre el montón de ropa, mis dedos rozando la tela distraídamente.

"No es conspirar, mamá", digo, mi voz más baja ahora. "Sabes por qué estoy haciendo esto."

"Lo sé", dice suavemente, y puedo oír la preocupación en su voz. "Pero también sé cuánto has renunciado. Has estado funcionando con ira durante tanto tiempo, Em. ¿Nunca quieres dejarlo ir?"

Su pregunta cuelga entre nosotras, pesada e incómoda.

Trago con dificultad. Pienso en las solicitudes de trabajo sentadas en mi portátil, cada una un recordatorio de lo lejos que he caído.

Sobre la pared de evidencias en mi apartamento: los recortes, las notas, las horas de investigación que todas conducen de vuelta a un nombre: Adrian Black.

"Dejarlo ir significa dejar que él gane", digo finalmente.

"No, no es así", responde suavemente. "Significa elegirte a ti misma por una vez. Has estado luchando esta batalla durante un año, y no ha traído a tu padre de vuelta. No te ha traído paz."

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que quiero admitir. Mi pecho se siente apretado, mis pulmones negándose a expandirse apropiadamente. Aprieto los ojos, luchando contra el ardor de las lágrimas.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero no puedo parar, no ahora.

No cuando estoy tan cerca de algo. No después de anoche, cuando Adrian Black me miró como si supiera.

"Simplemente... no puedo, mamá. No todavía", digo finalmente, mi voz quebrándose a pesar de mis mejores esfuerzos.

Hay una larga pausa antes de que hable de nuevo, su voz suave. "Bueno, al menos visítame pronto, ¿vale? Te echo de menos."

"Lo haré", prometo, aunque las palabras se sienten huecas.

Nos despedimos, y dejo el teléfono, mirando fijamente el montón de ropa frente a mí. Sus palabras resuenan en mi cabeza, cada una cavando un poco más profundo. ¿Nunca quieres dejarlo ir?

Tal vez. Pero no después de anoche. No después de verlo, oír su voz, sentir el peso de su presencia. Si acaso, nuestro encuentro en ese pasillo solo probó lo que he sospechado todo el tiempo: Adrian Black está ocultando algo. Y voy a descubrir qué es.

El Corner Caffè se encuentra encajado entre una librería de segunda mano y una tintorería, su toldo verde descolorido ofreciendo sombra contra el sol de la mañana. La lluvia de anoche todavía forma charcos en la acera, reflejando el brillo de la ciudad. Dentro, el aroma a café recién hecho y pasteles calientes llena el aire.

Claire ya ocupa nuestra mesa habitual en la esquina, dos tazas humeantes esperando. Sus cejas se arquean cuando me acerco, una mirada conocedora que no acabo de entender cruzando su rostro. Todavía lleva la ropa de su turno en el bar de anoche, el delineador ligeramente corrido por el cansancio.

"¿Qué pasa?", dice mientras me deslizo en la silla de madera frente a ella. Nuestra mesa de la esquina ofrece privacidad del ajetreo matutino de los buscadores de café.

"Me despidieron." Envuelvo mis manos alrededor de la taza de cerámica que me ha acercado. "O lo harán, una vez que responda a las quince llamadas perdidas de Mike."

"No me refiero a eso." Claire se inclina hacia adelante, bajando la voz. "¿Qué pasó con Adrian Black? Y no finjas que no pasó nada. Tenías esa misma mirada en tu cara cuando lo viste en la protesta."

El calor sube por mi cuello. "¿Qué mirada?"

"Como si estuvieras enfadada, pero no tu enfado habitual. Un enfado diferente." Me estudia por encima de su taza de café, con círculos oscuros bajo los ojos por trabajar hasta el cierre. "El tipo de enfado que suele involucrar a alguien irritantemente atractivo."

"Él no es-" Me detengo, la mentira atascándose en mi garganta. Porque sí es atractivo, insoportablemente atractivo. Todo en él parece diseñado para atraer la atención: su altura, su esmoquin perfectamente cortado, la manera en que su presencia llenaba ese pasillo como si fuera dueño del aire mismo. "Ese no es el punto."

"¿Así que hay un punto?" La sonrisa de Claire se ensancha. "Cuéntamelo todo. Y no te dejes ningún detalle sobre este multimillonario no-atractivo que te tenía mirándolo como si quisieras matarlo o follártelo."

"¡Claire!" Pero mi cara arde más, recordando lo cerca que estuvo, el sutil aroma de su colonia. El recuerdo de su sonrisa - no la pulida que daba a los otros invitados, sino algo más oscuro, más privado - hace que mi estómago dé un vuelco.

"Tus orejas se están poniendo rojas", observa alegremente. "Esta ya es la mejor historia que me has contado nunca."

Un camarero deja caer algo metálico, haciéndome saltar. Por un momento, vuelvo a estar en ese pasillo, mi corazón latiendo por razones que me niego a examinar demasiado de cerca. El peso de la mirada de Adrian, la forma en que parecía estudiar cada micro expresión que cruzaba mi rostro.

"Me acorraló", digo, concentrándome en mi café. "Después de esa escena con James Warner III-"

"De la que me enteré por tres compañeros diferentes." Claire sonríe. "Aparentemente le dijiste que no podría permitirse comprarte ni aunque vendiera todo lo que tiene. Icónico. Aunque no tan interesante como lo que pasó después."

"Sí, bueno." Trazo el borde de mi taza, recordando lo que sucedió después. "Necesitaba un minuto a solas. Y de repente él estaba allí, y era tan... tan..."

"¿Guapo?"

"Irritante." Pero la palabra sale mal, más jadeante de lo que pretendo. "Me recordaba de la protesta. Sabía quién era yo."

La expresión de Claire cambia de burlona a seria. "Eso no es bueno, Em."

"¿Crees que no lo sé?" Mis dedos se aprietan alrededor de mi taza. "Pero estaba allí parado con su pelo perfecto y sus estúpidos ojos azules y su ridícula mandíbula-"

"Suenas terrible", dice Claire con ironía. "¿Cómo sobreviviste a semejante prueba?"

La fulmino con la mirada, pero solo hace que su sonrisa se ensanche. "Lo odio."

"Claramente." Roba un trozo de mi bollo sin tocar. "Por eso lo describes como si fuera el protagonista de una novela romántica. '¿Estúpidos ojos azules?' ¿En serio?"

"No estoy-" Pero pienso en cómo acabo de enumerar sus rasgos y gimo, hundiendo la cabeza entre mis manos. "Esto es horrible."

"Esto es maravilloso." Claire suena encantada. "La mujer que no ha mirado dos veces a nadie desde la universidad está caliente por el mismo multimillonario que intenta destruir. Es como

una película. Aunque por lo que me contó Tom sobre cómo te miraba..."

Levanto la cabeza. "¿Qué?"

"¿Ah, ahora sí te interesa?" Sonríe con malicia. "Tom dijo que Adrian Black no dejaba de escanear la sala después de que te fuiste. Al parecer, incluso le preguntó a Patricia dónde te habías ido."

Mi estómago da otro vuelco. "Probablemente solo estaba enfadado porque desaparecí."

"O quizás lo que pasó en ese pasillo le afectó tanto como claramente te afectó a ti."

"No me afectó", protesto, pero mi voz carece de convicción. Porque todavía puedo sentir cómo mi piel se erizaba cuando se acercó, cómo mi pulso se disparó cuando dijo mi nombre.

"Por favor." Claire pone los ojos en blanco. "Tienes esa mirada otra vez ahora mismo, solo de pensarlo."

"¿Qué mirada?"

"Como si estuvieras recordando algo que te enfadó y te excitó al mismo tiempo."

"¡Adrian Black no me excita!" Lo digo demasiado alto, atrayendo miradas de las mesas cercanas.

Claire solo me observa, la diversión bailando en sus ojos cansados. "¿Sabes qué pienso?"

"Seguro que me lo vas a decir."

"Creo que te asusta más el hecho de que te atraiga que el que sepa quién eres." Se recuesta, cruzando los brazos. "Porque la misión la puedes manejar. El plan de venganza, la investigación - todo eso es territorio familiar. Pero ¿desearlo? Eso es nuevo. Y te asusta."

Abro la boca para discutir, luego la cierro. Porque tiene razón. La atracción me aterroriza más que cualquier amenaza que él pudiera representar. Puedo luchar contra un enemigo.

Puedo resistir la intimidación. Pero esta atracción hacia él, esta consciencia no deseada de cada detalle sobre él - se siente peligrosa de una manera que no sé cómo combatir.

"Él es todo lo que odio", digo en voz baja. "Todo lo que está mal en ese mundo."

"Y sin embargo..."

"Y sin embargo no puedo dejar de pensar en cómo me miraba." La admisión se siente como una derrota. "Como si pudiera ver a través de cada defensa, cada muro que he construido. Como si supiera exactamente lo que estaba pensando, lo que estaba sintiendo. Probablemente está acostumbrado a que las mujeres reaccionen así ante él. Usándolo a su favor."

"O tal vez solo es un tío guapo intrigado por la hermosa mujer que claramente lo odia." Claire se encoge de hombros. "No todo tiene que ser parte de algún juego corporativo de ajedrez."

"No viste cómo me miraba." Pero incluso mientras lo digo, recuerdo cada detalle de su expresión, cómo sus ojos se oscurecieron cuando me acerqué, cómo su sonrisa cambió de

educada a algo más peligroso. "No importa. Nada de esto importa. Es el enemigo."

"El enemigo muy atractivo", señala Claire. "Quien, según lo que decía el personal, pasó el resto de la noche como si hubiera perdido algo importante."

Mi cara se calienta de nuevo. "Para ya."

"Lo haré cuando admitas que esto es más que solo odio."

"No es-"

"Em." Estira el brazo por encima de la mesa para agarrar mi mano. "Te conozco desde el instituto. Te he visto enfadada, te he visto decidida, te he visto herida. Pero nunca te he visto así. Toda... iluminada por dentro. Incluso mientras intentas convencerte de que lo odias."

"Lo odio."

"Y lo deseas."

"No-"

"Sí." Su voz se suaviza. "Y está bien. No hace que tu misión sea menos válida. No borra lo que su empresa hizo. Solo te hace humana."

Retiro mi mano, necesitando distancia de su comprensión. "No puedo ser humana con él. No puedo permitirme sentir nada excepto odio. Porque si lo hago..."

"¿Si lo haces?"

"Si lo hago, podría olvidar por qué empecé todo esto en primer lugar." Las palabras salen apenas por encima de un susurro. "Cada vez que recuerdo cómo me sonrió, cómo dijo mi nombre, olvido por un segundo lo que es. Lo que ha hecho."

Claire se queda callada un momento, estudiándome. "Sabes, la mayoría de la gente tomaría esta atracción como una señal para dejar ir su plan de venganza."

"No soy como la mayoría de la gente."

"No", suspira. "No lo eres. Solo... ¿prometes que pensarás en lo que estás haciendo? ¿Realmente pensarlo? Porque esto entre vosotros - sea lo que sea - está cambiando el juego. Ya no eres solo una amenaza anónima. Te ve. Realmente te ve."

"Lo sé." Me hundo en mi silla, sintiendo el peso de ello. "Eso es lo que me asusta."

Aprieta mi mano. "¿Porque es peligroso?"

"Porque cuando me mira así, casi olvido que lo es."

Un grupo de ejecutivos entra en el café, sus trajes caros y su andar confiado recordándome demasiado a Adrian. Los observo pedir sus bebidas complicadas, preguntándome si trabajan para él, si sus vidas son solo más piezas en su tablero de ajedrez.

"Debería irme", digo, levantándome. "Tengo solicitudes de trabajo que rellenar."

Claire también se levanta, atrayéndome hacia un fuerte abrazo. "Solo ten cuidado, ¿vale? Sea lo que sea esto entre tú y Adrian Black... ya no es simple."

La abrazo de vuelta, respirando el aroma familiar de su champú mezclado con el humo persistente del bar. "Nunca fue simple."

"Sabes a lo que me refiero." Se aparta para mirarme. "La forma en que hablas de él... es diferente. Tú eres diferente."

Me alejo, incapaz de manejar la preocupación en sus ojos. Porque tiene razón - algo ha cambiado. No solo en cómo veo a Adrian Black, sino en cómo me veo a mí misma. En cómo entiendo este juego que estamos jugando.

"Estaré bien", digo, pero ambas sabemos que miento. Porque ahora cuando pienso en Adrian Black, no solo veo al tiburón corporativo que destruyó la empresa de mi padre. Veo ojos azules y trajes perfectos y sonrisas peligrosas.

Y eso me hace estar más decidida que nunca a derribarlo. Antes de que esta atracción no deseada pueda debilitar mi resolución. Antes de que pueda usarla en mi contra.

Antes de que olvide por qué lo odio en primer lugar.

ADRIAN

El sol de la mañana se filtra a través de los ventanales de mi oficina mientras mido los granos de café para el molinillo.

El suave zumbido llena el espacio mientras el tostado oscuro se convierte en polvo fino. El agua se calienta a exactamente noventa y seis grados en la tetera de cobre - un proceso que normalmente encuentro meditativo.

Pero esta mañana, mis pensamientos siguen desviándose hacia unos ojos verdes llenos de furia.

Vierdo el agua en círculos cuidadosos sobre el café molido, observando cómo florece. El aroma debería ser suficiente para anclarme en el presente, en las tareas que esperan mi atención. En cambio, recuerdo cómo levantó su barbilla en desafío, cómo su voz llevaba tanta convicción cuando dijo que sabía lo que había hecho.

El café gotea constantemente en mi taza, pero apenas lo saboreo cuando doy un sorbo. Ha pasado una semana desde la gala, desde que desapareció en la noche dejando solo preguntas sin respuesta. Mis fuentes me dicen que no ha vuelto al Downtown Tavern.

"¿Señor Black?" James aparece en mi puerta, tableta en mano. "Los números de Hong Kong han llegado."

Le hago un gesto para que entre, dirigiéndome a mi escritorio. "Cierra la puerta."

Obedece y luego comienza su informe matutino. Proyecciones de mercado, actualizaciones de adquisiciones, preocupaciones de los miembros de la junta - su voz se desvanece en ruido de fondo mientras noto un cabello oscuro en mi manga. No es mío.

"Necesito algo más de ti", digo, interrumpiendo su informe sobre las ganancias trimestrales.

"Una investigación de antecedentes. Exhaustiva. Para el final del día."

James se detiene a mitad de frase. "Por supuesto. ¿El objetivo?"

"Emery." El nombre se siente diferente en mi lengua ahora que lo conozco. "Trabajó en la gala del Waldorf la semana pasada. Lo quiero todo - historial laboral, educación, conexiones familiares. Grabaciones de seguridad si puedes encontrarlas."

Sus cejas se alzan ligeramente. "¿La camarera que se marchó?"

"¿Hay algún problema?"

"No, señor." Pero duda. "Es solo que... no es su tipo habitual de petición."

Sostengo su mirada firmemente. "No hagas preguntas, James. Solo hazlo."

Asiente y se retira, cerrando la puerta tras él. Me giro hacia la ventana, observando la ciudad extenderse abajo. En algún lugar ahí fuera, ella está tramando algo. Lo vi en sus ojos aquella noche, en la forma en que me miraba como si yo fuera todo lo malo del mundo.

El día pasa en una nebulosa de reuniones y llamadas telefónicas. Firmo contratos por millones sin verlos realmente. Mi mente sigue volviendo a ese pasillo, a la electricidad en el aire entre nosotros.

A las seis, James regresa. Una carpeta aparece en mi escritorio.

"Todo lo que pude encontrar sobre Emery Sullivan", dice. "Es... interesante."

"Gracias." No levanto la vista de mi pantalla. "Puedes irte."

Se detiene en la puerta. "Señor... quizás quiera prestar especial atención a la página cuatro."

La puerta se cierra tras él. Por un momento, miro fijamente la carpeta, preguntándome qué respuestas contiene. Luego la alcanzo, abriendo por la página cuatro.

Mi café se enfría en mi escritorio mientras leo.

Emery Sullivan. Veintidós años. Ex estudiante de la Universidad Columbia, especialidad en periodismo, abandonó en su tercer año debido a dificultades financieras. Su dirección actual está en Brooklyn. Sin antecedentes penales.

Padre: Michael Sullivan.

Mis dedos se congelan sobre la página. La memoria regresa de golpe - una sala de juntas, una adquisición hostil que apenas registré entre docenas de adquisiciones similares.

Terra Pack Industries.

Abro archivos antiguos en mi computadora, escaneando documentos en los que no he pensado en años. Terra Pack era una empresa de embalajes de tamaño mediano, estable pero sin ambiciones. El tipo de negocio que se convierte en un objetivo fácil cuando necesitaba consolidar cuota de mercado.

La adquisición fue limpia, según las normas. Adquirimos su deuda, presionamos a su junta, esperamos hasta que el precio de las acciones cayera. Procedimiento estándar. Michael Sullivan

luchó, por supuesto. Intentó conseguir apoyo de otros negocios, hizo apelaciones emocionales sobre el legado familiar y la responsabilidad corporativa.

Al final, vendió. Siempre lo hacen.

Encuentro su foto en el archivo - un hombre mayor con la misma expresión determinada de su hija. El artículo menciona su muerte un año después de la adquisición. Ataque al corazón, aparentemente.

Así que por eso me odia.

Me recuesto en mi silla, las piezas encajando en su lugar. Su presencia en la protesta tiene sentido ahora. La forma en que me miraba, como si personalmente hubiera destruido su mundo.

Pero ella no conoce toda la historia. No sabe sobre las empresas fantasma que Terra Pack estaba usando para ocultar sus pérdidas. El fondo de pensiones que habían estado drenando silenciosamente. Las regulaciones ambientales que habían estado evadiendo durante años.

Guardé esos documentos, los enterré profundamente donde los periodistas no pudieran encontrarlos. Mejor dejar que la gente piense que soy solo otro tiburón corporativo que exponer la podredumbre en el núcleo de Terra Pack. Michael Sullivan mantuvo su reputación. Sus empleados encontraron otros trabajos. Su hija pudo creer que su padre era una víctima en lugar de enfrentar la verdad.

Y ahora quiere venganza.

Abro las grabaciones de seguridad que James incluyó. Ahí está ella, moviéndose por la gala con gracia cuidadosa, sirviendo bebidas con precisión mecánica. Hasta que me vio. Hasta que todo cambió.

El vídeo se reproduce en bucle - su escape por los pasillos de servicio y el momento en que miró hacia atrás al hotel antes de irse.

Es hermosa cuando está enfadada. El pensamiento llega sin invitación, indeseado.

Mi teléfono vibra - otra reunión, otro trato exigiendo atención. Pero no puedo apartar la mirada de su imagen en la pantalla. No puedo dejar de preguntarme qué está planeando, hasta dónde llegará para derribarme.

Debería detener esto ahora. Hacer que James la advierta, amenazar con acciones legales si sigue investigando. Sería fácil aplastar cualquier plan que esté haciendo.

En cambio, me encuentro preguntándome qué más descubrirá. Cuán cerca llegará a la verdad antes de que la detenga. O antes de que se detenga ella misma.

Las luces de la ciudad comienzan a parpadear mientras se acerca el anochecer. Cierro el expediente pero lo dejo sobre mi escritorio, un recordatorio de asuntos pendientes. De ojos

verdes y furia justiciera y secretos mejor enterrados.

Que investigue. Que persiga su venganza por los caminos que elija.

Quiero ver qué hará después.

El café se ha enfriado en mi taza, olvidado hace horas. Debería pedir uno fresco, debería concentrarme en la pila de contratos esperando mi firma. En cambio, abro más grabaciones de seguridad, observándola moverse por la gala una y otra vez.

Está jugando un juego peligroso sin conocer todas las reglas. Sin entender que el colapso de Terra Pack era inevitable mucho antes de que yo entrara en escena. Los secretos de su padre murieron con él, dejándola con un rompecabezas incompleto y un odio mal dirigido.

Podría mostrarle la verdad. Podría sacar esos documentos enterrados y dejarla ver exactamente qué tipo de empresa dirigía su padre. Ver cómo su mundo se hace añicos otra vez.

Pero ¿dónde estaría la diversión en eso?

No, mejor dejar que esto se desarrolle. Envío un mensaje a James: *"Sigue rastreando sus movimientos. Informa cualquier cosa inusual"*.

Luego me acomodo en mi silla, una sonrisa jugando en mis labios mientras imagino su reacción cuando se dé cuenta de que la estoy observando. Cuando descubra que cada uno de sus movimientos solo la arrastra más profundamente a mi mundo.

¿Quiere jugar a ser cazadora? Bien. Pero aún no se ha dado cuenta de que ha elegido cazar a un depredador.

Estoy sentada en el borde de la cama de Claire, el suave aroma de las velas de vainilla en el aire mientras la plancha de rizos zumba suavemente.

El calor irradia contra mi cuello mientras Claire tira de otra sección de mi pelo, enrollándola cuidadosamente alrededor del cilindro.

Sus movimientos son precisos, sus cejas fruncidas en concentración como si me estuviera peinando para la alfombra roja en lugar de la misión más ridícula que jamás haya decidido emprender.

"¿Vas en serio con esto?", pregunta, rompiendo finalmente el silencio. Su tono es plano, pero no hay forma de ocultar el matiz de pánico que se esconde detrás.

"No tengo otra opción", digo, mirando fijamente al espejo de cuerpo entero apoyado contra la pared lejana. Mi reflejo me devuelve la mirada, cansada pero decidida—ojos verdes oscuros con determinación y labios apretados como si ya me estuviera preparando para lo que viene.

Claire suelta un largo y exagerado suspiro detrás de mí y riza otro mechón de mi pelo. "No sé, Em. Esto suena..." Se detiene para buscar la palabra adecuada. "Como una muy mala idea."

Arqueo una ceja hacia ella a través del espejo. "¿Qué sugieres? ¿Enviarle un correo electrónico muy severo? ¿Pedirle amablemente sobre un café por qué destruyó la vida de mi familia?"

Claire pone los ojos en blanco y me da un toque en el hombro con el peine. "Vale, has dejado claro tu punto, listilla. Pero ¿seducirlo?"

"¿De qué otra forma voy a acercarme a él, Claire?" Me giro en mi asiento para mirarla, y ella retrocede con la plancha todavía en la mano. "Ya no trabajo para Mike. No voy a entrar en ninguna gala benéfica o evento corporativo próximamente. Este es el único plan que tengo."

La mandíbula de Claire se tensa. "¿Y realmente crees que vas a lograrlo? ¿Qué—simplemente aparecer en algún lugar luciendo espectacular y mágicamente te revelará todos sus oscuros

secretos?"

Sonrío levemente. "Más o menos."

"Dios mío, Em." Se da la vuelta y agarra la lata de laca del tocador, murmurando algo entre dientes sobre que necesito ayuda profesional.

Me levanto y me dirijo hacia la cama donde espera el vestido—negro azabache, sedoso, y mucho más atrevido que cualquier cosa que suela usar. Paso mis dedos por la tela, dejándola resbalar como agua contra mi piel, y un extraño escalofrío recorre mi espalda.

Esto tiene que funcionar.

Claire se gira justo cuando desabrocho el vestido. "Espera—¿vas a llevar eso?"

"Ajá." Me quito los vaqueros y el jersey, dejándolos arrugarse en el suelo. El aire golpea mi piel desnuda, fresco contra el calor que todavía irradia de mi cuello y hombros. Me meto cuidadosamente en el vestido, subiéndolo por mis caderas antes de deslizar mis brazos en los delicados tirantes.

Claire me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza. "Vas a matarlo."

Levanto la mirada y encuentro sus ojos abiertos de par en par a través del espejo. "Ese es el punto."

"No, quiero decir mírate." Deja la plancha en el tocador y agarra mi brazo, girándome hacia ella.

"Chica, estás impresionante. Del tipo 'parar el tráfico, arruinar vidas'."

Suelto una pequeña risa, pero se me atraganta en la garganta. "¿Crees que es demasiado?"

"¿Demasiado? Emery, pareces una diosa. Si no te dice lo que quieres saber, es porque ya está muerto." Hace una pausa, luego cruza los brazos con una mirada significativa. "Pero en serio. ¿Dónde vas a encontrarlo siquiera?"

"He investigado un poco." Me inclino para ponerme unos tacones que Claire me prestó—negros y con tiras, casi demasiado altos para ser prácticos pero perfectos para la imagen que estoy a punto de proyectar.

Claire resopla. "¿Te refieres a acosarlo?"

Me encojo de hombros. "Llámallo como quieras. Hay un lugar al que le gusta ir. Un bar privado en el centro. Todos los viernes por la noche. Está todo en los detalles, Claire."

Me mira boquiabierto. "Das miedo."

"Estoy preparada."

Claire sacude la cabeza como si no pudiera decidir si abrazarme o darme una bofetada.

"Entonces, ¿vas a entrar allí pavoneándote, toda misteriosa y sexy, y qué? ¿Encantarlo hasta que te entregue una confesión firmada?"

"Solo necesito que hable. Interpretaré el papel, conseguiré la información que necesito, y..." Me encojo de hombros, como si el final de esa frase no me aterrorizara.

Claire me observa por un momento, sus labios torciéndose con una mezcla de admiración y horror. "Estás loca."

"Y me quieres por eso."

Se ríe suavemente, pero su rostro se vuelve serio de nuevo. "Solo... ten cuidado, ¿vale?"

"Lo sé."

"Y no te enamores de él."

Resoplo, enderezándome. "Por favor. Preferiría prenderme fuego."

Claire sonrío, pero se desvanece cuando nota la hora en su teléfono. "Vale, se te acaba el tiempo. Pero primero, necesito saber. ¿Qué está pasando con Tyler?"

Su expresión cambia inmediatamente. Se deja caer en la cama, tirando de uno de los cojines decorativos sobre su regazo. "Dejé de hablar con él."

Mis cejas se disparan hacia arriba. "Espera. ¿Qué?"

"No podía soportarlo más, Em." Juguetea con la esquina de la funda del cojín, sin mirarme a los ojos. "Se estaba presentando en el bar casi todas las noches. Vigilándome. Poniéndose celoso por tipos que flirteaban conmigo. Ni siquiera me gustan esos tipos—solo estoy haciendo mi trabajo. Pero Tyler... simplemente no lo entiende."

Me siento a su lado, el dobladillo de mi vestido acumulándose alrededor de mis piernas. "Claire, eso no está bien. Hiciste lo correcto."

Levanta la mirada, sus ojos brillando levemente. "Sí. Aunque fue difícil. Quiero decir, no era todo malo, ¿sabes? Podía ser muy dulce a veces. Pero la forma en que se ponía... ¿posesivo? Simplemente no pude."

Envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros y la atraigo hacia mí. Deja escapar un suspiro tembloroso, y la siento relajarse contra mí.

"Estoy orgullosa de ti", murmuro. "Eres más inteligente de lo que la mayoría de la gente te da crédito. Incluida tú misma."

"Gracias", susurra. Se aparta lo justo para limpiarse los ojos, una sonrisa abriéndose paso. "Vale, suficiente sobre mí. Centrémonos en ti y tu absurdo plan de seducir a un multimillonario."

Me río y me levanto de nuevo, sacudiendo el vestido. "Eh, alguien tiene que derribarlo. Bien podría ser yo."

Claire me observa mientras me giro para comprobar mi reflejo una última vez.

El vestido se ajusta como una segunda piel, la tela oscura resaltando cada curva. Mi pelo cae en suaves ondas sobre mis hombros, y mi maquillaje—gracias a las expertas habilidades de Claire—es una mezcla perfecta de seductor y sofisticado.

"Que Dios lo ayude", dice Claire en voz baja.

Sonrío con suficiencia, agarrando mi bolso y echándomelo al hombro. "Va a necesitar todas las oraciones que pueda conseguir."

EMERY

La calle frente al Haven está casi vacía, un silencio tranquilo se ha asentado sobre la manzana.

El suave resplandor de las farolas se acumula en el pavimento, proyectando tenues sombras contra las fachadas de ladrillo. Meto mi coche en un estrecho espacio de estacionamiento, apagando el motor mientras mis dedos tamborilean nerviosamente contra el volante.

Desde este ángulo, el bar parece discreto—demasiado discreto para un hombre como Adrian Black.

Está perfectamente encajado entre una librería polvorienta que huele a libros de bolsillo olvidados y una tienda de discos que probablemente no ha vendido un vinilo desde principios de los 2000.

El letrero sobre la puerta dice Haven en letras simples, iluminado lo justo para ser notado pero no tanto como para llamar la atención. Es el tipo de lugar al que va la gente cuando no quiere ser encontrada.

Perfecto para él.

El sonido de mis tacones resuena mientras bajo del coche, el ruido agudo y preciso contra el pavimento. El aire nocturno es fresco, rozando mis hombros desnudos como una fugaz advertencia. Cierro la puerta con un golpe firme, y mientras me dirijo a la entrada, siento ojos sobre mí.

"Eh, preciosa", una voz llama desde las sombras a mi izquierda.

Miro de reojo para ver a un tipo apoyado perezosamente contra la pared, un cigarrillo colgando de sus dedos.

Está vestido como si se esforzara demasiado—una chaqueta de cuero que le queda mal, vaqueros rotos que parecen más preparados que desgastados, y una sonrisa tan segura de sí misma que roza lo ridículo.

"¿A dónde vas? Una chica como tú no debería caminar sola de noche."

No me detengo, pero inclino la cabeza ligeramente, dándole apenas una mirada para mostrar que lo he oído.

"Vamos, no seas así", intenta de nuevo, dando un paso adelante como si fuera a seguirme.

Levanto una mano, mi dedo medio perfectamente extendido, sin romper mi paso.

"Esfuézate más", digo por encima del hombro.

Su risa me sigue, suave y murmurando algo sobre que soy una "fierecilla", pero ya lo estoy ignorando. Mis tacones resuenan en los pequeños escalones hacia la entrada, y tiro de la pesada puerta de madera para abrirla.

En el momento en que entro, lo siento—el sutil cambio en el aire.

Haven no es lo que esperaba.

La calidez me envuelve como una manta pesada, el silencioso murmullo de conversaciones bajas rozando mi piel.

Está tenuemente iluminado, el suave resplandor dorado de las bombillas en el techo derramándose sobre la madera pulida de la barra. Las paredes están revestidas de ladrillo visto, viejo y desgastado, dando al lugar una sensación rústica y vivida. Huele levemente a whisky y humo de madera, como el confort envuelto en decadencia.

Es íntimo. Demasiado íntimo.

Me detengo justo dentro de la entrada, forzándome a respirar, a calmar mi pulso acelerado.

Desde mi posición, puedo verlo.

Adrian Black.

Está sentado al final de la barra, un brazo descansando casualmente sobre el mostrador mientras el otro sostiene una copa de cristal llena de líquido ámbar.

La luz atrapa el borde de su perfil—mandíbula afilada, barba incipiente sombreada, labios que parecen a la vez suaves y peligrosos.

Su pelo oscuro está despeinado. Y luego están sus mangas, arremangadas hasta los codos, exponiendo antebrazos que parecen demasiado fuertes, demasiado capaces para alguien cuya vida transcurre en salas de juntas.

Es ridículo lo sin esfuerzo que domina el espacio a su alrededor, como si el bar mismo se curvara hacia él, como si el aire mismo se doblara para hacer espacio para Adrian Black.

Por un momento, mis pies se niegan a moverse.

Este era el plan. Sabía que lo vería aquí. Me preparé para este momento, ensayé cada línea, cada posible resultado.

Mi corazón se entrecorta. Mis palmas se humedecen. Hay un tirón en mi pecho, y no puedo decidir si es furia, miedo, o algo peor.

Concéntrate, Emery.

Me aliso el vestido negro—ese que Claire juró que era sexy y "estratégicamente modesto." Es elegante, la seda susurrando contra mi piel con cada paso. No demasiado, no muy poco. Lo justo para hacer que mire.

El taburete junto a él está vacío.

Camino hacia él, cada paso deliberado, mis tacones amortiguados contra el viejo suelo de madera.

Siento que me nota antes incluso de sentarme. Su mirada se desplaza—solo ligeramente—y juro que puedo sentirla como una caricia de calor sobre mi piel.

Me deslizo en el taburete, manteniendo mis movimientos lentos e intencionales. Mis manos descansan en la barra mientras miro hacia el camarero.

"Un whisky sour", digo, mi voz firme.

El camarero asiente y se pone a trabajar, y ya puedo sentir la atención de Adrian persistiendo. No se gira para mirarme directamente, pero el aire cambia, espesándose entre nosotros, como si me estuviera observando en fragmentos—mi vestido, la manera en que me mantengo, la confianza que estoy intentando proyectar tan duramente.

"No me pareces del tipo que bebe whisky", dice finalmente, su voz baja y suave, con ese toque de diversión que hace que se me erice el vello de la nuca.

Lo miro, arqueando una ceja. "Y tú no pareces del tipo que frecuenta un lugar como este."

La comisura de su boca se curva hacia arriba, y es irritante lo sin esfuerzo que resulta encantador. Levanta su copa ligeramente, el líquido ámbar arremolinándose bajo la luz. "Touché."

El camarero coloca mi bebida frente a mí, la fría condensación ya resbalando por el cristal. Doy un pequeño sorbo.

Me muevo ligeramente en mi asiento, girándome lo justo para mirarlo. "Entonces", digo, manteniendo mi tono ligero, "¿qué trae a alguien como tú a un bar como este?"

La mirada de Adrian se levanta, y por primera vez, me mira—realmente me mira.

Sus ojos son de un tono asombroso de azul, profundo y afilado, como si estuvieran despojando cada capa que he puesto para protegerme. Es inquietante, la forma en que me estudia como si estuviera leyendo un libro que ya está a mitad de camino.

"Podría preguntarte lo mismo", responde, su voz tan calmada como siempre.

"Tal vez me gusta el ambiente." Doy otro sorbo a mi bebida, sintiéndola quemar todo el camino hacia abajo.

Sonríe con suficiencia, y es como si supiera que estoy fingiendo. Como si supiera exactamente por qué estoy aquí.

"O tal vez estás buscando algo", dice, su voz bajando aún más, como un secreto destinado solo para mí.

Un escalofrío se desliza por mi columna, y me obligo a mantener su mirada. Sus ojos son inquebrantables, su peso pesado contra mí, como si me estuviera retando a apartar la mirada primero.

"¿No lo estamos todos?", respondo, manteniendo mi voz suave.

Por un momento, ninguno de los dos habla. El murmullo de conversación a nuestro alrededor se siente distante, ahogado por la tensión que zumba entre nosotros como un cable vivo. No puedo decir si me está probando, desentrañándome pieza por pieza, o si solo está curioso.

Pero hay algo peligroso aquí. Algo oscuro y magnético que hace imposible alejarse.

Se reclina ligeramente, apoyando su copa contra el borde de la barra. "Eres interesante", dice, casi para sí mismo.

Levanto la barbilla, negándome a dejarle ver cómo esas dos simples palabras me perturban. "Y tú eres arrogante."

Su sonrisa se ensancha, sus dientes atrapando brevemente la luz tenue. "Te sorprendería lo a menudo que esas dos cosas van de la mano."

Entrecierro los ojos hacia él, mi pulso retumbando en mis oídos mientras tomo otro trago.

El whisky sour es más fuerte de lo que esperaba, pero es exactamente lo que necesito para mantenerme anclada al plan.

Porque estar sentada junto a Adrian Black—ser el foco de su atención—se siente como estar al borde de algo peligroso y emocionante a la vez.

El hielo en mi whisky tintinea suavemente mientras lo agito, intentando mantener mis manos ocupadas, tratando de no concentrarme en el hombre sentado a mi lado. Pero es imposible.

Adrian Black tiene una presencia que lo hace imposible de ignorar.

Me observa ahora—su mirada pesada, depredadora, aunque divertida, como si ya hubiera descifrado mi juego y estuviera esperando ver hasta dónde llegaré. Esa sonrisa suya persiste en la comisura de su boca, lo suficiente para hacer que mi pulso se dispare de una manera que me hace patearme mentalmente.

¿Qué diablos me pasa?

Se supone que yo debo ser quien lo seduzca—atrayéndolo a mi trampa cuidadosamente tendida, desentrañando sus secretos—pero en cambio, siento que soy yo quien está siendo atraída, pieza por pieza.

"Estás callada", dice, su voz cortando mis pensamientos. "¿Dudas sobre tu bebida?"

Fuerzo una sonrisa, levantando el vaso. "Para nada."

Los ojos de Adrian se desvían hacia mis labios mientras doy un lento sorbo, el ardor del whisky extendiéndose por mi garganta.

Su atención se demora allí el tiempo suficiente para hacerme mover ligeramente en el taburete, mi vestido deslizándose contra mis muslos.

"Me alegra oírlo", dice, dejando su vaso con un golpe suave. "Pero sigo sin estar convencido de que el whisky te vaya."

"¿Y qué me va, señor Black?" Las palabras salen antes de que pueda pensarlo dos veces, mi voz más suave, más peligrosa de lo que pretendo.

Su boca se contrae, lo suficiente para mostrar que está complacido con el desafío. "Algo más dulce. Me pareces una mujer que no necesita esconderse tras el ardor del whisky."

Mi corazón golpea contra mi caja torácica, y odio la manera en que me afecta. Inclino la cabeza, forzándome a mantener mi expresión neutral. "Y tú me pareces un hombre que cree saberlo todo."

Su sonrisa se profundiza, del tipo que podría desarmar a cualquiera que no estuviera prestando atención. "No lo sé todo. Pero soy muy bueno leyendo a la gente."

"¿Y qué lees en mí?", pregunto, mi voz más baja ahora. No sé por qué lo digo—por qué me inclino hacia este peligroso filo entre nosotros—pero hay algo en él que hace difícil retroceder.

Adrian me estudia por un largo momento. El aire entre nosotros se espesa, cargado con algo eléctrico, algo que no puedo nombrar pero puedo sentir.

"Eres problemas", dice finalmente, su voz bajando lo suficiente para hacer que mi respiración se entrecorte. "El tipo de problemas que hace que un hombre quiera perderse."

Mi pulso se salta un latido, y mis dedos se aprietan alrededor del vaso.

Una emoción me recorre, seguida rápidamente por la frustración de lo fácilmente que me desarma con unas pocas palabras bien elegidas. Se supone que debo estar en control aquí—jugando con él, no al revés.

"Podría decir lo mismo de ti", respondo, intentando sonar firme.

La mirada de Adrian se agudiza, y juro que veo algo parpadear en sus ojos—algo más oscuro, más peligroso. Se inclina ligeramente, lo suficientemente cerca para que pueda sentir su calor, lo suficiente para que su colonia me envuelva, toda especia rica y sutil humo de madera.

"¿Estás segura de que puedes manejarme?", murmura, sus palabras rozando mi piel como un toque físico.

Mi respiración se entrecorta, y odio que pueda verlo—pueda sentir cómo me está afectando. Su proximidad es abrumadora, embriagadora de una manera que no esperaba.

"Creo que me subestimas", logro decir, aunque mi voz suena sin aliento, traicionándome.

Adrian ríe suavemente, el sonido bajo y suave, vibrando directamente a través de mí. No se retira—si acaso, se inclina más cerca, su mirada cayendo hacia mis labios como si estuviera considerando algo.

El mundo se reduce a este momento—el espacio entre nosotros encogiéndose hasta que parece que todo lo demás se desvanece.

Va a besarme.

Puedo sentirlo—el calor radiando de él.

Pero justo cuando pienso que va a cerrar la distancia, se detiene.

Adrian retrocede, tan lentamente que parece deliberado, como si quisiera que sintiera la pérdida de su proximidad.

Parpadeo, aturdida, mi corazón latiendo tan fuerte que puedo sentirlo en mi garganta.

Toma su vaso, terminando el último trago de su bebida en un movimiento suave. Luego lo deja y mete la mano en su bolsillo, sacando un billete impecable de 100 euros.

Lo coloca en la barra con casual facilidad antes de volver su mirada hacia mí.

"Buenas noches, problemas", dice, su voz como terciopelo y pecado, lo suficientemente baja para que solo yo pueda oír. "Intenta no extrañarme demasiado."

Las palabras me golpean bajo en el estómago, enviando un rubor de calor a través de mí que no quiero sentir. Aprieto los muslos instintivamente, la ira y la frustración floreciendo al mismo tiempo.

Ni siquiera tengo oportunidad de responder. Se levanta, desplegando su alta figura con gracia sin esfuerzo, y se aleja sin otra palabra, dejándome sentada allí—sin palabras, alterada y deseando más.

El bar se siente más frío sin él.

Miro fijamente el billete de 100 euros aún descansando en la barra, el silencio presionándome como un peso.

Debería sentirme triunfante—este era el plan, después de todo. Vine aquí para acercarme a él, para atraerlo. Pero en cambio, siento que soy yo quien ha sido manipulada.

Me deslizo del taburete, mis tacones resonando contra el suelo mientras me dirijo a la puerta. Afuera, el aire fresco de la noche golpea contra mi piel, pero no hace nada para aclarar la niebla en mi cabeza.

Me siento desequilibrada. Inestable.

Para cuando me deslizo de vuelta en mi coche y cierro la puerta tras de mí, mis manos están temblando. Me quedo sentada un momento, mirando mi reflejo en el espejo retrovisor—mejillas sonrojadas, ojos oscurecidos, labios aún entreabiertos como si estuviera recuperando el aliento.

Contrólate, Emery.

Arranco el motor y salgo a la calle silenciosa, el zumbido de los neumáticos contra el pavimento es el único sonido en el que puedo concentrarme. Mi teléfono suena cuando hago el primer giro, el nombre de Claire parpadeando en la pantalla.

Contesto, presionando el botón del altavoz. "Hola."

"¿Cómo fue?" La voz de Claire es brillante, curiosa—demasiado esperanzada.

Suelto un lento suspiro, agarrando el volante con más fuerza. "No fue a ninguna parte."

"¿A ninguna parte? ¿Qué pasó?"

"Quiero decir, lo encontré, hablamos, y..." Me detengo, tratando de encontrar las palabras. "No sé, Claire. Es—es imposible. Es como si supiera exactamente lo que está haciendo. Es demasiado confiado."

Claire hace un sonido, su tono cambiando. "No me gusta cómo suena eso."

"A mí tampoco."

"¿Estás segura de que esto es una buena idea? Quiero decir, te quiero, pero—¿y si él es quien tiene el control?"

Aprieto los dientes, el recuerdo de la sonrisa de Adrian destellando en mi mente. "No me voy a rendir."

"Emery..."

"Hablo en serio, Claire. No me subestimes. Tengo esto bajo control."

Hay un momento de silencio, luego Claire suspira. "Solo digo que—soy tu mejor amiga, ¿vale? No quiero verte perder esta batalla."

"No lo haré." Pero incluso mientras lo digo, las palabras se sienten huecas.

Entro en el estacionamiento de mi edificio, los faros cortando a través de la oscuridad. Mi cuerpo se siente pesado, agotado, como si hubiera pasado por una pelea y perdido cada asalto.

"Hablamos mañana", murmuro, apagando el motor.

"Bien, pero prométeme que pensarás en lo que te dije."

"Lo prometo."

Cuelgo, recostándome en mi asiento y cerrando los ojos por un momento. La tensión en mis hombros se niega a ceder, la voz de Adrian aún resonando en mi mente. Buenas noches, problemas. Intenta no extrañarme demasiado.

"Idiota", susurro entre dientes, pero el rubor que sube por mi cuello me traiciona.

Agarro mi bolso y entro al edificio, las luces del pasillo parpadeando débilmente mientras subo las escaleras. Para cuando abro la puerta de mi apartamento, estoy exhausta.

Tiro las llaves sobre el mostrador, me quito los tacones y me derrumbo en el sofá.

El vestido se adhiere a mi piel, la seda caliente por el calor de mi cuerpo, pero no puedo obligarme a moverme.

Solo ve a la cama, pienso. Olvídate de él.

Pero mientras cierro los ojos, su rostro persiste en la oscuridad—su sonrisa, su voz, la manera en que me miró como si pudiera ver directamente a través de mí.

Y odio que una parte de mí ya quiera más.

ADRIAN

La ciudad se extiende frente a mí, un mar de gris y cristal que se despliega más allá de los ventanales de mi oficina.

Me reclino en mi silla, los dedos entrelazados bajo mi barbilla, mi mente lejos de los interminables informes y contratos esparcidos sobre mi escritorio.

No puedo dejar de pensar en ella.

Emery.

Apareció anoche en el Haven como un fantasma deslizándose desde la oscuridad, infiltrándose en mi mundo sin invitación.

La manera en que se deslizó en ese taburete—tan deliberada, tan casual—me hizo preguntarme cuán cuidadosamente lo había planeado.

La vi en el momento en que entró. Cada otro sonido y rostro se desvaneció en el fondo, como si hubiera activado un interruptor en mi mente que no sabía que existía.

Ese vestido—la forma en que se le adhería, seda negra que parecía haberse derramado sobre sus curvas.

Su pelo—en capas y ondulándose suavemente alrededor de sus hombros, lo suficientemente salvaje para sugerir que no deja que el mundo la dome por completo. Y luego sus ojos.

Esos ojos son imposibles. Verdes, profundos y brillantes a la vez, como hojas del bosque atrapando la luz del sol. Contenían desafío, inteligencia, fuego—todo envuelto en una sola mirada que me lanzó a través de la barra.

Y la manera en que me miró cuando me incliné cerca—cuando casi la besé...

Lo hice a propósito. Quería que lo deseara.

Lo hizo.

Su respiración se entrecortó, su cuerpo se tensó lo suficiente para que sintiera la atracción entre nosotros, aguda y magnética, atrayéndola tanto como podía sentirme deslizándome más cerca de ella.

Pero no cedí.

Me detuve. Quería que sintiera la pérdida cuando me alejé, que se quedara allí pensando en cómo casi la besé. Que pensara en cómo podría haberse sentido.

No me avergüenza admitir que quería verla inquietarse.

Una mujer así—alguien que puede deslizarse en mi espacio, mi santuario tranquilo, sin invitación y completamente a gusto—merece sentir esa tensión.

Y ahora es todo en lo que puedo pensar.

¿Cómo supo del Haven?

No es el tipo de lugar que alguien como ella encontraría por casualidad. No está en Yelp, no está publicado en redes sociales. El bar no está hecho para ser encontrado a menos que lo estés buscando.

Entonces, ¿cómo me encontró?

Hay algo en ella que no cuadra. No es solo hermosa—es inteligente. Calculadora. Vino a ese bar con un motivo, y apostaré todo lo que tengo a que yo estoy en el centro de ello.

Un suave golpe me saca de mis pensamientos. Mi asistente, Sarah, asoma la cabeza, sosteniendo una carpeta.

"Señor Black, las cifras actualizadas del equipo de adquisiciones."

Le hago un gesto para que entre, tomando la carpeta con un breve asentimiento. "Gracias."

Duda. "¿Necesita algo más antes de que me vaya por hoy?"

"No", digo, apenas levantando la vista mientras cierra la puerta tras ella.

En el momento en que vuelvo a estar solo, dejo caer la carpeta de nuevo sobre el escritorio. Esto es inútil. Reuniones, informes, contratos—todo se siente sin sentido hoy. Mi concentración se ha ido al diablo, y sé exactamente a quién culpar.

A ella.

Me levanto de la silla, metiendo las manos en los bolsillos de mis pantalones mientras camino hacia las ventanas. El sol comienza a hundirse, proyectando un brillo cálido sobre los edificios, pero no hace nada para calmarme.

Emery es diferente.

Peligrosa y fascinante.

Me paso una mano por la mandíbula, mi pulgar rozando la ligera barba incipiente. Anoche, mientras la observaba, podía notar que estaba luchando contra ello—luchando contra mí. La forma en que sus labios se entreabrieron, la manera en que sus dedos se apretaron alrededor de su copa... Ella también lo sintió.

La atracción. La tensión.

Y cuando la dejé sentada allí—sin palabras, alterada, deseando más—supe que había ganado.

Por ahora.

Un zumbido en mi escritorio me hace volver. Miro para ver la luz del intercomunicador parpadeando, mi chofer Frank avisándome que está esperando.

El viaje en ascensor es silencioso. Para cuando salgo del edificio y entro en el elegante coche negro esperando en la acera, estoy listo para estar en cualquier lugar menos aquí.

Frank asiente hacia mí a través del espejo retrovisor mientras me deslizo en el asiento trasero.

"Buenas noches, señor."

"Buenas noches."

El coche arranca suavemente, el sonido del motor bajo y constante. Afuera, la ciudad se mueve a nuestro alrededor—ocupada y constante—pero apenas la veo. Mi cabeza se inclina hacia atrás contra el asiento, los ojos cerrándose brevemente.

"Qué bien que los manifestantes se tomaron el día libre", murmuro, medio para mí mismo.

Frank ríe suavemente, mirándome a través del espejo. "Cuidado, señor. No lo vaya a gafar."

Una leve sonrisa tira de mis labios. "Buen punto."

Es extraño, sin embargo, ver las calles tan tranquilas. La semana pasada, estaban fuera de mi edificio con sus carteles y cánticos, como si el éxito de mi empresa fuera algún tipo de ofensa personal.

Giro el cuello, la tensión anudándose en la base de mis hombros.

"Llévame directamente a casa", digo.

"Sí, señor."

El ático está silencioso, el tipo de silencio que se siente más pesado después de un día como hoy. Para cuando entro en mi habitación, ya estoy desabrochándome las mangas.

El suave tintineo del vaso llena el espacio mientras me sirvo una copa—whisky solo—y me bebo la mitad de un trago. El ardor se siente bien, anclándome de una manera que nada más ha logrado en todo el día.

Tiro la corbata sobre la cama y me dirijo al baño, encendiendo la luz. El espejo me devuelve la mirada, y por un momento, solo me miro—al hombre que me devuelve la mirada.

¿Qué estás haciendo?

No sé qué me molesta más: que Emery se me haya metido bajo la piel, o que no pueda decidir si me gusta.

Anoche, parecía pertenecer a mi mundo. El vestido, los tacones, la manera en que se comportaba —elegante, segura, peligrosa.

No podía apartar la mirada, no podía detener los pensamientos corriendo por mi cabeza mientras la observaba, inclinándome lo suficientemente cerca para captar su aroma—algo suave y delicado, como flores llevadas por el viento.

Me termino el resto de mi bebida y dejo el vaso sobre el mostrador con un tintineo seco.

Basta.

La ducha está caliente, el vapor llenando la habitación y empañando el espejo hasta que mi reflejo desaparece. Me quedo bajo el agua, dejando que lave la tensión, pero no importa cuánto tiempo me quede allí, ella persiste.

Salgo y me seco, envolviendo la toalla baja en mis caderas mientras vuelvo a la habitación. La casa sigue en silencio, pero mi mente no.

Me meto en la cama, dejando caer mi cabeza contra las almohadas, un brazo descansando sobre mis ojos. Debería estar pensando en mañana—reuniones, tratos, números—pero todo lo que veo son ojos verdes y un vestido negro.

ADRIAN

El salón está más tranquilo que de costumbre esta noche.

El suave murmullo de las conversaciones se mezcla con el delicado tintineo de las copas de cristal, un sonido al que me he acostumbrado con los años.

Es pacífico aquí—uno de los pocos lugares donde puedo respirar sin que alguien observe cada uno de mis movimientos.

Sin política de sala de juntas, sin manifestantes gritando mi nombre, sin tonterías. Solo el resplandor de la iluminación cálida, reservados de cuero oscuro y privacidad.

Hago girar el bourbon en mi copa, observando cómo el líquido ámbar atrapa la luz mientras se adhiere a los lados. Frente a mí, Chris se recuesta en su asiento, acunando un vaso de lo que asegura es el mejor whisky de malta que tienen aquí.

Tiene un aspecto terrible—pelo revuelto, camisa ligeramente arrugada y ojeras oscuras—pero hay una leve sonrisa tirando de sus labios.

"Déjame ver si lo entiendo bien", digo, arqueando una ceja. "¿Me estás diciendo que esta es la cara de la felicidad matrimonial?"

Chris gime y se pasa una mano por la cara. "No seas cabrón, Black. Solo digo que la vida de casado es buena—no, es genial. Te cambia la vida."

"Claro que sí." Doy un sorbo a mi bebida, conteniendo una sonrisa burlona. "Parece que no has dormido desde que elegimos al último presidente."

"Imbécil." Me lanza una mirada fulminante, pero es poco convincente en el mejor de los casos.

Lo observo mientras da otro sorbo, sus hombros hundiéndose como los de un hombre que intenta convencerse de que no ha cometido un error. "¿Cómo está la niña?", pregunto, porque ya sé hacia dónde va esto.

El rostro de Chris se ilumina brevemente, y por un segundo, casi le creo. "¿Ellie? Es perfecta, tío. Diez meses y ya es más lista que la mitad de mis compañeros de trabajo. Tiene estos pequeños hoyuelos—Dios, va a ser un problema cuando sea mayor."

"Suenas adorable." Me reclino, observándolo atentamente. "¿Y cómo está tu mujer?"

Algo parpadea en su expresión—solo un destello de duda antes de cubrirlo con una sonrisa. "Está genial. Increíble, de verdad. Somos como un equipo, ¿sabes?"

Resoplo, dejando mi vaso. "Déjate de chorradas, Chris. Parece que has pasado por una guerra."

Su sonrisa vacila. "¿Qué? No, venga. Te estoy diciendo que es—"

"Demasiado bueno para ser verdad", termino por él.

Se desinfla, hundiéndose más en el reservado. "Vale. ¿Quieres la verdad?"

"Siempre la quiero."

Chris gime de nuevo, pasándose una mano por el pelo. "Vale, tú ganas. El matrimonio es duro, tío. La niña llora a todas horas de la noche—le están saliendo los dientes o algo así. Vivo con cuatro horas de sueño a la semana. Sarah está de un humor de perros—un minuto me está gritando por respirar demasiado fuerte, al siguiente está llorando porque vio un bebé pingüino en TikTok."

Contengo una risa, pero me pillan y me señala con el dedo. "Ni se te ocurra. No te atrevas a reírte. ¿Te parece gracioso ahora? Espera a estar casado, tío. Tu mujer se volverá contra ti como una loba rabiosa."

"No puedo relacionarme", digo, negando con la cabeza. "Me gusta mi vida exactamente como está."

"Claro, porque no tienes a nadie tirándote cereales a la cabeza mientras intentas echar una siesta."

"No echo siestas."

"Por supuesto que no. No eres humano." Da otro sorbo a su bebida antes de dejarla con demasiada fuerza. "Y ni me hagas empezar con el sexo."

Sonrío con suficiencia. "Oh, por favor, sigue."

Chris gime más fuerte, arrastrando la mano por su cara otra vez. "Es inexistente, ¿vale? Es como si mi mujer y yo viviéramos en zonas horarias diferentes. Está en la cama a las ocho porque está agotada, y para cuando me arrastro yo, está muerta para el mundo. Intento ser paciente, de verdad que sí, pero..." Baja la voz, mirando alrededor del salón antes de inclinarse. "Te juro por Dios que si no echo un polvo pronto, voy a perder la cabeza."

No puedo evitarlo—me río, fuerte y sonoro.

"Esto no tiene gracia, Black. Me estoy ahogando aquí. Tú sentado en tu torre de cristal, bebiendo tu bourbon de lujo, y yo aquí en las trincheras luchando por mi vida."

"Tranquilo, sobrevivirás." Doy otro sorbo, todavía sonriendo. "Además, tú eres el que dijo que la vida de casado era genial."

Chris abre la boca para responder, pero su teléfono empieza a sonar, vibrando contra la mesa. Mira la pantalla y palidece al instante.

"Es Sarah", murmura.

Me lanza una mirada que promete muerte y desliza para contestar. "Hola, cariño... sí, sigo en el salón. No, no estoy borracho. ¿Qué? No, no me estoy riendo con Adrian—" Me mira, bajando la voz a un susurro. "No, no es una mala influencia. ¿Qué? ¿Hablas en serio?"

Hay una larga pausa, y oigo un débil chillido saliendo del teléfono. Chris hace una mueca.

"Vale, vale, ya voy. Ya estoy saliendo. Ahora mismo, Sarah." Cuelga con un suspiro, guardando el teléfono en su bolsillo. "Esa es mi señal. Al parecer, Ellie tiró su biberón contra la pared, y Sarah 'ya no puede más por hoy'."

"Suenan como un sueño", digo secamente.

"Ríete todo lo que quieras, Black. Algún día será tu turno." Se levanta, agarrando su abrigo. "Y cuando llegue, me sentaré con una copa a ver cómo te ahogas."

"Lo esperaré con ansias", le grito mientras se dirige a la puerta, haciéndome una peineta sin mirar atrás.

La sonrisa se desvanece de mi rostro cuando la puerta se cierra tras él, dejándome solo con mis pensamientos.

Y es entonces cuando la veo.

Emery.

Entra en el salón como si fuera suyo, sus tacones resonando suavemente contra el suelo de madera oscura. No pertenece aquí—no pertenece a mi mundo—pero camina con tal seguridad, con tal determinación, que por un segundo, casi lo olvido.

Su atuendo es diferente esta noche—pantalones negros elegantes que abrazan sus piernas perfectamente, una chaqueta entallada ceñida a su cintura, y tacones que la hacen más alta, más imponente. Hay algo impactante en ella, algo magnético que hace imposible apartar la mirada.

Sus ojos recorren la sala, agudos y escrutadores, hasta que se posan en mí.

Y cuando lo hacen, se siente como un golpe en el pecho.

Mantiene mi mirada por solo un segundo—el tiempo suficiente para hacer que mi pulso se dispare—antes de empezar a caminar hacia la barra.

Me reclino ligeramente, llevando mi copa a los labios mientras la observo acercarse.

¿Qué haces aquí, Emery?

Sus movimientos son deliberados, cada paso calculado como si estuviera interpretando un papel. Y es buena en ello. Demasiado buena.

Se desliza en el taburete, su postura perfecta, como si llevara toda la vida haciéndolo. El camarero se acerca a ella al instante, y observo mientras pide algo—probablemente algo fuerte y elegante que haga juego con su aspecto de esta noche.

Sabe que la estoy observando. Puedo verlo en la forma en que sus hombros se enderezan, en la sutil inclinación de su cabeza mientras toma la copa que le colocan delante.

Podría dejarla sentada allí. Podría dejar que fingiera que no me ve. Pero no lo hago.

En cambio, me levanto, tomando mi copa mientras me dirijo hacia ella.

Me da la espalda, pero sabe que me acerco. Puedo ver cómo su mano se tensa alrededor de su copa.

Me acomodo en el taburete junto a ella, dejando mi copa con un suave tintineo.

"Te estás volviendo predecible", digo, con voz baja.

Se gira para mirarme, sus ojos verdes indescifrables.

"Curioso", responde con suavidad. "Estaba a punto de decir lo mismo de ti."

Mis labios se curvan en una lenta sonrisa.

No aparta la mirada, y no puedo evitar admirar eso de ella. La mayoría de la gente no puede sostener mi mirada por mucho tiempo. Pero Emery no es como la mayoría.

"Debería sentirme halagado. Debes disfrutar siguiéndome." Bromeo, aunque ya sé que no me dará una respuesta directa.

Inclina ligeramente la cabeza, sus labios curvándose levemente mientras da un sorbo a su bebida.

"No te emociones. Quizás solo me gusta el ambiente de aquí. Es un lugar popular."

Río por lo bajo, suave y quedo. "Y quizás no te creo."

Mantiene mi mirada, sin pestañear. "¿Importa?"

El aire entre nosotros cambia, cargado con algo que no puedo nombrar.

"Todo importa, Emery", digo en voz baja.

Su nombre rueda por mi lengua como un secreto, y ella traga con fuerza. No responde, pero no necesita hacerlo. La tensión entre nosotros dice suficiente.

Por un momento, me permito imaginar cómo se sentiría inclinarme, cerrar la distancia entre nosotros. Comprobar si sus labios saben tan dulces como imagino.

Pero no lo hago.

"Disfruta tu copa", digo suavemente, y me levanto, dejándola sentada allí.

Mientras me alejo, puedo sentir sus ojos sobre mí—agudos, curiosos, y un poco frustrados. Y no puedo evitar sonreír.

EMERY

El aire fresco de la noche me envuelve como un velo delgado mientras salgo, la pesada puerta del salón cerrándose tras de mí con un golpe sordo.

Los sonidos de la ciudad—coches pasando suavemente, el lejano aullido de una sirena, risas tenues resonando desde algún lugar cercano—se sienten amortiguados comparados con el palpar en mi pecho.

La figura de Adrian Black es inconfundible mientras avanza por la acera, su alta y ancha silueta cortando la noche con facilidad practicada.

Se mueve como si la calle fuera suya. Como si todo fuera suyo. El brillo de las farolas se refleja en su traje oscuro, las líneas afiladas enfatizando sus anchos hombros y la longitud de sus pasos. Mis pies dudan, mi cuerpo anclado en el sitio mientras la incertidumbre tira de mí. No sé por qué lo estoy siguiendo. No sé qué espero que suceda. Pero no puedo simplemente dejarlo marcharse—no esta noche.

"Adrian", lo llamo, mi voz más firme de lo que me siento.

Por un momento, no se detiene. Sus pasos se ralentizan, pero no se gira, y la incertidumbre crece como un peso presionando mi pecho. Quizás esto sea un error.

Pero entonces se detiene.

El mundo parece detenerse con él, su presencia imponente incluso cuando me da la espalda. Se gira lo justo para mirar por encima de su hombro, su perfil afilado bajo la luz dorada de la calle, y por un segundo, juro que veo un destello de diversión cruzar sus facciones.

"Realmente no te rindes, ¿verdad?", dice, su tono bajo.

Cuadro los hombros y me obligo a avanzar, mis tacones resonando contra el pavimento. Cada paso se siente más pesado, pero no dejaré que vea mi vacilación. Me detengo a unos metros de él, mi pulso acelerándose mientras sus ojos se fijan en los míos.

"Quizás simplemente no me gusta que me descarten", digo, mi voz tranquila a pesar del caos que se arremolina dentro de mí.

Se gira completamente ahora, enfrentándome con una lentitud deliberada que se siente como una prueba. Sus manos se deslizan casualmente en sus bolsillos, el más leve indicio de una sonrisa burlona tirando de sus labios. Esa sonrisa—exasperante y cautivadora a la vez—hace que mi sangre hierva.

"¿Y qué quieres, Emery?"

Debería decirle la verdad. Debería exigir respuestas—sobre mi padre, sobre Terra Pack, sobre por qué su nombre está grabado en la ruina de la vida de mi familia.

Pero las palabras se atascan en mi garganta, demasiado pesadas para salir.

En cambio, digo: "Quiero entenderte."

La confesión se escapa antes de que pueda detenerla, y en el momento en que las palabras golpean el aire, me arrepiento. Sueno ridícula, ingenua, como una chica que se metió en el juego equivocado.

Pero Adrian no se ríe.

Me observa, su mirada firme e imperturbable, como si intentara desentrañarme solo con sus ojos. Hace que mi piel se erice, el calor trepando por mi nuca mientras el silencio se estira entre nosotros.

Y entonces, para mi sorpresa, ríe suavemente. El sonido es bajo, rico y exasperantemente suave—como el hombre mismo. Me envuelve como un hilo invisible, atrayéndome hacia algo que no quiero nombrar.

"¿Entenderme?", repite, negando ligeramente con la cabeza como si le divirtiera la idea. "O eres valiente o insensata, y no puedo decidir cuál."

El comentario escuece, pero antes de que pueda reaccionar, da un paso hacia mí. Está cerca ahora, demasiado cerca, el sutil aroma de su colonia—algo oscuro y limpio, como cedro y cuero—envolviéndome, robándome el aire de los pulmones.

"¿Quieres entenderme?", dice en voz baja, su tono descendiendo aún más, como si compartiera un secreto. "Bien. Ven conmigo."

"¿Qué?" La palabra se me escapa antes de poder contenerla.

Su sonrisa se hace más profunda, y odio la manera en que hace que mi estómago se retuerza. "Ya me has oído. Hablemos. En mi casa."

Mi corazón se salta un latido. "¿Por qué?"

Sus ojos no vacilan. "Querías entenderme. Aquí tienes tu oportunidad. A menos que, claro, tengas miedo."

Es un desafío—uno del que sabe que no me alejaré.

Trago con fuerza, ignorando las alarmas que suenan en mi cabeza. No puedo dejar que vea lo inquieta que estoy, lo fácilmente que me altera.

"No tengo miedo", digo, aunque mi voz me traiciona con un ligero temblor.

Su sonrisa es casi imperceptible, apenas una inclinación en la comisura de su boca.

"Bien", murmura, sus ojos brillando con algo oscuro e indescifrable.

Señala hacia la acera, donde un elegante coche negro espera, el motor ronroneando suavemente en la noche silenciosa. Miro al conductor—estoico, profesional—pero es la mirada de Adrian la que me mantiene clavada en mi sitio.

¿Qué estoy haciendo?

La pregunta resuena en mi mente mientras camino hacia el coche, mis tacones marcando el ritmo de mis latidos. Siento su presencia detrás de mí, cada paso calculado, como un depredador acercándose a su presa.

El conductor me abre la puerta, y dudo una fracción de segundo antes de deslizarme en el asiento trasero. Los asientos de cuero son suaves, frescos contra mi piel desnuda, pero apenas lo noto. Adrian me sigue, acomodándose a mi lado con una gracia silenciosa que solo lo hace más irritante.

La puerta se cierra, sellándonos dentro. El coche se incorpora a la calle casi sin un bache, la ciudad deslizándose tras las ventanas en franjas de oro y negro.

El silencio se extiende entre nosotros. Puedo sentir cómo me observa por el rabillo del ojo, pero mantengo la mirada fija en los edificios que pasan, forzándome a parecer tranquila.

"¿Teniendo dudas?", pregunta después de un momento.

Giro la cabeza lo justo para encontrar su mirada. "Aún no."

Sus labios se curvan, el más leve indicio de una sonrisa. "Bien."

La forma en que lo dice—tan tranquilo, tan seguro—hace que apriete los puños en mi regazo. Está tan seguro de sí mismo, tan seguro de todo, y es enloquecedor.

El coche se ralentiza, deteniéndose frente a un edificio alto con ventanas oscuras que brillan bajo las farolas. Es elegante y moderno, el tipo de lugar que grita exclusividad, y no tengo duda de que la seguridad es más estricta que en la mayoría de los bancos.

Adrian sale primero, su alta figura desplegándose con gracia sin esfuerzo. No mira atrás para ver si lo sigo—sabe que lo haré.

Salgo del coche, el aire nocturno cortante contra mi piel de nuevo mientras miro hacia arriba al edificio. Se siente como si me observara, desafiándome a entrar.

Adrian mantiene la puerta abierta para mí, su expresión indescifrable. "Después de ti."

No dudo, aunque mi pulso retumba en mis oídos mientras paso junto a él hacia el vestíbulo. Los suelos de mármol brillan bajo la suave iluminación, y el sutil aroma de algo caro flota en el aire.

Adrian camina a mi lado, su presencia una sombra que se estira con la mía. Llegamos al ascensor, y entro, observando mientras presiona un botón para uno de los pisos superiores.

Las puertas se cierran, y el espacio de repente se siente demasiado pequeño.

Me muevo ligeramente, forzándome a mantener la mirada en los números iluminados. Puedo sentir cómo me observa—como si me estudiara, intentando ver qué me hace funcionar.

"Pareces nerviosa", dice en voz baja.

"No lo estoy."

La comisura de su boca se curva hacia arriba. "Mentirosa."

Abro la boca para replicar, pero el ascensor suena, las puertas deslizándose para revelar un pasillo tenuemente iluminado. Adrian sale primero, mirándome expectante.

La puerta de su apartamento es elegante y sin marcar, como todo lo demás en él. La desbloquea con un pequeño pitido de un teclado numérico, luego la empuja para abrirla, haciendo un gesto para que entre.

Doy un paso dentro, y se siente como entrar en otro mundo.

El espacio es inmenso—techos altos, suelos de madera oscura y paredes de cristal que dan al horizonte de la ciudad. Todo es limpio, moderno, pero de alguna manera... vacío. Como una sala de exposición que nunca ha sido habitada.

Adrian me sigue dentro, cerrando la puerta tras él con un suave clic.

"¿Una copa?", pregunta, ya moviéndose hacia el bar empotrado contra la pared lejana.

"Vale."

Sirve dos copas de bourbon, colocando una frente a mí mientras me acomodo en el sofá. El cuero está frío, suave, e intento no inquietarme mientras él se hunde en el sillón frente a mí.

Por un momento, ninguno habla.

"Te has tomado muchas molestias para llamar mi atención, Emery", dice finalmente, su voz suave pero con un filo más afilado. "¿Por qué?"

Agarro la copa con más fuerza, sintiendo el peso de su mirada sobre mí. La verdad se siente demasiado peligrosa, demasiado cruda para compartirla.

En su lugar, encuentro sus ojos y digo: "Quizás simplemente me gusta el desafío."

Su sonrisa es lenta, deliberada—como si viera a través de mí y no le importara.

"Cuidado", murmura. "Podrías conseguir más de lo que esperabas."

ADRIAN

Emery se levanta y va a pararse junto a los ventanales, copa en mano, la ciudad extendiéndose tras ella en un mar de luces.

Me uno a ella, el cristal frío contra mi palma, el suave sonido de mis pasos atrayendo su atención. No aparta la mirada mientras me acerco.

La vista es impresionante desde aquí—torres de cristal reflejándose unas a otras, el tráfico tejiendo cintas doradas—pero no me importa la vista. No cuando ella está aquí, desafiándome con esos hermosos ojos verdes.

"Por entenderme", digo, alzando mi copa.

Sus cejas se elevan levemente, y por un segundo, me pregunto si me cuestionará—por lo absurdo de un brindis así. Pero entonces algo cambia en su expresión, un destello de algo más oscuro que hace que sus ojos se profundicen bajo la luz tenue.

Asiente, inclinando su copa hacia la mía. "Por entenderte", murmura.

Las copas tintinean suavemente entre nosotros, el sonido persistiendo en el silencio de la habitación. No rompe el contacto visual mientras lleva la copa a sus labios, tomando un sorbo lento y deliberado de bourbon.

Audaz. Segura. La mayoría de las mujeres dudan cuando las miro así—algunas se vuelven tímidas, otras no pueden sostener el peso de la mirada. Algunas se ponen tan nerviosas que se atragantan.

Emery no.

Su confianza ya no debería sorprenderme, pero lo hace. Es buena en esto—sea cual sea el juego que está jugando—y no puedo evitar admirarlo.

Bebo mi bourbon y dejo la copa en la mesita junto al sofá. Al volverme, la observo un momento, dejando que el silencio se estire. Sigue de pie, su copa sostenida ligeramente entre sus dedos, el

líquido ámbar atrapando débiles destellos de luz.

Me humedezco los labios mientras la estudio—la curva de su mandíbula, la ligera inclinación de su barbilla, la manera en que su pecho sube y baja con cada respiración constante.

Y entonces lo veo.

El más leve escalofrío que la recorre, desapareciendo tan rápido que probablemente piensa que no lo noté.

Lo decido en ese mismo instante—será mía esta noche.

Con una sonrisa de suficiencia, me acomodo en el sofá, extendiendo mis brazos sobre el respaldo mientras la observo. "¿Vas a quedarte ahí de pie mirándome toda la noche?"

Se queda inmóvil por un segundo, su agarre apretándose ligeramente en la copa. Luego, como dándose cuenta, deja su bebida en la mesita y se hunde en el sofá junto a mí. Sus movimientos son cuidadosos, controlados, como si intentara no mostrar cuánto la he alterado.

"Así que quieres entenderme", digo, girándome ligeramente hacia ella. El sofá es grande, pero está lo suficientemente cerca ahora para que pueda ver el leve rubor de sus mejillas, la manera en que sus pestañas bajan ligeramente cuando encuentra mi mirada.

"¿Qué es lo que quieres saber?"

Duda por un momento antes de levantar la barbilla. "Quiero saber más sobre tu empresa", dice. "Cómo la construiste. La manera en que diriges tu imperio."

Su voz es firme, pero hay algo en la forma en que lo dice—"imperio"—que me hace sonreír con suficiencia.

"La manera en que llegué a donde estoy", murmuro, observándola cuidadosamente.

Toma su copa de nuevo y da otro sorbo, su mirada sosteniendo la mía a través del cristal, deliberada e inflexible. "Estoy segura de que has tenido que pisar a mucha gente para llegar ahí."

La acusación es sutil, envuelta en la seda de su voz, pero la capto. Me río por lo bajo, grave y oscuro, mientras las piezas encajan en su lugar.

"De eso se trata todo esto", digo, inclinando ligeramente la cabeza. "No estás aquí para entenderme. Estás aquí porque quieres información."

Se tensa ligeramente, aunque lo disimula bien. "¿De qué hablas?"

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en mis rodillas mientras encuentro su mirada directamente. "Tu padre. Su empresa." Hago una pausa, dejando que las palabras floten en el aire, observando cómo su expresión vacila lo suficiente para confirmarlo. "Estás aquí por eso."

No responde inmediatamente, pero su silencio es suficiente.

Me río de nuevo, recostándome contra el sofá, mi mirada sin abandonarla. "Sabes, normalmente no hago entrevistas después de medianoche."

Su mandíbula se tensa, sus dedos flexionándose ligeramente alrededor de la copa. "Esto no es una entrevista."

"¿No?" Arqueo una ceja. "¿Entonces qué es, Emery?"

Su nombre se desliza de mi lengua lentamente, deliberadamente, y observo cómo su respiración se entrecorta, la más leve grieta en la armadura que ha construido tan cuidadosamente. Debería presionarla de nuevo, exigir la verdad, pero hay algo más tentador en la manera en que me mira—desafiante, rebelde, y aun así no del todo indiferente.

Todavía sostiene su copa, su postura rígida, como si se estuviera preparando para que la despedace.

Sonrío levemente. "Relájate", murmuro.

Sus cejas se juntan ligeramente. "¿Por qué tú—"

Me acerco lentamente, deslizando mis dedos por la curva de su mandíbula antes de colocar un mechón de su pelo tras su oreja. Se queda inmóvil, sus labios separándose ligeramente, su mirada fija en la mía como si no estuviera segura de si retroceder o inclinarse hacia adelante.

"Viniste aquí esta noche porque pensaste que podrías controlar esto", digo suavemente, mi voz baja, medida. "Pero no puedes."

Traga con fuerza, su respiración acelerándose un poco. Intenta mantener su expresión neutral, pero veo a través de ella—la veo.

Dejo caer mi mano, acomodándome de nuevo, y la observo por un momento. "¿Vas a decirme lo que realmente quieres, o vamos a seguir fingiendo?"

No responde.

En cambio, me mira y puedo ver el conflicto librándose tras esos ojos verdes. Es audaz, implacable, y sé que sea lo que sea esto, lo que seamos, es peligroso. Para ambos.

Pero no me importa.

Lentamente, deliberadamente, me acerco a ella. Mis dedos se deslizan sobre su rodilla, subiendo por la curva de su muslo, deteniéndose justo antes de donde sé que está anhelando. Inhala bruscamente, pero no me detiene—no se aleja.

Sus ojos se oscurecen, sus labios separándose mientras me acerco. La observo cuidadosamente ahora, cada escalofrío, cada destello de vacilación, cada gramo de deseo que intenta tan duramente negar.

"Di que quieres que me detenga", murmuro, mi voz más ronca ahora.

No dice nada.

En cambio, cierra los ojos por un momento, como si intentara recomponerse. Cuando los abre de nuevo, el desafío sigue ahí, pero también hay algo más—algo mucho más peligroso.

Sonríó levemente. "Eso pensé."

Y entonces la beso.

El primer roce de mis labios contra los suyos es lento, deliberado, una prueba para ver si se alejará. No lo hace. Se inclina hacia el beso, sus manos aferrándose a la tela de mi camisa como si necesitara algo a lo que agarrarse.

Profundizo el beso, mi mano deslizándose para acunar su rostro, inclinándola hacia mí mientras tomo lo que quiero. Es suave y cálida, su aliento mezclándose con el mío, y siento que el último hilo de mi autocontrol se rompe.

Deja escapar un sonido suave y tembloroso contra mi boca que solo alimenta el fuego ardiendo en mi pecho. Me aparto ligeramente, lo justo para mirarla. Sus labios están hinchados, sus mejillas sonrojadas, su respiración saliendo en jadeos superficiales mientras encuentra mi mirada.

"Eres mía esta noche", murmuro, mi pulgar trazando el borde de su mandíbula.

Sus ojos se abren ligeramente, sus labios separándose como si fuera a discutir, pero no le doy la oportunidad.

La atraigo más cerca, sobre mi regazo, y la beso de nuevo—más fuerte esta vez, más profundo. Sus manos se aferran a mis hombros, su cuerpo presionándose contra el mío como si intentara cerrar el espacio entre nosotros.

Sabe a bourbon y desafío, y es embriagador.

Para cuando me aparto de nuevo, ambos respiramos pesadamente, el aire entre nosotros espeso con algo que ninguno puede nombrar.

Presiono un beso en la comisura de su boca, mi voz baja mientras murmuro: "Esto es solo el principio."

Tiembla en mis brazos, y lo sé—ahora es mía.

ADRIAN

Separé los muslos de Emery, su piel suave cediendo bajo mi toque mientras me acomodo entre ellos. Las sábanas son un desastre bajo nosotros, un enredo de lino blanco y calor, pero no estoy mirando la cama—estoy mirando su hermoso cuerpo desnudo.

Su pecho sube y baja rápidamente, sus mejillas sonrojadas la delatan. Ya está sin aliento, y ni siquiera he comenzado de verdad.

"Estás intentando con todas tus fuerzas resistirte", murmuro, mi voz baja y ronca mientras dejo un rastro de besos por el interior de su muslo. Sus músculos se estremecen bajo mis labios, pero no se aparta. "Pero veo a través de ti."

"Adrian..." mi nombre deja sus labios en un suspiro tembloroso, pero no es una protesta, es una súplica.

Sonrío con malicia. Es hermosa así—frustrada, desesperada, cada gramo de desafío desmoronándose al momento en que la toco. Creyó que podía controlar esto. Controlarme a mí. Qué equivocada estaba.

Me deslizo más abajo, mi boca suspendida sobre donde está cálida y húmeda para mí, ya palpitante.

"Esta noche eres mía", le recuerdo. "Y me aseguraré de que nunca lo olvides."

Antes de que pueda responder, presiono mi boca contra ella, mi lengua rozando su clítoris en un movimiento deliberado. Su jadeo rompe el aire entre nosotros, sus caderas se arquean instintivamente. La sujeto, mis dedos hundiéndose en sus muslos, abriéndola aún más.

"Así está bien", murmuro contra ella, mi voz vibrando con su cuerpo. "No te detengas."

Intenta reprimir sus gemidos—mordiéndose el labio, arqueándose contra mí—pero soy implacable. Mi lengua rodea su clítoris, lenta al principio, provocándola, saboreándola. Luego más rápido, con más firmeza, hasta que se retuerce debajo de mí.

Deslizo dos dedos dentro de ella, curvándolos justo en el lugar adecuado, y su espalda se arquea bruscamente del colchón.

"Adrian", jadea, su voz quebrándose.

"Ven para mí, Emery", le ordeno, mi tono áspero. "Déjame sentirlo."

No le toma mucho. Se desmorona sobre mí con un grito ahogado, sus muslos temblando contra mis hombros mientras llega. No me detengo. Sigo lamiendo, sigo acariciándola con mis dedos hasta que está jadeando, indefensa ante el placer que le doy.

"Ese es uno", murmuro, sonriendo mientras la miro. "Pero aún no he terminado."

Su cabeza cae sobre la almohada mientras vuelvo a bajar. Todavía está sensible, pero no me importa—quiero deshacerla. Por completo. Mi lengua acaricia su clítoris más rápido esta vez, mis dedos trabajando dentro de ella con precisión deliberada. Intenta apartarse, pero la sostengo, obligándola a aguantarlo.

"Adrian, no puedo..."

"Sí puedes", gruño contra su empapado sexo, el sabor de ella alimentándome. "Y lo harás."

Vuelve a correrse, rápida e intensamente, su voz rompiéndose en mi nombre mientras su cuerpo tiembla. Retiro mis dedos de ella, empapados con su placer, y me arrastro por la cama hasta quedar sobre ella. Sus ojos están entrecerrados, su cuerpo enrojecido y exhausto, pero aún no he terminado con ella.

"Abre la boca", ordeno suavemente.

Sus pestañas tiemblan mientras me mira, algo rebelde aún chispeando en su mirada. Pero obedece. Deslizo mis dedos entre sus labios, haciéndole probarse, observándola de cerca mientras los chupa. La visión por sí sola hace que mi erección palpite, dura e insistente, presionada contra su abdomen.

"Así está bien", murmuro, sacando mis dedos. "Buena chica."

Me lanza una mirada feroz, pero es débil—está demasiado perdida para luchar ahora.

La volteo boca abajo, levantando sus caderas hasta que está de rodillas. Su respiración se detiene, su cuerpo se estremece mientras me posiciono detrás de ella, la punta de mi pene rozando su entrada. Empujo lentamente, estirándola, llenándola centímetro a centímetro hasta que estoy completamente dentro.

"Adrian", susurra, su voz temblando mientras comienza a moverse.

Agarro sus caderas y la atraigo hacia mí, obligándola a tomarme por completo.

"Viniste aquí buscando respuestas", la provoco, mi voz baja y oscura mientras la penetro. "Pero en cambio, estás tomando mi verga."

Deja escapar un gemido tembloroso, sus dedos agarrando las sábanas. Me inclino sobre ella, mi pecho presionado contra su espalda mientras susurro en su oído:

"Apuesto a que te odias ahora mismo. Apuesto a que nunca planeaste terminar en mi cama."

Su cuerpo se tensa debajo de mí, pero no se aparta. No, se mueve conmigo, empujando contra cada embestida, sus respiraciones llegando en jadeos agudos y rotos.

"Cállate", responde con un tono quebrado.

Me río, bajo y cruel.

"Me coges como si quisieras castigarme. Como si quisieras castigarte a ti misma."

Las palabras dan en el blanco. Se congela por un segundo antes de embestir contra mí con más fuerza, más rápido, sus jadeos convirtiéndose en gritos. Aferro un puñado de su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás mientras la penetro sin piedad, llevándola al límite de nuevo.

"Ahora me perteneces", gruño contra su oído, mi mano libre deslizándose entre sus muslos. Mi pulgar encuentra su clítoris, rozándolo al ritmo de mis movimientos. "Ven para mí, Emery. Quiero sentir cómo te deshaces."

Se desmorona con un grito estrangulado, su cuerpo convulsionando alrededor de mí mientras se corre tan fuerte que siento cómo nos empapa a ambos. Gimo, enterrándome profundamente mientras la sigo, corriéndome con fuerza dentro de ella, mi agarre en sus caderas dejando marcas.

Nos desplomamos en la cama, nuestros cuerpos enredados y cubiertos de sudor. Ella tiembla debajo de mí, su respiración desigual, pero no dice nada. Ninguno de los dos lo hace.

Puedo sentir la tensión regresando a su cuerpo mientras la realidad se filtra de nuevo.

Entonces se mueve.

Se aparta cuidadosamente de mí, deslizándose de la cama sin mirarme. No la detengo—no digo una palabra mientras se pone de pie, la luz de la luna iluminando la curva de su espalda desnuda. Su vestido está arrugado en un montón en el suelo, y la observo mientras lo recoge, sacudiéndolo antes de deslizarlo nuevamente sobre su cuerpo.

"Eres un imbécil, ¿lo sabías?" murmura entre dientes, cerrando el cierre con movimientos rápidos y torpes.

Esbozo una ligera sonrisa, apoyándome en los codos mientras la observo.

"¿Huyendo?"

Se detiene por un segundo antes de girarse, sus ojos verdes destellando al encontrarse con los míos.

"Sí. Lo hago. Porque esto no debía pasar", espeta. "Esto fue un error."

Un error. Lo esperaba, pero escuchar las palabras aún me provoca algo afilado y divertido. Me incorporo completamente ahora, recostándome contra el cabecero.

"Si tú lo dices."

Me lanza una mirada fulminante, sus manos temblando ligeramente mientras ajusta el dobladillo de su vestido, alisándolo con más fuerza de la necesaria. Puedo ver lo difícil que está intentando mantener la compostura, aferrándose a la ira que enmascara algo más. Algo crudo.

"Puedes seguir fingiendo que no quieres esto", murmuro, mi voz baja y tranquila. "Pero ambos conocemos la verdad."

Me ignora, agarrando sus tacones que están tirados al pie de la cama. No se molesta en ponérselos. En cambio, camina hacia la puerta.

La dejo llegar casi hasta allí antes de hablar de nuevo.

"Volverás."

Se detiene, sus dedos apretándose alrededor del picaporte. No se da vuelta, pero veo la manera sutil en que sus hombros se tensan. Un suave bufido escapa de sus labios, y luego pone los ojos en blanco, sacudiendo la cabeza.

"Vete al infierno, Adrian."

Me río suavemente, observando mientras abre la puerta de un tirón y desaparece por el pasillo sin decir más.

La puerta se cierra con un clic, y estoy solo de nuevo, la habitación repentinamente demasiado silenciosa. Me recuesto contra las almohadas, la sonrisa persistiendo en mis labios mientras miro el techo.

Volverá.

Ambos lo sabemos.

ADRIAN

El restaurante vibra con una elegancia tranquila, una suave sinfonía de copas tintineando, risas lejanas y conversaciones murmuradas.

Es el tipo de lugar que he frecuentado tanto que el personal conoce mi mesa preferida, el vino que raramente bebo y cómo me gusta el filete. Hoy, nada de eso importa.

Me siento frente a Chris, el cuero del reservado crujiendo levemente mientras se reclina, un tenedor colgando flojo entre sus dedos. Los restos de su historia sobre salsa de espaguetis y techos flotan en el aire, pero realmente no estoy escuchando.

Lo he oído divagar las suficientes veces para saber cuándo solo está desahogándose sobre el caos doméstico.

..."y la salsa de espaguetis simplemente explotó, tío. Tuve que fregar el techo durante dos horas."

Chris niega con la cabeza, soltando una risa seca. "Es como vivir con un animal salvaje."

Levanto la mirada, mi pulgar trazando la condensación que se desliza por mi vaso de agua. "Suenan encantador."

Chris entrecierra los ojos, apuntándome con el tenedor como si estuviera listo para apuñalarme con él. "No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?"

"Escuché lo de los espaguetis", murmuro, reclinándome y exhalando con fuerza.

"Claro, los espaguetis." Deja el tenedor con un dramático tintineo, su sonrisa tirando de la comisura de su boca mientras me estudia. "Vale, suéltalo. ¿Qué te pasa?"

No respondo de inmediato. En cambio, tomo mi vaso, dando un lento sorbo de agua con gas, dejando que las burbujas golpeen mi garganta como una débil distracción. Mi mandíbula se tensa mientras lo bajo de nuevo, observando la luz reflejarse en el borde de cristal.

"Ha pasado un mes", digo finalmente, las palabras pesadas en mi lengua.

Chris frunce el ceño, arrugando la frente. "¿Un mes desde qué?"

No lo miro cuando lo digo. "Desde ella."

Su silencio dura un momento demasiado largo. Entonces el reconocimiento aparece, y sus labios se curvan en una lenta sonrisa conocedora. "Ahhh. Así que esto es por Emery."

Lo fulmino con la mirada, arrepintiéndome ya de haber dicho algo.

Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. "Adrian Black, pillado por una mujer. No pensé que viviría para ver este día."

"No estoy pillado", replico bruscamente, aunque ambos sabemos que miento. "Es solo que... pensé que ya habría vuelto."

Chris agarra su vaso de agua y da un sorbo lento y exagerado, mirándome por encima del borde como si estuviera tremendamente entretenido. "¿Pensaste que aparecería mágicamente de nuevo, como la primera vez?"

"No lo sé", murmuro, pasándome una mano por la mandíbula. "Pensé que me la encontraría de nuevo, o que me seguiría, o..."

"¿O que llamaría a tu puerta como una adolescente enamorada?", termina Chris, sonriendo como el idiota que es.

Le lanzo una mirada lo suficientemente afilada como para matar, pero él simplemente se reclina en su silla, claramente disfrutando. "No conseguiste su número, ¿verdad?"

No respondo, lo que es suficiente respuesta.

La risa de Chris retumba a través de la mesa, atrayendo la mirada del camarero cercano. "¿No conseguiste su número? ¿Hablas en serio?"

"Cállate, Chris."

"No, no, no me voy a callar." Se limpia los ojos como si esto fuera lo más gracioso que ha oído nunca. "Tú—el tipo que podría tener a cualquier mujer que quisiera—ni siquiera conseguiste su número."

"¿Has terminado?", gruño, cogiendo mi tenedor y clavándolo en un trozo de filete con más fuerza de la necesaria.

"Ni de lejos." Chris sonrío. "Joder, Black. ¿Has intentado encontrarla?", insiste, levantando su tenedor de nuevo y dando un bocado a su salmón. "Simplemente llámala."

"¿Cómo demonios voy a llamarla?", espeto. "No tengo su número."

Chris suelta un largo suspiro exasperado, dejando su tenedor. "Eres un caso perdido. ¿Te das cuenta de que tienes gente para esto, verdad? Solo pídele a James o Eric que consigan su número."

"Le he estado dando espacio", digo tensamente.

"¿Espacio?" Chris arquea una ceja, incrédulo. "¿Espacio de qué?"

Me tenso, mi agarre apretándose alrededor del tenedor. El recuerdo de Emery saliendo furiosa aquella noche cruza por mi mente. Sus ojos verdes, normalmente tan agudos y seguros, parecían heridos. Oigo las palabras que le dije en mi cabeza, palabras que se sentían correctas en el momento pero ahora saben a ceniza.

La voz de Chris se suaviza, su burla dando paso a algo más serio. "¿Qué pasó, tío? ¿Qué hiciste?"

No respondo de inmediato. Dejo caer el tenedor, reclinándome contra la silla mientras miro fijamente el vaso frente a mí.

"Dije cosas que no debería haber dicho", admito finalmente, mi voz baja. "Me pasé de la raya. La hice enfadar, y se fue."

Chris hace una mueca, pasándose una mano por la cara. "Sí, la cagaste."

"Gracias por la observación", murmuro con ironía.

"Eh, querías sinceridad", dice, encogiéndose de hombros. Hace una pausa para dar otro bocado a su salmón, masticando pensativamente antes de añadir: "¿Entonces cuál es el plan? ¿Vas a quedarte aquí lamentándote hasta que aparezca mágicamente otra vez?"

Lo miro con furia, mi paciencia agotándose. "No me estoy lamentando."

"Definitivamente te estás lamentando."

"No me estoy—"

"Sí lo estás." Se inclina hacia adelante, apuntándome con el tenedor de nuevo. "¿Y sabes qué? Lo entiendo. Se te metió bajo la piel. Pasa. Pero ¿quedarte sentado esperándola? Ese no eres tú, Black. Si la quieres, ve por ella."

Lo miro, sintiendo que algo se aprieta en mi pecho. "No es tan simple."

"¿Por qué no?", replica. "Eres Adrian puto Black. Tú no te quedas sentado esperando que las cosas pasen. Haces que pasen."

No respondo.

Chris da un sorbo de agua, observándome atentamente. "Mira, tío. Sé que te estoy dando la lata, pero en serio—estás miserable sin ella. Así que arréglalo. No me pareces del tipo que se rinde."

Dejo que las palabras se hundan mientras muevo la comida en mi plato. *He* estado miserable. Durante el último mes, he estado inquieto, irritable, saltando contra cualquiera que se cruce en mi camino. Pensé que podría esperar a que pasara, pero cada día que pasa solo lo hace peor.

Chris debe ver algo cambiar en mi expresión porque sonrío. "Ahí está. Ese es el Adrian que conozco."

"Eres un idiota", murmuro, haciendo señas para pedir la cuenta.

"Y tú estás enamorado", me devuelve.

Me congelo, entrecerrando los ojos. "No estoy—"

"Sí, sí", me corta, sonriendo con suficiencia mientras termina el último bocado de su salmón.

"Sigue diciéndote eso."

El viaje de vuelta a la oficina es silencioso, pero las palabras de Chris persisten.

Si la quieres, ve por ella.

Me siento en el asiento trasero, mirando por la ventana mientras la ciudad se desdibuja al pasar.

Darle espacio a Emery fue un error. Pensé que vendría a mí. Pensé que podría esperar.

Pero no puedo.

Cuando James me abre la puerta del coche frente al edificio, salgo, la determinación endureciéndose en mi pecho. "James", digo, deteniéndolo antes de que pueda alejarse.

"¿Sí, señor?"

"Consígueme el número de Emery."

Sus cejas se alzan ligeramente—sorpresa que enmascara casi inmediatamente. "Por supuesto, señor Black."

Asiento, pasando junto a él hacia el edificio, mis pasos resonando por el vestíbulo de mármol.

Esto ha durado demasiado.

Pensé que volvería a mí por su cuenta.

Pero no lo ha hecho.

Y si tengo que perseguirla, que así sea.

EMERY

La cafetería huele a café quemado y bollería rancia, y ya quiero irme.

Mi humor es como una nube de tormenta cerniéndose sobre mí, oscura y pesada, a punto de estallar.

La puerta tintinea al cerrarse tras de mí mientras entro, el peso del agotamiento tirando de mis miembros.

Mi sudadera oversized ahoga mi figura, y los pantalones de chándal que me puse parecen la armadura perfecta para advertir a la gente que se mantenga alejada.

No pertenezco aquí hoy—no en este rincón alegre y demasiado brillante del mundo donde la gente se sienta con portátiles abiertos, bebiendo café artesanal como si la vida fuera perfecta.

Claire me ve en el momento en que entro, su voz cortando a través del murmullo de voces y el silbido de las máquinas de espresso. "¡Dios mío, Emery!"

Considero fingir que no la he oído, pero no hay posibilidad. La voz de Claire es como una sirena, llevándose por encima del ruido de la cafetería. Está sentada en la esquina, perfectamente arreglada como siempre—su pelo recogido en un moño despreocupadamente elegante, y su gabardina color camel cae sobre sus hombros como si estuviera estilizada así.

Una taza de café descansa frente a ella, el vapor aún elevándose suavemente.

"Hola", murmuro, arrastrándome hacia allí.

Parpadea mientras me desplomo en la silla frente a ella. "¿Qué es esto?" Su mano me señala como si fuera una aparición extraña. "No te he visto en semanas. No has respondido mis llamadas, mis mensajes—¿estás viva? ¿Te han secuestrado? Porque parece que has estado en un búnker comiendo alubias en lata durante un mes."

Gimo, hundiéndome en la silla y tirando de mi capucha sobre mi frente. "Necesito café para esto."

Claire me mira, poco impresionada, antes de inclinarse hacia adelante. "Tengo café. Deberías haber venido preparada para el drama."

"Claire", digo, levantando una mano débilmente, "necesito mi propio café."

"Vale", suspira, haciendo un gesto hacia el mostrador como si estuviera despidiendo a un sirviente. "Ve. Esperaré."

Me arrastro fuera de la silla, caminando hacia el mostrador mientras los sonidos de molinillos y tazas entrechocando golpean mis nervios ya destrozados. La barista detrás del mostrador parece joven y con ojos muy abiertos, su alegría es una ofensa personal para mí.

"¿Qué te pongo?", gorjea.

"Café negro mediano", digo, mi voz plana.

Sonríe radiante. "¿Espacio para la leche?"

"No."

Su sonrisa vacila por medio segundo antes de rebotar. "¡Serán 4.50!"

Saco un billete arrugado del bolsillo de mi sudadera, deslizándolo por el mostrador sin decir palabra. Mientras sirve mi café en un vaso para llevar, miro por la ventana, observando a un grupo de adolescentes discutir sobre quién va a pagar sus cafés helados.

El tipo de problemas triviales y simples que ni siquiera recuerdo haber tenido.

La barista me entrega mi café con un alegre "¡Que lo disfrutes!"

Murmuro un gracias y vuelvo con Claire, el calor del vaso calentando mis dedos fríos. Está golpeando sus uñas contra la cerámica de su propia taza cuando me siento de nuevo, sus cejas fruncidas mientras me examina más de cerca.

"Vale", dice ella, yendo directa al grano mientras doy mi primer sorbo. "¿Qué demonios te está pasando?"

El amargor del café es bienvenido. "No quiero hablar de ello."

Claire resopla. "Mala suerte. No te he visto desde la noche que dijiste que ibas a seducir a Adrian Black. Y déjame decirte, ¿tu acto de desaparición después? Sospechoso."

Gimo de nuevo, apoyando mi frente contra el borde de la mesa. "Claire..."

"No." Golpea la palma contra la mesa, haciéndome sobresaltar. "No te voy a dejar escabullirte de esta. ¿Qué pasó? ¿Conseguiste las respuestas que querías? ¿Lo derribaste? ¿Te... enamoraste de él?"

Mi cabeza se levanta de golpe. "¿Qué? No. Absolutamente no."

Las cejas de Claire se alzan. "¿Entonces qué pasó?"

Inhalo profundamente, mirando mi café durante un largo momento antes de finalmente murmurar: "Me acosté con él."

Los ojos de Claire se abren como platos, su mandíbula cayendo. "¿Que tú qué?"

"Me acosté con él", repito, mi voz apenas audible. "Y perdí de vista la misión."

Hay un momento de silencio antes de que Claire lo rompa, su voz una mezcla de shock y emoción. "Vale, primero que nada—¿estuvo bien?"

Le lanzo una mirada.

"No, en serio." Se inclina más cerca, sonriendo como si estuviera a punto de escuchar el cotilleo más candente de la década. "¿Estuvo bien?"

Bajo la mirada a mi café, el recuerdo golpeándome como un puñetazo en el estómago. "Fue el mejor sexo de mi vida", admito en voz baja. "Pero él..." Me detengo, negando con la cabeza.

La sonrisa de Claire vacila, su tono más suave. "¿Él qué?"

Tomo un respiro lento y estabilizador, forzándome a mirarla. "Me trató como si no fuera nada. Me dijo cosas, Claire. Cosas que no puedo olvidar."

"¿Qué tipo de cosas?", pregunta con cautela.

Trago, mi garganta apretada mientras las palabras salen atropelladamente. "Me dijo: '¿No te odias ahora mismo? Apuesto a que no pensaste que acabarías en mi cama!'."

Claire se atraganta con su café, tosiendo violentamente. "Joder."

La fulmino con la mirada. "Me alegro de que te parezca gracioso."

Se limpia la boca, negando con la cabeza. "No, no es gracioso, es solo que... joder. Eso es nivel gilipollas de multimillonario."

Suspiro, reclinándome contra la silla. "Me sentí como una idiota. Me corrí, Claire. Me corrí mientras me decía eso."

Claire hace una mueca de simpatía, apoyando su barbilla en su mano. "Vale, sí. Eso es duro."

Miro fijamente la mesa, las palabras saliendo antes de que pueda detenerlas. "Se suponía que debía conseguir respuestas. Por mi padre, por mi familia. En cambio, yo... me desmoroné en el momento en que me tocó. Me siento como una fracasada."

Claire abre la boca para responder, pero la interrumpo. "Y eso no es lo peor."

Sus cejas se juntan, la confusión parpadeando en su rostro. "¿Qué quieres decir?"

No digo nada. En cambio, meto la mano en el bolsillo de mi sudadera y saco el test de embarazo —la pequeña varilla blanca envuelta en un pañuelo.

Mi mano se siente entumecida mientras lo arrojo sobre la mesa frente a ella. Golpea la madera, deslizándose por la superficie hasta detenerse frente a Claire.

Claire se queda helada, mirándolo como si fuera una bomba a punto de explotar. Su mano cubre su boca, sus ojos abiertos de par en par mientras me mira.

"Dios mío", suspira.

Asiento, mi voz hueca. "Sí. Estoy embarazada."

No habla por un momento, solo niega con la cabeza lentamente, como si intentara procesar lo que acabo de decir. "¿Estás segura?"

Suelto una risa sin humor. "Me hice tres pruebas."

Claire exhala bruscamente, recogiendo el test y sosteniéndolo como si pudiera desintegrarse en sus manos. "No me lo puedo creer."

"Yo tampoco", murmuro, mi mirada fija en la mesa. "Mi padre debe estar revolviéndose en su tumba. Se suponía que debía conseguir respuestas. Se suponía que debía hacer que Adrian Black pagara por lo que nos hizo. En cambio, me quedé embarazada del enemigo."

"Emery", dice Claire suavemente, estirándose a través de la mesa para tocar mi mano, "no te hagas esto."

Niego con la cabeza, apartando mi mano. "No, Claire. Fracagé. Le fallé a mi padre. Me fallé a mí misma. Y ahora no sé qué demonios se supone que debo hacer."

Claire abre la boca para responder, pero antes de que pueda decir algo, mi teléfono vibra contra la mesa.

Frunzo el ceño, tomándolo para ver la pantalla. El número es desconocido.

"¿Quién es?", pregunta Claire, su voz baja.

"No lo sé", murmuro, mi estómago retorciéndose mientras miro la pantalla brillante.

EMERY

El teléfono sigue vibrando. Miro fijamente el número en la pantalla, mi corazón martilleando en mi pecho.

Sé que debería ignorarlo—debería tirarlo en mi bolso y fingir que no lo oí—pero algo en mí no puede dejarlo sonar.

Deslizo el dedo por la pantalla con dedos temblorosos y me llevo el teléfono al oído. "¿Hola?"

Por un segundo, hay silencio. Luego una voz que he estado tratando de olvidar retumba a través de la línea, baja y cálida, goteando esa confianza exasperante que envía mi pulso en espiral fuera de control.

"Hola, preciosa."

Es Adrian.

Mi estómago se retuerce, el calor de esas dos palabras serpenteando a través de mí como una quemadura lenta. Mi cuerpo me traiciona inmediatamente—el pecho apretándose, la piel erizándose—pero mi mente lo bloquea todo.

Me pongo rígida en mi asiento, forzando mi voz a algo afilado y firme. "¿Qué quieres?."

"Vaya", arrastra las palabras, su tono teñido de diversión. "¿Ni siquiera un 'hola'? Supongo que después de todo no me echaste de menos."

El sonido de su voz—tan suave, tan enloquecedoramente seguro de sí mismo—me irrita. Aprieto los dientes, agarrando el vaso de café frente a mí tan fuerte que el cartón se arruga bajo mis dedos.

"Ya te lo dije", digo fríamente. "Eres un imbécil."

Su risa es suave y despreocupada, como si le hubiera hecho un cumplido. "Lo has dejado abundantemente claro. Pero no es por eso que llamo."

"¿Entonces qué es?", espeto. "Estoy algo ocupada ahora mismo."

"¿Ocupada?" La palabra rueda por su lengua como si no me creyera. "Mira, Emery—necesito verte."

La manera casual en que lo dice hace que mi sangre hierva. Como si pudiera simplemente llamarme de la nada, después de todo, y convocarme.

"No", digo firmemente. "Perdiste ese privilegio."

"¿Hablas en serio?" Hay un toque de frustración colándose en su voz ahora, agrietando la calma pulida que lleva como una máscara.

"Totalmente en serio." Suelto un respiro duro. "Así que a menos que tengas algo importante que decir, tengo que irme."

Un momento de silencio se extiende en la línea. Luego, casi casualmente, dice: "Disfruta tu café, Emery."

La llamada termina con un suave clic.

Mi corazón se entrecorta. Mi sangre se congela.

Bajo el teléfono lentamente, mis dedos entumecidos mientras miro la pantalla oscura. *Disfruta tu café.*

Las palabras se repiten en mi mente, un lento arrastre de pavor desplegándose a través de mí. Levanto la mirada, escaneando la cafetería, buscándolo. Buscando a alguien que me observe.

¿Cómo sabe que estoy aquí?

"¿Emery?" La voz de Claire me devuelve a la realidad. Me mira con ojos grandes, la preocupación grabada en cada línea de su rostro. "¿Qué pasa?"

"Yo—" Trago con fuerza, intentando estabilizar mi respiración. "Tengo que irme."

Claire parpadea, dejando su café con un golpe seco. "¿Qué? ¿Por qué?"

Miro alrededor de la sala otra vez, mi mirada saltando hacia las ventanas, los otros clientes. Nadie parece fuera de lugar, pero mi piel se eriza, cada nervio en alerta. "Sabe que estoy aquí."

"¿Qué?" Claire se inclina hacia adelante, su voz bajando a un susurro afilado. "¿Cómo puede saber que estás aquí? ¿Te lo dijo?"

Asiento, apenas pudiendo articular las palabras. "Solo dijo... 'Disfruta tu café'."

Las cejas de Claire se disparan. "Joder." Ella también mira alrededor ahora, sus ojos entrecerrados como si esperara ver a alguien acechando en las sombras.

Empujo mi silla hacia atrás, las patas raspando contra el suelo, el sonido demasiado fuerte en mis oídos. "No sé cómo, pero lo sabe. Necesito salir de aquí."

Claire agarra mi brazo cuando empiezo a levantarme. "Eh. Emery. Tranquilízate un momento."

"¿Tranquilizarme?" Mi voz se quiebra. "Claire, tiene gente vigilándome. Vigilándome. ¿Qué más podría saber?"

Claire frunce el ceño, su agarre apretándose ligeramente. "Probablemente no sea nada, ¿vale? Los tipos ricos como él tienen gente controlando todo. Le estás dando demasiadas vueltas."

"¿Tú crees?" Espeto, soltando mi brazo de un tirón. Mi pulso está acelerado, mis manos temblando mientras recojo mi teléfono y mi bolso. Me siento expuesta, como si un foco estuviera apuntándome, y todos en esta cafetería pudieran ver lo cerca que estoy de desmoronarme.

Claire me observa, la preocupación arrugando su rostro. "¿A dónde vas a ir?"

Me detengo, exhalando temblorosamente. "No lo sé. Mi madre me ha estado ayudando. Quizás... quizás me mude con ella."

La expresión de Claire se suaviza. "Tu madre vive casi a una hora."

"Lo sé", murmuro. "Pero ¿qué opción tengo, Claire? No puedo criar a un bebé sola. Y no puedo..." Mi garganta se aprieta, las palabras raspando dolorosamente mientras salen. "No puedo deshacerme de él tampoco."

Claire se levanta y me abraza, sus brazos apretados a mi alrededor. Huele a su perfume floral y al leve rastro de café, y por un segundo, me permito respirar.

"No estás sola en esto", dice en voz baja. "Lo sabes, ¿verdad? Te ayudaré a resolverlo. Lo que necesites."

Asiento contra su hombro, mis ojos ardiendo.

"Lláname, ¿vale?", añade mientras se separa, su mirada buscando la mía. "Prométeme que me llamarás."

"Lo haré", digo suavemente.

Duda un momento antes de suspirar y dar un paso atrás. "Solo... ten cuidado, Emery. Por favor."

Le doy una débil sonrisa, aunque se siente frágil. "Lo tendré."

Fuera, el aire se siente cortante contra mi cara mientras piso la acera. La calle está bulliciosa—coches pasando, gente apresurándose—pero no me hace sentir menos nerviosa. Miro por encima de mi hombro instintivamente, mi corazón retumbando mientras busco cualquier cosa o persona que parezca fuera de lugar.

Nada.

Aun así, no puedo sacudirme la sensación de estar siendo observada. Aprieto mi bolso contra mi cuerpo mientras me apresuro hacia mi coche, mis pasos rápidos e irregulares.

Desbloqueo la puerta y me deslizo dentro rápidamente, cerrándola de un golpe. Suelto un suspiro, agarrando el volante tan fuerte que mis nudillos se vuelven blancos.

Miro a través del parabrisas, escaneando la calle otra vez. Nada.

"Tranquilízate", murmuro para mí misma, presionando mi frente contra el volante. "Estás bien. Él no está aquí."

Pero la inquietud no me abandona. Mi piel sigue erizada.

Giro la llave, el coche cobrando vida con un ronroneo, y salgo del aparcamiento. Mis manos se sienten húmedas contra el volante mientras conduzco, mis ojos desviándose al espejo retrovisor más a menudo de lo necesario.

No hay nadie siguiéndome—lo sé—pero no puedo sacudirme el pensamiento de que alguien, en algún lugar, me está vigilando.

Y la voz de Adrian... Hola, preciosa. Todavía persiste en mi mente, tirando de mí, haciendo que mi estómago se retuerza con algo que me niego a nombrar.

Sacudo la cabeza, agarrando el volante con más fuerza mientras conduzco. Necesito salir de aquí.

Lejos de esta cafetería, esta ciudad, él.

No puedo dejar que me arrastre de vuelta.

No lo haré.

ADRIAN

Dejo el teléfono lentamente en el borde de mi escritorio, reclinándome en mi silla mientras la frustración se enrosca apretada en mi pecho. Su voz aún resuena en mis oídos—cortante, desdeñosa, más fría de lo que esperaba. *"Perdiste ese privilegio."*

Ni siquiera me dio una oportunidad.

Exhalo lentamente, pasándome una mano por el pelo.

Maldita sea, Emery. ¿Por qué tiene que ser tan terca? Sé que me pasé de la raya, que dije cosas que no debería haber dicho. Y sí, quizás me merezco esto—que me excluya completamente, que finja que soy solo un imbécil al que puede borrar de su vida.

Pero se equivoca.

Puede luchar todo lo que quiera, pero sé que ella también lo siente. Esa atracción entre nosotros—esa chispa que ninguno parece poder extinguir. Me desea. Solo se niega a admitirlo.

El teléfono vibra contra el escritorio, interrumpiendo mis pensamientos. Miro la pantalla. Un mensaje de James.

James: *"Acaba de salir de la cafetería."*

Miro el mensaje por un momento antes de bloquear la pantalla y tirar el teléfono sobre el escritorio. La opresión en mi pecho se intensifica.

No debería estar vigilándola. Lo sé. No es mi estilo—yo no hago esto. No persigo mujeres. No rastreo sus movimientos como un idiota posesivo que no sabe cómo dejar las cosas.

Pero esto no es sobre una mujer cualquiera.

Es Emery.

Y dejar que se escape no es una opción.

Me inclino hacia adelante, codos sobre el escritorio, y me pellizco el puente de la nariz. Necesito resolver esto—resolverla a ella. Todavía está enfadada por lo que dije esa noche; lo oí en su voz

hace un momento. Se aferra a eso, usándolo como escudo para mantenerme a distancia.

Pero se lo compensaré. Arreglaré esto.

Solo necesito encontrar una manera de acercarme.

Un golpe seco en la puerta me saca de mis pensamientos. Levanto la vista cuando la puerta se abre y una mujer entra en la oficina. La reconozco inmediatamente—Harper, la nueva contratación de marketing.

Es alta, esbelta, con pelo rubio platino que cae en mechones perfectamente lisos sobre sus hombros. Su falda de tubo abraza sus curvas, y su blusa está desabotonada lo justo para insinuar lo que intenta mostrar.

"Señor Black", dice, su voz suave y excesivamente dulce.

"¿Puedo ayudarte?", pregunto, mi tono cortante.

Entra, cerrando la puerta tras ella. "Solo quería comprobar si había tenido oportunidad de revisar la nueva propuesta de campaña. Noté que aún no ha enviado sus comentarios."

Me reclino en mi silla, observándola cuidadosamente. Hay algo deliberado en la forma en que se mueve, en cómo se demora un poco más de lo necesario, sus dedos curvándose sobre el respaldo de una de las sillas para invitados.

"Me ocuparé de ello", digo. "Tendrás mis notas mañana."

No se va. En cambio, cambia su peso, sus ojos recorriéndome como si estuviera evaluando sus posibilidades. "Bueno, si necesita que alguien le explique los detalles... estaría encantada de quedarme hasta tarde para ayudar."

Su sonrisa es coqueta, su postura deliberadamente invitadora.

Arqueo una ceja. "¿Ah, sí?"

Se sonroja levemente, pero no la disuade. "Por supuesto. Quiero asegurarme de contribuir en todo lo que pueda."

Su voz baja un poco al final, un coqueteo sutil que sé que ella piensa que está funcionando. No es así. Ni de lejos.

La miro fijamente por un momento, dejando que el silencio se estire lo suficiente para que su confianza vacile. Se mueve de nuevo, alisándose la falda mientras baja la mirada, luego volviendo a mirar a través de sus pestañas.

"¿Hay algo más que necesite, señor Black?"

Ahí está—su verdadera pregunta, oculta bajo la fachada del profesionalismo.

Sonrío levemente, pero sin calidez. "No podrías manejar lo que necesito."

Sus mejillas se sonrojan, su respiración entrecortándose ligeramente. "Yo—"

"Harper." Mi voz corta su balbuceo nervioso. "Estás perdiendo el tiempo."

Se queda helada, parpadeando hacia mí. "¿Qué quiere decir?"

"Quiero decir que cualquier fantasía que te hayas montado en la cabeza sobre mí no va a suceder. No estoy interesado." Inclino ligeramente la cabeza, observando cómo el color abandona su rostro. "Lo entiendes, ¿verdad?"

Abre la boca, luego la cierra, claramente desconcertada. "Yo—lo siento. No pretendía—"

"Sí, sí pretendías", digo con calma, manteniendo su mirada. "Pero te ahorraré el problema. Estoy comprometido."

Sus cejas se juntan en confusión, sus labios separándose mientras intenta procesar lo que acabo de decir. "¿Comprometido?"

"Sí." No lo explico. No le debo una explicación.

La tensión en la habitación es espesa, y finalmente capta la indirecta, retrocediendo hacia la puerta. "Bien. Yo, eh... haré que el equipo finalice la propuesta."

"Bien", digo secamente.

Asiente rápidamente y se escabulle de la oficina, dejando la puerta entreabierta.

Exhalo lentamente, expulsando la tensión en mi pecho mientras me reclino de nuevo en mi silla. Comprometido.

La palabra salió sin siquiera pensarlo. Pero es verdad. Lo sepa Emery o no, es mía. La única mujer que he deseado lo suficiente como para perseguir.

No me importa lo terca que sea. No me importa cuánto intente alejarme. La recuperaré.

Me levanto, dirigiéndome a las ventanas que recorren la longitud de mi oficina. La ciudad se extiende ante mí, brillando con luces y movimiento, viva con el tipo de energía que normalmente me centra. Pero hoy no.

No cuando mis pensamientos están enredados en ella.

La manera en que su voz tembló cuando dijo no. La forma en que sé que está luchando consigo misma—luchando contra mí. Está intentando tan duro convencerse de que no valgo la pena, que lo que tuvimos fue un error.

Pero los errores no se sienten así.

Los errores no te mantienen despierto por la noche, pensando en la forma en que su cuerpo temblaba bajo el tuyo, la manera en que susurraba tu nombre como una súplica. Los errores no persisten como un fantasma, acechándote cada vez que cierras los ojos.

Me paso una mano por el pelo, la frustración burbujeando bajo la superficie.

"Maldita sea, Emery", murmuro entre dientes.

Me giro hacia mi escritorio y agarro mi teléfono, desbloqueándolo y buscando el número de James.

Yo: *"Envíame su dirección."*

James responde casi inmediatamente.

James: *"¿Está seguro?"*

¿Estoy seguro?

No. Pero no me importa.

Yo: *"Sí. Avísame en cuanto la tengas."*

Tiro el teléfono de vuelta al escritorio y me hundo en la silla, mirando fijamente el cursor parpadeante en la pantalla de mi ordenador.

El trabajo está descartado ahora—no puedo concentrarme, no puedo pensar con claridad cuando Emery está ahí fuera, decidida a desaparecer.

Pero no la dejaré.

El viaje parece interminable.

Kilómetro tras kilómetro de asfalto agrietado se extiende ante mí.

Mis manos agarran el volante de cuero hasta que mis nudillos se tornan blancos, mientras el zumbido constante de las llantas contra el pavimento llena el silencio. La calefacción sopla contra mis piernas, pero no logro entrar en calor.

Una bandada de pájaros negros alza el vuelo desde un árbol desnudo, dispersándose por el cielo gris acero como cenizas arrojadas al viento.

Una ráfaga de aire golpea el auto y mi estómago se revuelve - náuseas matutinas que se niegan a respetar la hora del día. Trago con dificultad, concentrándome en las líneas amarillas que desaparecen bajo el capó.

El pensamiento se asienta en mi pecho como una piedra: voy a decirle a mi madre que estoy embarazada.

Embarazada del hijo de Adrian Black.

Los árboles se difuminan al pasar por mi ventana. Cada señal de kilómetro me acerca más a una conversación para la que no estoy preparada.

El rostro de mi madre flota en mi mente - su expresión cuando lo perdimos todo, cuando vio derrumbarse la empresa de mi padre. Su expresión en el funeral.

Las primeras gotas de lluvia golpean mi parabrisas cuando giro hacia su calle. Los limpiaparabrisas las barren con un movimiento rítmico que coincide con los latidos de mi corazón. En el momento en que su casa aparece a la vista, me siento enferma de ansiedad.

Una luz cálida se derrama desde las ventanas, proyectando rectángulos dorados sobre el camino mojado. Apago el motor pero no puedo moverme.

La lluvia redobla contra el techo mientras mis manos tiemblan sobre el volante.

Mi garganta se cierra mientras observo las sombras moverse detrás de las cortinas - mi madre, continuando con su tarde, sin saber que su mundo está a punto de cambiar nuevamente.

El frío me golpea como una bofetada cuando salgo, el viento azotando mi cabello contra mi rostro. Mis zapatos crujen contra la grava del camino, cada paso sintiéndose más pesado que el anterior.

En la puerta, mi mano se cierne sobre la madera oscura. Obligo a mis nudillos a golpear antes de que pueda cambiar de opinión.

Se abre casi inmediatamente. Mi madre está allí envuelta en su cárdigan crema favorito, ese que se ha suavizado con los años. Su cabello veteado de plata está recogido en un moño suelto. El vapor se eleva de la taza en su mano, llevando consigo el aroma a manzanilla. Por un momento, su expresión es serena, desprevenida.

Entonces me ve.

La serenidad se desvanece, reemplazada por esa preocupación instantánea que solo las madres pueden perfeccionar. Su ceño se frunce mientras coloca su taza en la estrecha mesa del recibidor sin mirar. "Mi amor", su voz es suave, cautelosa. "¿Qué pasa?"

Algo dentro de mí se quiebra. Abre sus brazos y caigo en ellos como si la gravedad hubiera cambiado, como si volviera a ser una niña. Su cárdigan es suave contra mi mejilla, con aroma a lavanda y té de hierbas. Acaricia mi cabello mientras las lágrimas amenazan con derramarse.

Presiona un beso en la parte superior de mi cabeza, su mano moviéndose en círculos reconfortantes sobre mi espalda. "Pasa, mi niña. Estás helada."

La casa me envuelve como una manta cálida mientras me guía a través de la puerta. El aire es dulce con aroma a canela y vainilla, mezclado con el rico olor de algo horneándose.

"Siéntate", dice suavemente, señalando la mesa de la cocina mientras se dirige a la estufa. "Te prepararé un té."

Me hundo en una de las sillas de madera, mis manos convertidas en puños sobre mi regazo.

Mi madre se mueve a través de su ritual vespertino con gracia practicada - llenando la tetera y seleccionando las bolsitas de té.

Los sonidos familiares me anclan - el agua comenzando a hervir, las cucharas tintineando contra la cerámica, su suave tarareo mientras trabaja.

Coloca una taza humeante frente a mí y toma asiento al otro lado de la mesa. Sus ojos son gentiles pero inquisitivos mientras sopla sobre su propio té. "Muy bien, Emery. Cuéntame."

Envuelvo mis manos alrededor de la taza caliente, mirando fijamente el líquido ámbar como si pudiera susurrarme las palabras correctas. Mi garganta se cierra, y por un momento pienso que

no podré hablar en absoluto.

Entonces todo sale de golpe.

"Estoy embarazada."

La cocina queda en silencio.

El rostro de mi madre se congela, sus ojos fijos en los míos como si esperara el remate de un chiste que no llegará. Me quedo allí sentada, aferrada a mi taza como si pudiera anclarme a la tierra.

Deja su té con exquisito cuidado, su expresión suavizándose. "Ay, mi amor..."

"Necesito tu ayuda, mamá", Las palabras se quiebran al salir de mi boca. "Tal vez necesite mudarme aquí. No puedo... no puedo hacer esto sola."

Las lágrimas brillan en sus ojos mientras se levanta y rodea la mesa, arrodillándose a mi lado para tomar mis manos entre las suyas. Su piel es suave, marcada con las pequeñas cicatrices y callosidades que vienen de una vida dedicada a la jardinería. "Emery, por supuesto que te ayudaré. Ni siquiera tienes que preguntarlo."

Un sollozo escapa antes de que pueda contenerlo, y presiono mi mano contra mi boca, sacudiendo la cabeza. "No sé qué hacer, mamá."

Aprieta mis manos, su voz firme y segura. "Lo resolveremos. No estás sola en esto, ¿de acuerdo?"

Asiento, limpiando las lágrimas con dedos temblorosos.

Regresa a su silla, tomando su té que ya se está enfriando. "¿Y el padre? ¿Lo sabe?"

Todo mi cuerpo se queda inmóvil. Las náuseas regresan, más fuertes ahora, y bajo mi taza. El patrón del mantel se vuelve fascinante mientras evito su mirada.

"Emery", insiste, su tono endureciéndose ligeramente. "¿Quién es el padre?"

Tomo un respiro tembloroso. "Adrian Black."

La taza se desliza de sus manos. Se hace añicos contra el linóleo con un sonido como hielo quebrándose, el té extendiéndose por el suelo en un charco oscuro.

Mi madre me mira fijamente, el color abandonando su rostro. Sus labios se separan ligeramente, formando las palabras de nuevo como si probara su realidad. "¿Adrian Black?"

Asiento, mis manos temblando en mi regazo.

"Dios mío", suspira, poniéndose de pie inestablemente. "Necesito un momento."

Sale de la cocina, dejándome sola con la cerámica rota y la mancha que se extiende.

Observo el té filtrándose entre las juntas de los azulejos.

Cuando regresa, su rostro está compuesto pero sus ojos están tormentosos. Pasa cuidadosamente sobre el desastre, su voz baja y tensa. "¿Cómo pasó esto, Emery? Sabes lo que nos hizo... a tu padre. A esta familia. Te dije que te mantuvieras alejada de ese hombre."

"Lo sé", susurro, incapaz de encontrar su mirada.

Continúa, su voz temblando ahora. "¿Qué hay de todo lo que dijiste que ibas a hacer?"

"Mamá, por favor", cierro los ojos contra nuevas lágrimas. "No necesito el sermón ahora mismo."

Se detiene, dejando escapar un suspiro profundo. El silencio se extiende entre nosotras antes de que hable de nuevo, más suavemente ahora. "Tienes razón. Lo siento."

Abro los ojos para encontrar los suyos, viendo la ira desvanecerse en algo más complicado. "No quiero hacerte sentir peor de lo que ya te sientes", dice quedamente. "Solo... no entiendo."

Yo tampoco.

Se frota la cara con la mano y suspira. "¿Cuándo necesitas mudarte?"

"Este fin de semana", digo suavemente. "Necesito salir del pueblo."

Sus ojos se entrecierran ligeramente mientras me estudia. "¿Has terminado con esto? ¿Con él? ¿Con tratar de derribarlo?"

Bajo la mirada hacia mi té, ya frío. Mi mano se desliza hasta mi vientre aún plano, descansando allí mientras el peso de todo se asienta sobre mí. La lluvia continúa cayendo afuera, un ritmo constante contra la ventana de la cocina.

"No puedo derribar al padre de mi hijo", murmuro finalmente. "Puede que no me agrade, pero esto es más grande que yo ahora."

Mi madre me observa, su expresión indescifrable bajo la suave luz de la cocina. Después de un largo momento, asiente. "De acuerdo."

"¿De acuerdo?"

"Puedes mudarte este fin de semana", dice suavemente. "Lo resolveremos. Un paso a la vez."

El alivio me inunda, nuevas lágrimas picando en mis ojos. "Gracias, mamá."

Se levanta y me rodea con sus brazos, abrazándome fuerte. Su cárdigan es suave contra mi mejilla, y por un momento vuelvo a ser una niña, segura en su abrazo. "Vas a estar bien, Emery", susurra.

Cierro los ojos y me permito creerle.

Aunque, en el fondo, no estoy tan segura.

ADRIAN

El whisky me quema al bajar, el líquido ámbar calentando mi garganta mientras bajo el vaso a la barra de mármol. Más allá de las ventanas de mi ático, la ciudad se extiende como un mar infinito de luces, brillando tenuemente contra el cielo negro como la tinta.

Debería sentirme tranquilo aquí, por encima de todo, pero mi mente no ha conocido la paz en semanas.

No desde Emery.

Está en todas partes. En mis pensamientos.

En los espacios silenciosos entre un respiro y el siguiente. Veo sus ojos verdes cuando cierro los míos por la noche, el desafío en ellos incluso mientras se deshacía bajo mi cuerpo. Pensé que podría esperar. Pero el tiempo no ha mitigado el dolor. Si acaso, ha empeorado.

Alcanzo el whisky de nuevo, pero antes de que pueda llevarlo a mis labios, escucho un golpe seco en la puerta.

Frunzo el ceño.

Los golpes vuelven, más fuertes esta vez, insistentes. Me enderezo, mi irritación aumentando. Es más de medianoche. Nadie golpea mi puerta así a menos que sea una emergencia.

"Qué demonios...", murmuro entre dientes, dirigiéndome hacia la entrada.

Los golpes no cesan. Quien sea, está decidido.

Abro el cerrojo y tiro de la puerta. James está ahí de pie, su habitual compostura ha desaparecido.

"Señor", dice rápidamente, casi sin aliento, "lamento molestarlo tan tarde."

"¿Qué sucede? ¿Sabes qué hora es?"

"No estaría aquí si no fuera importante."

Lo observo por un momento, notando la urgencia en su rostro. Retrocedo, haciéndole un gesto para que entre. "Pasa."

James entra a zancadas, sus zapatos resonando contra el suelo de mármol. Cierro la puerta tras él, observando cómo se dirige a la isla de la cocina y deposita un sobre manila con un golpe audible. Mi ceño se frunce más.

"¿Qué es esto?"

Me mira, dudando como si intentara encontrar las palabras correctas. "Necesita ver esto, señor."

Algo agudo se retuerce en mis entrañas. Cruzo la habitación, mis movimientos deliberados, y me detengo frente a la isla. James no dice una palabra más; simplemente abre el sobre, sacando una serie de fotos y esparciéndolas sobre la encimera.

Las miro fijamente, mi mente en blanco por un segundo antes de procesar lo que veo.

Es Emery.

La primera foto la muestra saliendo de una clínica, su cabello recogido en un moño suelto, su sudadera oversized ahogando su pequeña figura. Sostiene algo en su mano: un sobre manila, similar al que James acaba de entregarme.

Paso a la siguiente foto. Esta vez es más clara. Está cruzando el estacionamiento, apretando el sobre contra su pecho, su expresión una mezcla de agotamiento y algo más que no logro descifrar. Y entonces lo veo.

El borde de una ecografía en blanco y negro asomándose desde la carpeta en sus manos.

Mi pecho se tensa, mi pulso rugiendo en mis oídos. Miro a James bruscamente. "¿Qué es esto?"

"Es lo que parece, señor", dice James en voz baja. "Estuvo en el consultorio médico."

Mi mirada vuelve rápidamente a las fotos. Mi mente comienza a correr, las piezas encajando más rápido de lo que puedo procesarlas.

El tiempo. Su distancia. La forma en que ha desaparecido, como si estuviera ocultando algo.

"¿Estás seguro de esto?", exijo, mi voz áspera.

James no se inmuta. "Me aseguré, señor. No se lo habría traído de otro modo."

Me aferro al borde de la encimera, el mármol frío contra mis palmas. Mis pensamientos son un caos, volviendo una y otra vez a la misma pregunta.

¿Está embarazada?

¿De mi hijo?

Sacudo la cabeza, intentando mantener la calma. "No pensaba decírmelo." La realización me golpea con fuerza, mi voz saliendo baja y amarga. "No iba a decírmelo."

James me observa con cuidado. "Eso parece, señor."

La ira que hierve en mi pecho estalla, caliente y aguda. ¿Eso es lo que piensa de mí? ¿Que puede simplemente irse y excluirme por completo? ¿Que no lo descubriría?

"Tiene que ser mío", digo, más para mí mismo que para James. "El tiempo coincide." Me paso una mano por el pelo, caminando hacia las ventanas y de vuelta.

James permanece en silencio, dándome espacio para pensar.

"Necesito saber qué está pasando", digo finalmente, volviéndome para mirarlo.

James asiente. "¿Qué quiere que haga, señor?"

Agarro mi abrigo del respaldo de la silla, metiendo los brazos en las mangas mientras tomo mis llaves de la encimera. "Nada. Me encargaré yo mismo."

"Señor..."

Levanto una mano, interrumpiéndolo. "No. Necesito hacer esto solo."

James duda, como si considerara insistir, pero no lo hace. Asiente una vez. "Entendido."

No pierdo ni un segundo más. Me dirijo al ascensor, mis zapatos haciendo eco en el silencioso ático. Las fotos arden en mi mente mientras bajo al garaje, mi pecho apretado por la frustración y algo más que no quiero nombrar: miedo.

No puedo perderla. No ahora.

El trayecto al apartamento de Emery es borroso. La ciudad se mueve a mi alrededor —semáforos brillando en rojo y verde, faros cortando la oscuridad— pero no veo nada de eso. Solo veo su rostro, la última vez que la vi, la forma en que me miró cuando se fue furiosa.

Las calles están tranquilas cuando me detengo frente a su edificio, el suave ronroneo del motor desvaneciéndose al apagar el contacto. Me quedo sentado un momento, aferrando el volante.

Exhalo bruscamente.

No es momento de dudar.

Salgo del coche y subo las escaleras de dos en dos, con la mandíbula tensa al llegar a su puerta. Golpeo una vez. Luego otra vez, más fuerte.

Nada.

"Emery", llamo, golpeando de nuevo, mi paciencia ya agotada. "Soy Adrian. Abre la puerta."

Por un largo momento, hay silencio. Luego escucho pasos suaves detrás de la puerta. La cerradura hace clic, y la puerta se abre apenas lo suficiente para que ella pueda asomarse.

Se ve agotada, su rostro pálido, su cabello cayendo en mechones sueltos alrededor de su cara. Pero incluso así —cansada, desgastada— es hermosa.

"¿Qué haces aquí?", pregunta, su voz ronca.

No respondo de inmediato. Estoy demasiado ocupado mirándola, absorbiéndola. Entonces lo veo: cajas apiladas en la esquina, parcialmente empacadas.

"¿Qué está pasando, Emery?", pregunto, mi voz baja.

"Nada. Tienes que irte." Empieza a cerrar la puerta, pero la detengo suavemente, mi mano contra la madera. Es tan pequeña comparada conmigo; apenas necesito ejercer presión.

"Espera." Mi mirada se mueve más allá de su hombro de nuevo, y me quedo paralizado.

El mapa.

Está extendido por toda la pared de su sala —papeles clavados por todas partes, hilos rojos cruzando la superficie, conectando fotos, documentos y recortes de noticias como algún tipo de tablero conspirativo. Mi estómago se hunde mientras entro, mis ojos recorriendo todo.

"¿Qué demonios es esto?"

Emery se tensa detrás de mí, su voz tensa. "Adrian, te dije que te fueras."

Pero no estoy escuchando. Me acerco al mapa, absorbiendo cada detalle. Hay fotos de la sede de Terra Pack, artículos antiguos sobre adquisiciones corporativas y fusiones. Fotos mías —yo entrando a salas de juntas, yo saliendo de eventos— clavadas junto a notas manuscritas que no logro descifrar del todo.

Me vuelvo hacia ella lentamente, mi mente dando vueltas. "¿Qué es esto, Emery?"

No responde. Solo me mira fijamente, sus brazos cruzados firmemente sobre su pecho como si intentara mantenerse unida.

El silencio es ensordecedor.

Y lo sé: sea lo que sea esto, lo que ha estado haciendo... me ha estado investigando.

La realización me golpea como un puñetazo al estómago, dejándome frío, furioso y confundido todo a la vez.

Doy un paso hacia ella, bajando la voz. "Háblame, Emery. Por favor."

Levanta la barbilla, encontrando mi mirada, y por primera vez en semanas, lo veo de nuevo: el fuego en sus ojos verdes, el desafío.

El aire entre nosotros chisporrotea con tensión, el peso de todo lo no dicho presionando sobre ambos.

EMERY

Mi garganta se siente como papel de lija mientras lo miro, al hombre parado en mi sala, rodeado por las ruinas de todo lo que he estado persiguiendo durante meses. Mi corazón late con fuerza, mis puños tan apretados a los costados que mis uñas se clavan en las palmas.

La mirada de Adrian no se ha movido. Sus penetrantes ojos azules me atraviesan, implacables mientras espera que hable. El silencio se extiende, denso y sofocante, presionándome hasta que no puedo soportarlo más.

Me aclaro la garganta, mi voz ronca pero firme. "Eres un monstruo."

No se estremece, no parpadea, solo me observa con esa expresión indescifrable.

"Destruiste la empresa de mi padre", suelto, las palabras saliendo más rápido ahora. La ira dentro de mí arde caliente y aguda, consumiendo cada pensamiento, cada duda. "Nos quitaste todo. Lo arruinaste."

La mandíbula de Adrian se tensa, sus manos deslizándose en los bolsillos de su abrigo. Por un momento, no responde, y juro que la habitación se encoge a nuestro alrededor. Luego da un paso adelante, lento y medido, como si temiera que me fuera a quebrar si se mueve demasiado rápido.

"Emery", dice quedamente, su voz baja y cuidadosa. "No conoces toda la historia."

"¿Toda la historia?" Suelto una risa sin humor, el sonido quebradizo. "¿Qué más hay que saber? Destrozaste su vida. Lo perdió todo. Y estás aquí parado como si no hubieras hecho nada malo."

Sus hombros suben y bajan con una respiración lenta, sus ojos suavizándose de una manera que me inquieta más que su silencio. "No voy a discutir contigo", dice finalmente. "Pero necesito que me escuches, porque hay más cosas que no sabes."

"No necesito oír nada de ti, Adrian."

"Sí, lo necesitas", contraataca, su tono más afilado ahora. "Porque lo que sea que creas saber sobre tu padre, sobre lo que pasó con su empresa, no es la verdad. No toda la verdad."

Dudo, mi resolución agrietándose ligeramente. "¿De qué estás hablando?"

No responde de inmediato. En cambio, mira el desorden en mi pared —el mapa, los hilos, el caos de mi obsesión— y luego vuelve a mirarme. "Te diré todo lo que quieras saber. Pero no aquí."

Parpadeo. "¿Por qué no?"

"Porque no vas a creer solo mi palabra", dice simplemente. "Tendré que mostrártelo."

"¿Mostrármelo?"

"En la oficina", responde, su voz tranquila pero firme. "Ven a mi oficina mañana, y te lo explicaré todo. Te mostraré las pruebas."

Lo miro fijamente, buscando en su rostro algún indicio de mentira, pero todo lo que veo es determinación. Habla en serio.

Trago con dificultad. "Está bien."

Adrian asiente levemente, como si estuviera satisfecho con mi respuesta. Pero entonces su expresión cambia —sus ojos se entrecierran ligeramente, y la tensión en la habitación se transforma.

"Pero ahora", dice, su voz baja, "tienes que decirme algo."

"¿Qué?" pregunto con cautela.

Da otro paso más cerca, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo. Su mirada pesa sobre la mía, y cuando habla de nuevo, las palabras hacen que mi estómago se hunda.

"Sé que estás embarazada, Emery."

Mi respiración se entrecorta, mi pecho apretándose dolorosamente. Desvío la mirada, mi pulso retumbando en mis oídos. "¿De qué estás hablando?"

"No hagas eso", dice suavemente, casi suplicando. "No me mientas. Vi las fotos."

Me congelo, mis ojos volviendo bruscamente a los suyos. "¿Fotos?"

Su mandíbula se tensa, y asiente. "Sé que estuviste en el consultorio médico. Sé lo que llevabas cuando saliste."

La ecografía.

No digo nada, pero no puedo ocultar la culpa y el pánico que cruzan por mi rostro. Adrian se acerca más, alzándose sobre mí, su presencia abrumadora. Su voz se suaviza de nuevo, pero sigue siendo firme. "Emery. Por favor. Dime la verdad."

Su mano se levanta, sus dedos inclinando mi barbilla para que no tenga más remedio que mirarlo. El calor de su toque me sobresalta, pero no me aparto. No puedo.

"¿Es mío?" pregunta en voz baja.

La pregunta flota en el aire, pesada e implacable.

Mi garganta se cierra mientras las lágrimas pican en mis ojos. Intento apartar la mirada, pero su mano me mantiene ahí, sus ojos buscando en los míos la respuesta que no quiero dar.

"Emery", dice de nuevo, su tono ahora un susurro.

Cierro los ojos por un segundo, forzando las palabras en una respiración temblorosa. "Sí."

Su pulgar acaricia mi mejilla, atrapando la lágrima que se escapa. Su rostro se suaviza, y deja escapar un aliento que no me había dado cuenta que contenía.

"No ibas a decírmelo", murmura, como si lo dijera más para sí mismo que para mí.

Me echo hacia atrás, alejándome y limpiando mis ojos bruscamente. "No pensé que te importara saberlo."

Su mirada se agudiza, su voz más dura ahora. "No juegues conmigo, Emery."

Trago con fuerza, sacudiendo la cabeza mientras cruzo los brazos sobre mi pecho como si pudieran protegerme de él —del peso de sus palabras.

"No actúes como si yo te importara."

Exhala bruscamente, sus labios presionándose en una línea delgada antes de humedecerlos, sus ojos sin dejar los míos. "Lo siento, Em."

La forma en que lo dice, la manera en que su voz se quiebra ligeramente en mi nombre, golpea algo dentro de mí que no quiero reconocer.

"No debí haberte dicho esas cosas", continúa, acercándose de nuevo. "Seré mejor. Solo dame la oportunidad de demostrártelo."

Sacudo la cabeza, pero antes de que pueda responder, se inclina y presiona sus labios contra los míos.

El beso es suave al principio, casi vacilante, como si estuviera esperando que me apartara. Pero no lo hago. No puedo. El calor de su boca contra la mía, la forma en que su mano sube para acunar mi rostro —es demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

Lo beso de vuelta antes de poder detenerme, mi cuerpo traicionándose mientras su otra mano encuentra mi cintura y me atrae más cerca. Por un segundo, me permito olvidar —olvidar el dolor, la ira, la incertidumbre.

Pero entonces sus manos se deslizan más abajo, apretando mis caderas, mi trasero, y es suficiente para hacerme reaccionar. Me aparto bruscamente, sin aliento, mis manos presionando contra su pecho para mantenerlo a distancia.

"Pasaré por la oficina mañana", digo rápidamente, mi voz inestable. "Deberías irte."

Adrian me mira fijamente, su pecho subiendo y bajando con su respiración. Después de un momento, asiente, retrocediendo lo suficiente para darme espacio. Sus manos se deslizan en los bolsillos de su abrigo, su cabeza inclinándose ligeramente.

"De acuerdo", dice en voz baja. Luego levanta la mirada, y hay algo suave y casi esperanzado en su expresión. "¿Tal vez cenar después?"

Desvío la mirada, incapaz de encontrar sus ojos. "Tal vez."

No insiste. En cambio, se acerca de nuevo, extendiendo la mano para apoyarla suavemente en la parte posterior de mi cabeza, sus dedos enredándose en mi cabello por un momento. Luego baja su mano a mi vientre, su palma cálida a través de la tela de mi sudadera.

Me quedo inmóvil, mi respiración entrecortándose mientras sus labios rozan mi frente. El gesto es suave, tierno —completamente opuesto a todo lo que creía saber de él.

"Cuídate, Emery", murmura contra mi piel.

Una respiración temblorosa se me escapa, y sorbo por la nariz, las lágrimas deslizándose por mi rostro a pesar de mis mejores esfuerzos por contenerlas. No me aparto. No puedo.

Adrian retrocede, su mano demorándose un segundo más antes de dejarla caer a su costado. Me observa por un momento, como si quisiera decir algo más, pero no lo hace. En cambio, se gira y camina hacia la puerta, sus movimientos lentos, reluctantes.

Se detiene allí, su mano en el picaporte, y me mira una última vez. "Te veré mañana."

Y entonces se ha ido.

La puerta se cierra tras él, y me quedo allí parada, mirando el espacio vacío donde estaba hace un momento. Mis manos tiemblan mientras limpio mi rostro.

No sé las respuestas de lo que traerá mañana.

Pero sé una cosa.

Adrian Black es peligroso —en todas las formas que importan.

Y no tengo idea de cómo se supone que debo protegerme de él ahora.

EMERY

No sé qué estoy haciendo.

El pensamiento da vueltas en mi cabeza mientras paso el rímel por mis pestañas, oscureciéndolas hasta que se abren en abanico como sé que solían hacerlo.

Mi reflejo me devuelve la mirada —familiar. Las ojeras, tenues pero aún presentes, están ocultas bajo el corrector que no he usado en semanas. El rubor rosado en mis mejillas no es natural; viene de una pasada de colorete que apenas recuerdo haber comprado.

Ha pasado tiempo desde que hice esto —desde que intenté volver a verme como yo misma.

El vestido azul cae perfectamente sobre mi cuerpo, su tela suave y delicada rozando mis muslos.

Es lo suficientemente discreto, pero se ajusta a mi cintura en todos los lugares correctos, como si retara a alguien a mirar dos veces. Las mangas caen justo después de mis codos, y cuando lo combino con los tacones nude que encontré enterrados en mi armario, me veo... compuesta. Por primera vez en semanas, no me veo invisible.

No sé por qué estoy haciendo esto.

No es por él. No lo es. Me niego a dejar que mis pensamientos se desvíen hacia Adrian Black.

Hoy, solo quiero sentir que puedo enfrentar al mundo de nuevo. Quiero mirarme al espejo y ver a alguien fuerte, no al fantasma que he estado escondiendo bajo sudaderas y pantalones deportivos.

No le debo nada, ni mi apariencia, ni mi tiempo —nada.

Pero mientras rizo el último mechón de mi cabello, dejándolo caer en suaves ondas sobre mis hombros, no puedo sacudirme la esperanza que se retuerce en la boca de mi estómago.

Más le vale decirme la verdad hoy.

Me pongo el abrigo, agarro mi bolso y me dirijo al coche. El motor cobra vida con un suave ronroneo, el único sonido que rompe el aire quieto de la mañana mientras salgo a la carretera.

Conduzco hacia su imperio —Industrias Black, el monolito imponente que se alza en el centro de la ciudad como un rey contemplando su reino.

Su edificio tiene ventanas de cristal pulido que reflejan el cielo, la ciudad y todo lo que hay debajo. Es inmaculado —refinado y perfecto, el tipo de lugar que solo ves en las películas.

Aparco cerca de la entrada, aferrando el volante un segundo más mientras lo asimilo todo.

Este es su mundo. Un lugar tan alejado del mío que no puedo evitar sentirme pequeña, insignificante.

Me obligo a salir del coche. El pavimento resuena bajo mis tacones mientras me dirijo a la entrada.

El vestíbulo es impresionante. Suelos de mármol pulido se extienden bajo mis pies, blanco prístino salpicado de plata tenue.

Una lámpara de araña monumental cuelga sobre mí, delicada y centelleante, proyectando una luz que baila en el suelo como cristal roto. A mi derecha, un panel de cristal se abre hacia una sala de espera donde sofás de cuero elegante descansan junto a mesas plateadas.

Me obligo a no quedarme boquiabierta.

Camino hacia el mostrador de recepción, un mostrador blanco inmaculado con una mujer sentada detrás. Está impecablemente vestida, su cabello rubio recogido en un moño pulcro. Su sonrisa es cálida, profesional.

"Buenos días", me saluda. "¿En qué puedo ayudarla hoy?"

"Vengo a ver a Adrian Black", digo, sorprendida de lo firme que suena mi voz.

La recepcionista inclina ligeramente la cabeza, como evaluándome, antes de que su expresión vuelva a su calidez ensayada. "¿Su nombre, por favor?"

"Emery Sullivan."

Sus cejas se elevan apenas un poco, pero se recupera rápidamente. "Un momento, señorita Sullivan."

Toma el teléfono, hablando en voz baja al auricular antes de colgar. "El señor Black la está esperando. Puede tomar los ascensores hasta el último piso." Señala hacia la hilera de ascensores al otro lado del vestíbulo.

Por supuesto que tiene el último piso.

"Gracias", digo, girándome y dirigiéndome hacia el mármol. Cuanto más me acerco a los ascensores, más fuerte late mi corazón.

Entro en uno, presionando el botón marcado PH —Ático. Las puertas se cierran, y observo los números subir más y más alto, cada timbre enviando una nueva descarga a través de mí.

Cuando las puertas se abren, me recibe un amplio y extenso espacio de oficinas. Un pasillo de mármol se extiende ante mí, conduciendo a puertas de cristal que marcan la entrada a su oficina. Detrás de esas puertas, lo veo.

Adrian Black.

Está sentado en su escritorio, el horizonte extendiéndose detrás de él en una impresionante muestra de poder. Viste un traje oscuro, la chaqueta perfectamente ajustada sobre sus anchos hombros, las mangas arremangadas lo justo para mostrar un indicio de músculo debajo.

Odio que mi corazón se salte un latido.

Empujo las puertas para abrirlas, y él levanta la mirada inmediatamente. Su mirada se fija en la mía, aguda y conocedora. Por un momento, ninguno de los dos dice nada.

Entonces se levanta, sus movimientos lentos y deliberados, como si esperara ver si voy a huir.

"Has venido", dice suavemente.

"Me invitaste", replico.

Sus labios se curvan en la más leve sonrisa. Cruza la habitación en largas zancadas, deteniéndose frente a mí. Antes de que pueda reaccionar, sus brazos me rodean, atrayéndome cerca. Besa la parte superior de mi cabeza, el calor de sus labios persistiendo mientras me quedo inmóvil contra él.

No me aparto.

Me odio por ello, pero no lo hago.

Cuando finalmente da un paso atrás, me aclaro la garganta, tratando de recuperar algo de control.

"Solo... dime lo que necesito saber."

Señala la silla frente a su escritorio. "Siéntate."

Lo hago, alisando la tela de mi vestido sobre mis rodillas. Él se mueve detrás de su escritorio, tomando una carpeta gruesa y colocándola frente a mí.

"Todo lo que crees saber sobre tu padre", comienza, su voz suave pero firme, "es solo parte de la verdad."

Lo miro fijamente, insegura de si quiero abrir la carpeta. "¿Qué quieres decir?"

"Industrias Terra Pack estaba colapsando mucho antes de que yo entrara en escena", dice, encontrando mi mirada. "Tu padre estaba ocultando pérdidas, vaciando fondos de pensiones — cosas que lo habrían arruinado, legal y públicamente. Compré la empresa porque tenía que hacerlo. Pero enterré lo peor para proteger su legado."

Parpadeo, las palabras cayendo sobre mí como una ola de la que no puedo escapar. "¿Qué?"

Asiente hacia la carpeta. "Léelo."

La abro, mis manos temblando. Los documentos se derraman —registros bancarios, papeles legales, hojas de cálculo. Pruebas. El nombre de mi padre aparece una y otra vez, junto a números que me revuelven el estómago.

Trazo las líneas de texto con mi dedo, obligándome a entender.

"Estás mintiendo", susurro, pero las palabras suenan débiles incluso para mí.

"No lo estoy", dice Adrian quedamente. "Lo siento, Emery. Sé que esto no es lo que quieres oír."

Mi pecho se aprieta mientras miro los documentos.

Mi padre no era el hombre que yo creía. No era la víctima. Tenía secretos —unos que nunca nos contó. Como mover dinero ilegalmente.

Las lágrimas nublan mi visión, y presiono una mano contra mi estómago como para estabilizarme.

"¿Por qué... por qué me muestras esto ahora?", pregunto con voz ronca.

"Porque mereces la verdad", dice Adrian. "Y porque esto cambia las cosas, ¿no?"

Levanto la mirada hacia él, las lágrimas deslizándose por mis mejillas. Me observa con algo indescifrable en sus ojos, sus manos apoyadas contra el escritorio mientras se inclina hacia mí.

La vista de él —tan compuesto, tan estable— debería enfurecerme. Pero todo en lo que puedo pensar es en lo mucho que lo deseo.

No sé si son las hormonas del embarazo, o el hecho de que es lo único sólido en un mundo que sigue desmoronándose bajo mis pies. Pero cuando se recuesta en su silla, sus músculos flexionándose bajo su camisa, su mirada aún fija en mí, no puedo apartar la vista.

"No pude evitar notar las cajas en tu apartamento", dice, rompiendo el silencio.

Parpadeo hacia él. "Sí."

"No te vas a mudar", dice simplemente.

Frunzo el ceño. "¿Disculpa?"

"El único lugar al que vas a ir es a mi ático", continúa, su voz tranquila pero firme. "Para que podamos criar a este bebé juntos."

"¿Qué?", logro decir, mi voz apenas por encima de un susurro.

Se encoge de hombros, como si esta fuera la solución más lógica del mundo. "¿Pensaste que te ibas de la ciudad? Eso no va a suceder. Y tu apartamento... sin ofender, Emery, pero no es suficientemente bueno."

"Adrian, no me voy a mudar a tu ático."

"Bien. Compremos un lugar", me interrumpe suavemente. "Iremos a ver casas mañana."

Antes de que pueda discutir, saca su teléfono, marcando un número. "¿Charlotte? Soy Adrian Black. Necesito ver algunas propiedades mañana. Sí. Para la madre de mi hijo y para mí. A la una."

Lo miro fijamente, aturdida en silencio mientras confirma los detalles.

"La una está bien", digo débilmente cuando me mira buscando confirmación.

Adrian sonríe con suficiencia, colgando el teléfono. "Hecho."

Me levanto bruscamente, agarrando mi bolso. "Debería irme."

"Probablemente deberías terminar de empacar", responde casualmente, reclinándose en su silla.

Lo miro con enfado, pero es débil. Mi corazón late demasiado fuerte. Necesito salir de aquí antes de hacer algo estúpido —como besarlo.

"Adiós, Adrian", digo tensamente, girándome hacia la puerta.

Su risa me sigue mientras me voy, el sonido bajo y presumido.

"Nos vemos mañana, Emery."

ADRIAN

El coche se detiene suavemente frente a la primera propiedad.

La luz de la mañana se refleja en el immaculado camino de piedra, flanqueado por árboles imponentes que crean una inmediata sensación de privacidad. La casa en sí es inmensa, como sacada de una revista de lujo.

Miro de reojo a Emery. Está callada a mi lado, su mirada fija en la extensa propiedad que tenemos delante, pero me resulta difícil concentrarme en otra cosa que no sea ella.

El vestido rosa pálido que lleva abraza cada curva de su cuerpo, la tela cayendo perfectamente sobre sus muslos mientras se acomoda en su asiento. Lo ha combinado con tacones nude, los mismos que llevaba ayer en mi oficina, y por un momento, me pregunto si sabe lo que me está haciendo.

Su largo cabello oscuro cae en ondas sueltas, enmarcando su rostro y derramándose sobre sus hombros.

Se ve fresca, hermosa —suavizada por un maquillaje mínimo que solo realza esos penetrantes ojos verdes suyos. Esos que me leen demasiado fácilmente.

"¿Lista para ver la primera?", pregunto, observándola.

Gira ligeramente la cabeza, sus labios separándose mientras exhala. Hay vacilación allí pero asiente. "Vale."

Abro mi puerta, salgo y rodeo el coche hasta su lado. Antes de que pueda siquiera moverse para agarrar la manija, la abro por ella. Me mira sorprendida, pero no dice nada mientras toma mi mano y sale del coche.

"Señor Black", la voz alegre de Charlotte nos llama mientras se acerca, sosteniendo una carpeta gruesa y su habitual deslumbrante sonrisa de agente inmobiliaria. Su coleta rubia se balancea con cada paso, y su blazer azul marino resalta contra los tonos neutros de la casa detrás de ella. "Esta

es Avenida Roble número 54. Seis dormitorios, seis baños y casi mil metros cuadrados de espacio habitable."

Le sonrío radiante a Emery. "Y tú debes ser Emery. Es un placer conocerte. Les daré el recorrido hoy."

Emery estrecha su mano educadamente, pero noto cómo se acerca más a mí sin darse cuenta. Es sutil, pero lo percibo.

Está insegura. Lo arreglaré.

"Guíanos", le digo a Charlotte, mi mano posándose suavemente en la parte baja de la espalda de Emery mientras seguimos a Charlotte hacia las imponentes puertas dobles.

La casa es innegablemente hermosa.

En el momento en que entramos, nos recibe una distribución abierta —un amplio recibidor de mármol que conduce directamente a una sala de estar bañada por el sol con techos abovedados y paredes de cristal con vista al jardín trasero.

"Es una maravilla", dice Charlotte mientras señala hacia la cocina gourmet. "Gabinets a medida, electrodomésticos de última generación y mucho espacio para recibir invitados."

Emery avanza, deslizando sus dedos por las impecables encimeras.

Está callada mientras lo asimila todo, pero cuando me mira, lo veo —el destello de algo nostálgico en sus ojos.

"Es preciosa", dice suavemente.

"No lo suficiente", respondo, manteniendo su mirada un segundo más antes de volverme hacia Charlotte. "Muéstranos la siguiente."

Charlotte parpadea, claramente sorprendida por lo rápido que he descartado la primera casa, pero se recupera con una sonrisa. "Por supuesto, señor Black. Continuemos."

La segunda propiedad está en una urbanización cerrada con exuberantes jardines y caminos serpenteantes que parecen sacados de una película.

La casa en sí es más tradicional —ladrillo blanco con contraventanas negras e hiedra trepando por las paredes frontales.

"Tiene encanto", dice Charlotte mientras entramos, donde los suelos de madera brillan bajo la luz natural que se derrama desde las ventanas extragrandes. "Cinco dormitorios, siete baños y un sótano acondicionado con sala de cine."

La casa es cálida, clásica, innegablemente hermosa.

Emery parece relajarse un poco aquí. Deambula delante de nosotros, sus tacones resonando suavemente contra los suelos mientras observa la sala principal, sus dedos rozando el suave sofá

beige dejado por la empresa de decoración.

"¿Qué opinas?", pregunto, observándola atentamente.

Inclina la cabeza, sus labios curvándose ligeramente. "Está bien."

"No suenas convencida."

Encuentra mi mirada, su expresión cautelosa de nuevo. "Es hermosa, pero no soy yo."

"Anotado", murmuro, guardando eso mientras miro hacia Charlotte. "Siguiente."

Las cejas de Charlotte se elevan, pero asiente rápidamente. "Vamos a la última propiedad. Creo que esta les encantará a ambos."

Sé que es la indicada en el momento en que subimos por el camino de entrada.

Es apartada —escondida detrás de altas puertas y anidada entre árboles maduros que se estiran hacia el cielo.

La casa en sí es una obra maestra de arquitectura moderna y elegancia discreta: piedra y cristal.

La reacción de Emery es inmediata. Se sienta más erguida en su asiento, sus ojos abriéndose mientras la contempla.

"Vaya", murmura, casi para sí misma.

Una sonrisa satisfecha tira de mis labios. Esta es la elegida.

Charlotte abre las puertas para nosotros, lanzándose a su discurso habitual. "Seis dormitorios, siete baños, diseño de concepto abierto y más de mil doscientos metros cuadrados. Hay un gimnasio, una piscina cubierta y una casa de huéspedes independiente —perfecta para familia extendida o personal."

Entramos, y la casa no decepciona.

El recibidor se abre a una grandiosa sala de estar con ventanales de dos pisos que inundan el espacio de luz.

Una chimenea elegante recorre la longitud de una pared, y una escalera de caracol se curva hacia el segundo piso como algo salido de un sueño.

Observo a Emery mientras lo asimila todo, sus labios ligeramente separados mientras se mueve por el espacio. Se detiene en la cocina, pasando su mano por la suave isla de cuarzo.

"Es impresionante", dice suavemente.

"Es nuestra", respondo.

Levanta la cabeza bruscamente, sobresaltada. "¿Qué?"

Me acerco, bajando la voz. "Te encanta esta. Puedo verlo."

"Adrian, esto está sucediendo demasiado rápido", dice, aunque no hay fuerza en sus palabras.

"Lo sé", admito, alcanzando su mano y entrelazando mis dedos con los suyos. "Pero no me importa. Quiero cuidar de ti, Emery. Tú y nuestro bebé merecen lo mejor."

Traga con dificultad, sus ojos verdes buscando los míos. "No sé..."

"Deja de luchar contra mí", murmuro, mi otra mano deslizándose a su cintura. "No me voy a ninguna parte, y tú tampoco. Hagamos que esto funcione —por nuestro hijo."

Su respiración se entrecorta cuando me inclino, mis labios rozando suavemente los suyos. No se aparta. En cambio, suspira contra mi boca, su cuerpo suavizándose mientras profundizo el beso.

Sabe dulce, como menta, y cuando deslizo mi mano más abajo —por su cadera, luego entre sus piernas— su respiración se corta.

"Adrian", susurra, pero no hay protesta en su voz, solo necesidad.

Mis dedos la acarician, sintiendo lo húmeda y lista que está para mí, y me aparto solo lo suficiente para sonreír contra sus labios. "Ático", murmuro. "Déjame cuidarte esta noche."

Me mira por un largo momento, su pecho subiendo y bajando rápidamente. Finalmente, exhala temblorosamente. "De acuerdo."

Un gruñido satisfecho retumba bajo en mi pecho, pero antes de que pueda besarla de nuevo, Charlotte se aclara la garganta, devolviéndonos a ambos a la realidad. "Les daré un momento para discutirlo." Su voz es ligera y profesional, pero hay un destello de diversión en sus ojos mientras retrocede hacia el vestíbulo para darnos espacio.

Emery se sobresalta ligeramente, las mejillas sonrojadas mientras se coloca un mechón suelto detrás de la oreja. Río suavemente, observándola intentar recomponerse.

"Parece que esta es la elegida", murmuro, alcanzando el bolsillo de mi abrigo y sacando mi teléfono.

"¿Qué estás haciendo?", pregunta, frunciendo ligeramente el ceño mientras lo desbloqueo.

"Asegurando esta casa."

Sus ojos verdes se agrandan mientras hago una llamada. "Espera... ¿ahora mismo?"

"Ahora mismo."

El teléfono suena una vez antes de que una voz femenina conteste. "Soy Laurel Peters, señor Black. ¿En qué puedo ayudarle hoy?"

"Laurel", digo suavemente, "necesito que empieces a trabajar en una nueva propiedad inmediatamente. Nos quedamos con la casa de Avenida Pino Ridge 1538. La quiero amueblada y lista en una semana."

Hay una breve pausa antes de que Laurel responda, su tono firme y eficiente. "Por supuesto, señor Black. Organizaré a mi equipo. ¿Tiene algún estilo o petición específica para los

interiores?"

Miro a Emery, entregándole el teléfono. "Dile lo que quieres. Muebles, colores, cualquier cosa."

Mira el teléfono como si pudiera morderla. "¿Qué?"

"Tómalo", la insto suavemente.

Vacilante, toma el teléfono, llevandoselo al oído. "Em, hola... ¿Laurel? Sí, soy Emery. Yo... eh, me gustaría algo suave, tonos neutros. Mucha luz, y..." Su voz se apaga mientras se muerde el labio inferior, pensando. "Tal vez algunas texturas cálidas. Acogedor, pero aún elegante. Me gustaría mucho un espacio que se sienta... hogareño."

La observo atentamente mientras habla, la forma en que su rostro se suaviza y sus cejas se juntan en concentración.

No se da cuenta de que está compartiendo partes de sí misma —partes que estoy memorizando.

Después de un minuto, me devuelve el teléfono. "Dice que es factible", murmura, su tono levemente incrédulo.

"Bien", respondo al teléfono. "Laurel, envíame los diseños finales al final del día. El dinero no es problema —solo hazlo perfecto."

"Sí, señor Black. Empezaré inmediatamente", dice Laurel antes de colgar.

Deslizo el teléfono de vuelta a mi bolsillo, dirigiendo toda mi atención a Emery. Me está mirando, sus ojos verdes abiertos con algo entre asombro y exasperación.

"¿Qué?", pregunto, sonriendo con suficiencia.

"Eres increíble", murmura, cruzando los brazos. "¿Compras casas como la mayoría de la gente compra zapatos?"

"Solo las que valen la pena."

Pone los ojos en blanco, pero veo la leve sonrisa tirando de sus labios. "¿Cuánto cuesta esta casa de todos modos?"

"Quince millones", respondo casualmente.

Su mandíbula cae. "¿Quince millones?"

Sonrío, disfrutando demasiado de su reacción. "Vale cada centavo."

Sacude la cabeza. "Dios mío. Voy a tener que acostumbrarme a esto."

Río mientras me inclino para besar su mejilla. "Vámonos de aquí, Em."

El viaje de regreso al ático de Adrian transcurre en silencio.

El peso de sus palabras —sus acciones— flota sobre mí. Compró una casa. Una casa *de quince millones de dólares*. Así sin más, sin dudarlo. Para mí. Para nosotros.

No logro procesarlo.

Mientras el coche se desliza suavemente por las calles, lo miro de reojo.

Está tranquilo, relajado, con la atención puesta en su teléfono mientras su otra mano descansa sobre su muslo. Pero hay algo en él —algo de lo que no puedo apartar la mirada.

Nos detenemos frente a su edificio, y el recuerdo de la primera vez que estuve aquí me golpea con fuerza.

Aquella primera noche —donde todo se desmoronó. Mi piel se eriza con el mismo escalofrío que sentí entonces, la misma anticipación.

Abre mi puerta y extiende una mano para ayudarme a salir, sus dedos cálidos y firmes alrededor de los míos. "Vamos", dice suavemente, guiándome hacia dentro.

El ático no ha cambiado. La elegancia depurada, los ventanales enormes enmarcando el horizonte —todo sigue igual. Pero el momento se siente diferente.

Entro en la sala de estar, mis tacones resonando suavemente contra los suelos de madera.

Él se quita el abrigo y lo lanza sobre una silla antes de dirigirse al bar en la esquina. Sirve dos vasos de agua y me entrega uno.

"Parece que necesitas esto", murmura, su voz baja mientras me observa.

Tomo el vaso, mis dedos temblando ligeramente al rozar los suyos. "¿Crees que sabes lo que necesito?"

Inclina la cabeza, esbozando una sonrisa ladina. "¿Acaso no lo sé?"

Desvío la mirada, bebiendo el agua mientras intento calmar mis pensamientos acelerados.

Él se acerca, y lo siento antes de verlo. El tenue aroma de su colonia me envuelve—oscuro, limpio y tan suyo.

"Emery," dice suavemente, sus dedos rozando mi barbilla mientras inclina mi rostro para encontrar su mirada. "Hay algo que he querido hacer desde que te vi con ese vestido esta mañana."

Toma la copa de mi mano, dejándola a un lado antes de guiarme hacia el sofá.

No me resisto—no cuando su toque enciende cada nervio de mi cuerpo, no cuando puedo sentir las palabras no dichas flotando entre nosotros.

Me acomoda suavemente sobre los cojines, y luego se arrodilla frente a mí, sus manos deslizándose por mis muslos para separarlos.

Tiemblo, mi respiración se detiene cuando empuja la tela de mi vestido hacia arriba, sus movimientos lentos y deliberados.

"Adrian..."

"Relájate," murmura, presionando un suave beso en el interior de mi rodilla. "Déjame cuidarte."

Tiemblo mientras sus labios suben lentamente, dejando un rastro cálido sobre mi piel. Para cuando presiona un beso sobre el encaje de mis bragas, ya estoy deseándolo, la anticipación casi insoportable.

Desliza sus dedos bajo la tela, quitándomela de una sola vez, con movimientos fluidos.

"Eres hermosa, Emery," susurra, su voz como terciopelo mientras besa la piel sensible en la parte superior de mi muslo. "Extrañaba esto. Te extrañaba a ti."

No puedo responder—no cuando baja la cabeza y posa su boca sobre mí, su lengua rozando suavemente mi clítoris.

Mi cuerpo se sacude al contacto, mis manos aferrándose al respaldo del sofá mientras me arqueo instintivamente.

Él gime contra mí, sus manos manteniéndome firme en mi lugar mientras me devora.

No hay crueldad en su toque esta vez—ni burlas ni juegos de poder. Solo placer lento y tortuoso.

"Sabes tan dulce," murmura, su lengua dibujando círculos, provocándome. "Podría pasarme toda la noche aquí."

Un suave gemido escapa de mí, y lo siento sonreír contra mi piel, sus movimientos volviéndose más intencionados. Su lengua acaricia, luego presiona, construyéndome con una precisión que me deja sin aliento.

"Oh, Dios mío..." jadeo, mi voz quebrándose.

"Te tengo," dice suavemente, deslizándolo un dedo dentro de mí, curvándolo justo en el punto perfecto mientras su boca continúa su labor.

La combinación me deshace. Mis piernas se tensan alrededor de él mientras me rompo, el placer cegándome al estallar sobre mí. Mis gemidos resuenan en la habitación silenciosa, mi cuerpo temblando bajo su toque.

No se detiene. Sigue acariciándome, extrayendo hasta el último vestigio de placer de mí.

Cuando finalmente se aparta, sus labios brillan, su mirada oscura y ardiente mientras me observa.

"Extrañaba verte así," murmura, presionando un beso en mi muslo tembloroso. "Sonrojada, sin aliento, completamente mía."

Ni siquiera logro recuperar el aliento antes de que se mueva, colocándose sobre mí, sus manos enmarcando mi rostro mientras presiona sus labios suavemente contra los míos. Me saboreo en su lengua, y algo en eso provoca otra oleada de calor en mi interior.

"Te extrañé, Emery," susurra contra mi boca, su voz cruda. "Cada centímetro de ti."

Lo alcanzo, quitándole la camisa de un solo tirón. Él me ayuda, lanzándola a un lado antes de presionar su pecho desnudo contra el mío.

El calor de su piel es casi demasiado, y sin embargo, no es suficiente.

"Adrian," susurro, envolviendo mis brazos alrededor de él.

Él gime al posicionarse, su miembro presionando contra mi entrada.

No me provoca, no espera—me llena lentamente, centímetro a centímetro, hasta entrar por completo.

Jadeo, mis uñas clavándose en sus hombros mientras lo siento profundamente, su frente apoyándose en la mía.

"Te sientes tan bien," murmura, su voz cargada de emoción mientras comienza a moverse. Sus embestidas son lentas y profundas, cada una deliberada, cada una enviando oleadas de placer a través de mí.

No hay rabia en esto—no hay aristas, no hay lucha. Solo él. Solo nosotros.

"Eres perfecta," susurra, dejando besos a lo largo de mi mandíbula. "Tan hermosa. Tan mía."

Me aferro a él, lágrimas llenando mis ojos por la ternura en su voz. Se mueve más rápido ahora, su respiración entrecortada, y yo lo sigo, movimiento tras movimiento, perdiéndome por completo en él.

Cuando llego al clímax de nuevo, es con su nombre en mis labios, mi cuerpo arqueándose bajo el suyo mientras el placer me consume.

Él me sigue con un gemido bajo, sus movimientos titubeando mientras encuentra su propia liberación.

No se aparta de inmediato. En lugar de eso, me sostiene, su cuerpo presionado contra el mío, su respiración calmándose mientras presiona un beso en mi frente.

Por un momento, ninguno de los dos habla. Los únicos sonidos son el ritmo constante de nuestras respiraciones y el suave murmullo de la ciudad más allá del cristal.

"Adrian," susurro finalmente.

Él levanta la cabeza, su mirada encontrando la mía, buscando.

"¿Qué pasa?"

"Esto..." titubeo, mi pecho apretándose mientras las palabras se me atascan en la garganta.

"¿Qué estamos haciendo?"

Su expresión se suaviza, su pulgar trazando una línea delicada por mi mejilla.

"Estamos haciendo lo que se siente bien."

Trago con fuerza, mis ojos cerrándose porque, en el fondo, sé que está diciendo la verdad.

EMERY

El sol de la tarde se cuela por los grandes ventanales, derramando luz dorada sobre los suelos de mármol y los muebles color crema.

Coloco lo último de los aperitivos —una tabla de embutidos con carnes, quesos, uvas y galletas saladas cuidadosamente dispuestas— y echo un vistazo a la amplia sala de estar.

Todavía me parece irreal vivir aquí. El espacio es elegante pero no frío, lujoso pero acogedor.

El timbre suena, sacándome de mis pensamientos. Me apresuro hacia la puerta, mis pies descalzos rozando suavemente los suelos pulidos. Abro para encontrar a Claire allí de pie, su boca ya abierta por la sorpresa.

"¡Dios mío, Emery!", exclama, entrando y mirando alrededor con ojos como platos. "Todavía no puedo creer que vivas aquí. Es como si hubiera entrado en una revista de decoración."

Río suavemente, cerrando la puerta tras ella. "Lo sé. Todavía se siente como un sueño."

Claire gira lentamente, absorbiéndolo todo. Los techos altos, el sofá seccional mullido, la enorme isla de la cocina que fácilmente podría acomodar a diez personas. "Nena, necesito que me pellizques. Siento que estoy alucinando. ¿Quién vive así?"

"Bueno... aparentemente yo ahora", digo, conteniendo una sonrisa mientras la guío hacia la cocina.

Silba por lo bajo, dejando su bolso sobre la encimera. "Mírate, viviendo el sueño. ¡Y esta cocina!" Prácticamente acaricia las encimeras de mármol. "Pasaste de sudaderas y fideos instantáneos a esto."

"Gracias por el recordatorio", digo con ironía, agarrando la botella de champán y haciendo saltar el corcho. Sirvo una copa para ella y agua para mí.

Claire arquea una ceja. "¿No hay champán para ti?"

Me toco el vientre suavemente. "Sigo embarazada, Claire."

"Ah, cierto", dice, sacudiendo la cabeza. "Honestamente, con lo guapa que estás ahora, se me había olvidado. Estás radiante, chica."

Pongo los ojos en blanco, aunque una sonrisa tira de mis labios. "Siéntate. Vamos a comer."

Claire me sigue hasta la sala, dejándose caer en el sofá mientras coloco la tabla de aperitivos y su champán en la mesa de centro. Me hundo en el asiento junto a ella, recogiendo mis pies bajo mi cuerpo.

Se mete una uva en la boca, estudiándome detenidamente. "Vale, cuéntame. ¿Cómo ha sido la vida? Estás en esta casa preciosa, estás radiante, y no me has llamado en una eternidad. ¿Qué está pasando?"

Exhalo, pasándome las manos por el pelo. "Ha sido... realmente bueno. Mejor de lo que esperaba, honestamente."

Las cejas de Claire se disparan hacia arriba. "¿Mejor? ¿Quieres decir que el señor Black no te ha vuelto loca todavía?"

No puedo evitar sonreír. "No es lo que pensaba que era. Para nada." Hago una pausa, tratando de encontrar las palabras. "Todo ha sido fácil con él, Claire. Se está ocupando de todo —de mí, del bebé, de esta casa... Es como si estuviera decidido a hacer mi vida mejor. Y, no sé —soy feliz."

Sus ojos se agrandan. "¿Tú? ¿Feliz? ¿Hablas en serio?"

Asiento, una calidez extendiéndose por mi cuerpo ante la realización. "Lo amo, Claire."

La boca de Claire se abre de golpe. "¿Qué? Repite eso que no me he enterado bien."

Río, sacudiendo la cabeza. "Me has oído perfectamente. Lo amo. No esperaba hacerlo, y desde luego no quería al principio, pero aquí estamos. Es... todo lo que no sabía que necesitaba."

Toma un sorbo de su champán, sonriendo. "Vaya. Quién iba a decir que mi amiga Emery se enamoraría de un multimillonario."

Le lanzo una mirada. "No empieces."

Levanta las manos en señal de rendición. "Vale, vale. Pero no puedes culparme por estar en shock."

Me recuesto contra el sofá, suspirando. "Ha sido mucho para asimilar, pero no me quejo. Salió mejor de lo que pensaba."

Claire asiente pensativa, alcanzando un trozo de queso. "¿Y tu madre? ¿Lo sabe?"

La sonrisa se desvanece de mi rostro. "No exactamente."

Parpadea. "Espera. ¿Qué quieres decir con no exactamente?"

"Le dije que no me iba a mudar con ella", admito lentamente, jugueteando con el dobladillo de mi vestido. "Le dije que encontré otro lugar, pero no le conté sobre Adrian. Ni sobre la casa. No

le he contado todo todavía."

Claire deja su copa, su expresión suavizándose. "¿Cómo se lo tomó?"

"Estaba aliviada, honestamente. No quiere criar a un recién nacido aunque nunca lo admitiría. Pero necesito contarle todo. Planeo que venga esta noche."

Las cejas de Claire se fruncen. "Le va a encantar esta casa cuando la vea. ¿Le vas a contar sobre... lo de tu padre?"

Asiento, tragando con dificultad. "Sí. Se merece saberlo. Todavía piensa que mi padre era el hombre que yo creía —honesto y trabajador. Pero las cosas que Adrian me mostró..." Me detengo, mirando mis manos. "Es difícil aceptar que no era perfecto. Que cometió errores. Pero tengo que enfrentarlo. Ella también."

Claire se acerca, apretando mi brazo suavemente. "Eso es duro, Em. Pero eres fuerte. Lo superarás."

Sonrío levemente. "Gracias, Claire."

Se recuesta contra el sofá, estudiándome de nuevo. "Entonces, ¿lo que me estás diciendo es que... los hombres ricos no son tan malvados después de todo?"

"Ay, por Dios, cállate", digo, riendo.

Claire suelta una carcajada, levantando su copa. "Por Emery Sullivan, viviendo su mejor vida."

"Por Claire", respondo, sonriendo. "La mejor amiga que me mantiene cuerda."

Me guiña un ojo, luego mira su reloj. "Bueno, tengo que irme. El bar me espera."

Gimo dramáticamente. "¿Ya te vas?"

"Algunas todavía tenemos que trabajar para vivir", bromea, levantándose y agarrando su bolso. "¿No te alegras de ya no trabajar para Mike?"

"Más de lo que crees", digo con una risa, poniéndome de pie para abrazarla. "No lo echo de menos para nada."

Me abraza fuerte, luego se aparta. "Llámame si necesitas algo, ¿vale?"

"Lo haré. Lo prometo."

Con una última sonrisa, sale por la puerta, dejándome sola en la casa silenciosa. Recojo los platos y me dirijo a la cocina, tarareando suavemente mientras empiezo a preparar la cena.



El sonido de la puerta principal al abrirse me saca de mis pensamientos. Levanto la vista de los platos que estoy sirviendo justo cuando Adrian entra, llenando la habitación con su presencia

como siempre lo hace. Deja las llaves sobre la encimera, aflojándose la corbata mientras su mirada se posa en mí.

“Te extrañé todo el día, amor,” dice, acercándose a mí.

Sonrío, sintiendo cómo mi corazón se acelera. “Yo también te extrañé.”

Me envuelve en sus brazos desde atrás, presionando un suave beso en mi cuello. “La cena huele increíble.”

“Ya casi está lista,” murmuro.

Me gira en sus brazos, mirándome con esa intensidad que siempre me hace temblar las rodillas.

“Tengo algo para ti.”

“¿Qué?” pregunto, curiosa.

Busca en su bolsillo y saca una pequeña caja negra. “Aquí.”

Me quedo mirándolo, el aire atrapado en mis pulmones mientras abre la caja para revelar un collar de diamantes—simple, elegante y absolutamente hermoso.

“Adrian...” susurro, sin palabras.

“Pensé que sería perfecto para ti,” dice suavemente, sacándolo de la caja y colocándolo alrededor de mi cuello.

Toco los fríos diamantes, sintiendo mi corazón llenarse. “Gracias. Es precioso.”

“Tú eres preciosa,” murmura, inclinándose para besarme. El beso comienza suave, pero rápidamente se profundiza, sus manos deslizándose hasta mis caderas y acercándose más a él.

Adrian se separa del beso, apoyando su frente contra la mía mientras sus manos permanecen posesivas en mi cintura. Por un momento, me mira con esa expresión que siempre acelera mi corazón—suave pero intensa, como si yo fuera lo único en el mundo que importa.

“Voy a trabajar un poco en la oficina antes de que llegue tu mamá,” dice en voz baja, presionando un último beso en mi sien. El calor de sus labios permanece conmigo incluso cuando se aleja.

“Está bien,” respondo suavemente, mirándolo con una sonrisa leve.

Afloja el resto de su corbata mientras camina hacia el pasillo, cada movimiento deliberado, confiado y tan inherentemente suyo.

La imagen de él—sus hombros anchos, brazos fuertes, la manera en que su camisa se ajusta a su pecho—hace que algo dentro de mí vibre de aprecio. Cuando desaparece en su oficina, dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Mi mano se eleva instintivamente, mis dedos rozando el collar que me dio. La superficie lisa está fría contra mi piel, pero me calienta, como una promesa silenciosa.

Me encanta.

Termino de servir la comida, asegurándome de que todo esté perfecto—platos impecables, servilletas cuidadosamente dobladas y flores frescas en un jarrón de vidrio en el centro de la mesa. Me enorgullezco de esos pequeños detalles, pero no importa cuánto me concentre, mis pensamientos siempre regresan a él.

Adrian ha estado tan ocupado últimamente. Trabajando largas horas, encorvado sobre su escritorio o caminando de un lado a otro mientras habla con clientes. Puedo ver el peso que lleva, y esta noche, quiero hacer algo al respecto.

Secándome las manos con una toalla, echo un vistazo hacia el pasillo. Silenciosamente, me dirijo a su oficina. La puerta está entreabierta lo suficiente para verlo.

Adrian está sentado en su escritorio, las mangas de su camisa arremangadas, la corbata que se quitó colgada descuidadamente en el respaldo de su silla. Sus dedos flotan sobre el teclado, sus cejas oscuras fruncidas en concentración mientras mira la pantalla.

Incluso así—serio, concentrado—se ve tan bien. Demasiado bien.

“Pareces que necesitas un descanso,” murmuro, mi voz suave al entrar.

Levanta la vista, la sorpresa cruza su rostro antes de que sus facciones se suavicen. “¿Un descanso, eh?”

Me acerco por detrás, mis manos asentándose en sus anchos hombros. Su cuerpo está tenso, los nudos evidentes bajo mis dedos. Presiono mis pulgares en el músculo firme, arrancándole un gemido bajo y sin reservas.

“Eso se siente bien,” murmura, inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás, dándome justo el acceso suficiente para deslizar mis manos por la columna de su cuello. Su piel está cálida bajo mi toque.

“Trabajas demasiado,” bromeo, dejando que mis dedos presionen con más fuerza, deshaciendo la tensión de su cuerpo.

Sus ojos se cierran, y aprovecho el momento para deslizar mis manos más abajo, siguiendo las líneas de su pecho antes de dejarlas descansar en los brazos de su silla. “Sabes exactamente lo que necesito, ¿no?” murmura, su voz ronca y baja.

Sonrío, girando lentamente la silla para enfrentarlo. La mirada oscura de Adrian se clava en la mía mientras me muevo con facilidad entre sus rodillas, mis dedos jugando con el botón superior de su camisa, desabrochándolo hasta que las líneas fuertes de su garganta quedan al descubierto.

“Tal vez sí,” respondo, mi voz baja.

Su respiración cambia mientras recorro con mis manos su pecho, mis dedos rozando los duros músculos bajo su camisa. Me inclino hacia adelante, presionando un beso en su mandíbula, antes de dejar que mis manos bajen más, siguiendo la firmeza de sus muslos. Me observa, su mirada volviéndose más oscura, más aguda—algo que hace que mi estómago se retuerza de anticipación.

“Emery...” murmura, el sonido a medio camino entre una advertencia y una súplica.

No respondo. En su lugar, me dejo caer lentamente de rodillas mientras deslizo mis palmas por sus muslos, separándolos lo justo para acomodarme cómodamente entre ellos. Su cuerpo se queda inmóvil, salvo por el marcado subir y bajar de su pecho. Su erección tensa la tela de sus pantalones, gruesa y dura, y mis dedos se mueven instintivamente para desabrochar su cinturón. Adrian respira hondo, sus nudillos poniéndose blancos mientras agarra los brazos de la silla. “No tenemos tiempo. Tu mamá estará—”

“Tenemos tiempo de sobra,” susurro, interrumpiéndolo suavemente. Desabrocho el botón y bajo el cierre con una lentitud deliberada, mi mirada nunca alejándose de su rostro.

Su erección queda libre cuando empujo la tela de sus pantalones y calzoncillos hacia abajo, y no puedo evitar admirarlo—duro, grueso y ya brillante en la punta. Se me hace agua la boca al verlo, y levanto la mirada hacia él, dejando que mis labios se curven en una suave sonrisa.

“Relájate,” murmuro, mi voz apenas un susurro antes de inclinarme hacia adelante.

Su gemido es gutural en el momento en que mi lengua roza la cabeza hinchada de su miembro. Saboreo su sabor, girando mi lengua provocadoramente antes de tomarlo más profundo. La cabeza de Adrian cae hacia atrás contra la silla con un gemido bajo y quebrado, su mano deslizándose en mi cabello, sus dedos enredándose mientras me guía con suavidad.

Ahueco mis mejillas, tomándolo con lentitud, dejando que mi lengua trace la vena que late bajo su eje. Sus caderas se mueven, empujando suavemente hacia mi boca mientras encuentro un ritmo, mis labios estirándose alrededor de él mientras lo tomo más profundo con cada pasada.

“Joder, Emery,” gruñe, su voz ronca mientras su pecho sube y baja descontroladamente. Su erección palpita en mi lengua, endureciéndose aún más a medida que me muevo.

Cuando retrocedo un poco, su miembro se desliza libre, y bajo el escote de mi vestido, liberando mis pechos. Los presiono juntos, deslizándolo entre las suaves y cálidas curvas, y comienzo a moverme—lento, con movimientos deliberados que sé que lo enloquecen.

“Tus pechos son tan suaves y perfectos,” gime.

Una sonrisa traviesa se forma en mis labios. Presiono mis pechos con más fuerza alrededor de su dureza, moviéndome más rápido, desesperada por sentirlo palpar contra mí. Entonces, inclino

mi cabeza, dejando que mi lengua roce la punta ya brillante mientras se desliza entre ellos.

Su respiración se entrecorta, un gemido bajo escapa de su pecho mientras sus caderas se sacuden hacia arriba, incapaz de resistir la sensación. Su mano se eleva, su pulgar trazando suavemente la curva de mis labios, su toque suave pero posesivo. Su mirada es pesada y oscura, clavada en mí con un hambre cruda que acelera mi pulso.

Paso mi lengua de forma provocadora por su pulgar mientras continúo mis lentos y deliberados movimientos, saboreando la manera en que gime con cada respiración.

“Emery...” gime, casi desesperado.

Sin decir una palabra más, lo tomo de nuevo en mi boca, moviéndome más rápido ahora—succionando, provocando, dejándolo sentir cada centímetro de mi lengua y el calor de mi boca. Su cuerpo está tenso, temblando mientras lo llevo más cerca del borde.

“Así, justo así, cariño. Voy a correrme en esa boquita tan hermosa,” gruñe, su voz áspera. “No te detengas. Eres tan condenadamente buena.”

No me detengo. Lo tomo más profundo, más fuerte, hasta que su respiración se rompe en jadeos irregulares y su mano se aferra a mi cabello con fuerza desesperada. Maldice suavemente, su cuerpo se tensa por completo mientras finalmente se deja ir. Su liberación llega al fondo de mi garganta en pulsos calientes, y trago cada gota, quedándome un momento más mientras lo limpio con mi lengua.

En ese momento exacto, suena el timbre, rompiendo el silencio. Me aparto, sentándome sobre mis talones con una suave risa mientras limpio la comisura de mis labios. “Es hora del show,” murmuro, levantándome con gracia.

Adrian me mira, todavía sin aliento, sus ojos azules fijos en los míos mientras se acomoda. “Vas a ser mi muerte,” murmura, su voz ronca.

Me inclino, rozando mis labios contra los suyos. “Y aun así, no lo tendrías de otra manera.”

Antes de que pueda responder, aliso mi vestido, lo acomodo en su lugar, doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta.

Cuando abro la puerta, mi madre está en el umbral, su abrigo ceñido alrededor de sus hombros y una mirada vacilante en sus ojos.

No dice nada al principio. Solo me mira —realmente me mira— antes de entrar y rodearme con sus brazos.

"Ay, mi amor", murmura. "Te ves bien."

Me aparto. "Me alegro de verte, mamá. Pasa."

Entra, su mirada recorriendo los techos altos y las lámparas elegantes. El sol se está poniendo, derramando luz dorada a través del grandioso recibidor y los suelos relucientes. La veo tragar con fuerza, asimilándolo todo.

"Así que es verdad", dice suavemente. "Estás aquí. Con él."

La guío hacia el interior, ofreciéndole una pequeña sonrisa temblorosa. "Déjame mostrarte la casa."

El recorrido es silencioso, mi madre caminando detrás de mí mientras la llevo por la espaciosa sala con sus mullidos sofás color crema y el comedor formal que parece sacado de una revista. Se detiene en la cocina, donde el aroma de la cena flota en el aire. Sus dedos rozan las encimeras de mármol, y arquea una ceja.

"He visto fotos de casas así", dice, su voz suave, "pero es otra cosa estar en una."

"Es mucho", admito, riendo nerviosamente. "Ven, tengo algo que mostrarte."

Su ceño se frunce mientras tomo su mano y la llevo a un pasillo lateral. Me detengo frente a unas puertas dobles, abriéndolas para revelar mi despacho.

El espacio es impresionante —una de las habitaciones más hermosas de la casa. Ventanales del suelo al techo dejan entrar abundante luz natural, con vista al ondulante césped verde y la brillante piscina.

Un escritorio con superficie de cristal descansa en el centro, rodeado por estanterías empotradas pintadas en un suave tono crema. Adrian lo hizo diseñar especialmente para mí. Mi despacho. Mi sueño.

Sus ojos se agrandan mientras lo absorbe todo. "Emery... esto es precioso."

Sonrío, el orgullo hinchando mi pecho mientras la guío hacia el escritorio. "Adrian lo hizo hacer para mí. Le dije que quiero volver al periodismo después de que nazca el bebé. Aquí es donde volveré a escribir."

Su expresión se suaviza, un destello de algo parecido al orgullo en sus ojos. "Esa es mi niña."

"Mamá, hay algo más." Trago con dificultad, alcanzando el cajón del escritorio y sacando una carpeta gruesa. "Siéntate."

Duda pero se sienta en una de las suaves sillas de cuero, observándome con atención. Coloco la carpeta frente a ella.

"¿Qué es esto?"

"Algo que necesitas ver."

Me siento frente a ella, mi corazón latiendo con fuerza mientras abre la carpeta. Sus ojos recorren los documentos, la confusión arrugando su ceño antes de que llegue la comprensión. Observo cómo cambia su expresión —conmoción, dolor, entendimiento— mientras pasa las páginas.

"Estos son..." Se detiene, sacudiendo ligeramente la cabeza mientras me mira.

"Adrian me mostró todo", explico suavemente. "No fue su culpa que perdiéramos la empresa. Papá tenía deudas. Las estaba ocultando. Vaciando pensiones y moviendo dinero ilegalmente. Si Adrian no hubiera comprado Terra Pack, las cosas podrían haber sido aún peores."

Mi madre mira los papeles de nuevo, sus manos temblando levemente. "Yo... no sé qué decir."

"Yo tampoco quería creerlo", admito, mi voz quebrándose. "Quería culpar a alguien. Pero la verdad es que papá no era perfecto."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos mientras cierra lentamente la carpeta, su mirada distante.

"Tu padre... era un buen hombre en muchos aspectos. Pero ahora veo que había grietas. Lo entiendo. Ojalá lo hubiera sabido..."

Me mira, alcanzando mi mano. "Gracias por mostrarme esto. Por contármelo."

Aprieto su mano con fuerza. "Adrian no es el malo, mamá. Ha sido... ha sido bueno conmigo."

Su expresión se suaviza, y veo un destello de aceptación allí. "Solo quiero que seas feliz, Emery. Y si él te hace feliz, eso es lo único que importa."

El alivio me inunda, y logro esbozar una pequeña sonrisa. "Lo hace."

Asiente, limpiándose una lágrima de la mejilla. "Bueno, entonces... vamos a comer esta cena que has preparado. Huele maravilloso."

Nos sentamos a la mesa del comedor unos minutos después, la comida dispuesta frente a nosotras —salmón a la plancha con salsa de mantequilla al limón, espárragos asados y risotto al parmesano con ajo. Sirvo agua para ambas mientras mi madre prueba el primer bocado.

"Esto está increíble, Emery", dice, la sorpresa coloreando su voz. "¿Cuándo aprendiste a cocinar así?"

Sonrío. "He estado practicando."

El sonido de pasos nos hace levantar la mirada cuando Adrian entra en la habitación. Tiene las mangas arremangadas hasta los antebrazos. Se detiene junto a la mesa, su mirada alternando entre mi madre y yo.

"Buenas noches, señora Sullivan", dice con suavidad, ofreciendo una sonrisa educada.

"Adrian", responde mi madre, con un toque de rigidez en su voz, aunque se suaviza rápidamente. Él se inclina para besar mi mejilla antes de sentarse a mi lado. "La cena huele increíble."

"Lo está", dice mi madre, pinchando un espárrago. "Emery cocina como una chef."

"Es verdad", coincide Adrian, su mirada cálida mientras se demora en mí. "Soy un hombre afortunado."

Me sonrojo ligeramente mientras tomo otro bocado.

Nos sumergimos en una conversación fluida, la tensión disminuyendo conforme avanza la cena.

Mi madre me sorprende preguntándole a Adrian sobre su trabajo, y él le responde con una sorprendente franqueza —explicando lo que hace su empresa, los proyectos en los que está trabajando, e incluso un poco sobre sus planes para el futuro.

"¿Han empezado a pensar en nombres para el bebé?", pregunta mi madre después de un rato, su tono más ligero.

Adrian se recuesta ligeramente, su brazo descansando sobre el respaldo de mi silla. "Hemos hablado un poco de ello", admite. "Pero nada está decidido todavía."

"¿Qué creen que va a ser?", insiste mi madre, una sonrisa tirando de sus labios.

"Una niña", dice Adrian con confianza, mirándome. "Estoy seguro."

"¿Y si es un niño?", pregunta mi madre.

Adrian se encoge de hombros, sonriendo. "Entonces tendré un hijo al que mimar."

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro. "De cualquier manera, la habitación del bebé va a ser perfecta. Estamos pensando en colores suaves —cremas y verdes claros."

Mi madre asiente con aprobación. "Será precioso."

Mientras la cena termina, miro entre Adrian y mi madre.

Esto es lo que quería. Familia. Paz.

Adrian me mira, y su mirada se suaviza. Por un momento, somos solo nosotros en la habitación, el peso de todo lo no dicho pasando entre nosotros.

Después de la cena, Adrian me ayuda a recoger la mesa mientras mi madre descansa en el sofá. Estoy enjuagando los platos cuando siento sus brazos rodearme por detrás, su barbilla descansando en mi hombro.

"Eres increíble", murmura, presionando un beso en mi cuello.

Me recuesto contra él, cerrando los ojos. "Gracias —por todo."

"No tienes que agradecerme", responde suavemente. "Esta es nuestra vida ahora. Nuestra familia."

Sonrío, una calidez extendiéndose por mi cuerpo. Por primera vez en mucho tiempo, siento que todo está exactamente donde debe estar.

ADRIAN

Epílogo

La luz de la tarde se derrama en la habitación del bebé, bañando la estancia en una suave luz dorada.

Me siento en la mecedora extragrande, acunando a mi hija contra mi pecho. Es tan pequeña, su respiración cálida y constante mientras duerme, sus oscuras pestañas extendidas sobre sus mejillas. Sus diminutos dedos están aferrados a mi camisa como si supiera exactamente dónde pertenece.

Nunca pensé que tendría esto —a ella. O a Emery.

La habitación es preciosa —blanca y rosa pálido, suave y luminosa con alfombras mullidas y muebles delicados que Emery eligió con cuidado. Mi parte favorita es la frase enmarcada sobre la cuna: "Donde hay amor, hay vida."

Está muy lejos del frío y vacío ático donde solía recorrer los suelos, rodeado de todo lo que poseía pero nada que realmente me importara.

Ahora, todo lo que amo cabe en mis brazos.

Un suave sonido llama mi atención hacia la puerta, y levanto la mirada para ver a Emery apoyada en el marco, una leve sonrisa en sus labios. Lleva puesta una de mis camisetas, su cabello cayendo en ondas despeinadas alrededor de su rostro, y nos mira como si fuéramos lo más precioso del mundo.

"Hola", dice suavemente. "Te vas a pasar todo el día mirándola, ¿eh?"

Sonrío, mi mirada volviendo hacia la bebé mientras beso la parte superior de su cabeza. "¿Me culpas?"

Emery ríe quedamente, cruzando la habitación para arrodillarse junto a la mecedora. Apoya su barbilla en mi rodilla, mirándome con esos ojos verdes que aún me desarman cada vez. "¿En qué

piensas?"

"En lo perfecta que es", admito, mi voz baja. Miro de nuevo a nuestra hija. "Y en cómo no sabía que podía amar tanto a alguien."

La expresión de Emery se suaviza, sus dedos acariciando la diminuta mano de nuestra hija. "Yo tampoco lo sabía", susurra.

"Su nombre le queda perfecto", murmuro, inclinando la cabeza para observar a la bebé dormida en mis brazos. "Kara."

Emery sonríe, su voz apenas un susurro. "Kara Isabelle Black. Fuerte y dulce."

"Tendrá todo lo que necesite", prometo suavemente, rozando con mi pulgar la delicada mejilla de Kara. "Y siempre sabrá que es amada."

Emery me observa por un momento, algo hermoso cruzando por su rostro. "Vas a ser un padre increíble", dice quedamente.

La miro, mi pecho apretándose. "Y tú ya eres una madre increíble."

Sus mejillas se sonrojan mientras baja la mirada, pero levanto suavemente su barbilla, sosteniendo su mirada. "Te amo, Emery."

Su sonrisa me deja sin aliento. "Yo también te amo, Adrian."

Me inclino, presionando mis labios contra los suyos, lento y prolongado.

No es apresurado ni desesperado —está lleno de todo lo que siento. Cuando me aparto, sus ojos brillan, y acaricio su mejilla con el pulgar.

"Creamos algo hermoso juntos", susurro, mirando a Kara.

"Sí", coincide Emery, su voz espesa de emoción.

Nos quedamos así un rato, los tres envueltos en el tipo de paz que nunca pensé que merecería.

La habitación está silenciosa excepto por la suave respiración de Kara, la luz dorada derramándose por la habitación como una promesa.

Esto —*ellas*— son mi todo.

Emery besa mi sien, su voz suave. "No eres el hombre que pensé que eras cuando nos conocimos."

"No lo era", admito, mirándola. "Pero tú me hiciste mejor."

Sus dedos se entrelazan con los míos, y apoya su cabeza contra mi rodilla de nuevo, observando a nuestra hija conmigo.

Mientras el sol comienza a descender en el cielo, el mundo exterior se desvanece. No hay sala de juntas, ni adquisiciones, ni acuerdos esperando ser firmados. Solo nosotros.

Y por primera vez en mi vida, sé que he encontrado exactamente donde pertenezco.

El final gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Adrian y Emery? Entonces te encantará mi novela,

Sé mía



Una mirada fugaz a través de un club nocturno repleto no debía poner mi mundo entero de cabeza.

Entre interminables turnos en la cafetería y cuidar de mi madre y mi hermana, había renunciado a la idea del romance.

Entonces apareció Grayson Holt. El tipo de hombre que exige atención sin intentarlo, que te observa con esos intensos ojos verdes como si pudiera derribar todas las defensas que has construido.

Me dije a mí misma que debía huir, que alguien como él solo complicaría mi vida ya desordenada. Pero su tacto encendió mi piel, y cuando me besó, todas mis defensas cuidadosamente construidas se desmoronaron.

Ahora estoy atrapada entre mi mundo de facturas vencidas y turnos de medianoche, y su reino de sábanas de seda y control absoluto.

Lo que más me aterroriza no es adentrarme en su mundo de poder... es saber que podría nunca querer irme.

Leer ahora! <https://mybook.to/giBB6>



Capítulo 1 – KIMBERLY

Mis pies se arrastran por el concreto agrietado de nuestra entrada mientras estaciono mi maltrecho Honda Civic.

El reloj del tablero parpadea mostrando las 9:47 PM, y mis músculos gritan después de doce horas cargando platos y esquivando clientes manoseadores en la cafetería de Pete. Es entonces cuando veo el Civic rojo cereza de Bianca estacionado torcidamente cerca del garaje, y mi agotamiento se evapora como el rocío de la mañana.

"Maldita sea, otra vez no", susurro, apretando el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. Esta es la tercera vez este mes – no, la cuarta si cuentas aquel domingo por la mañana cuando apareció al amanecer con el rímel corrido por las mejillas y las manos temblorosas.

Nuestra pequeña casa estilo artesanal se ve cansada bajo la luz parpadeante de la calle, su pintura verde menta pelándose como una quemadura solar vieja. Las canaletas caídas y las persianas desgastadas cuentan la historia de veinte años de promesas de "lo arreglaremos el mes que viene."

Pienso en el sobre con las propinas guardado en mi bolso – tal vez esta semana finalmente pueda reemplazar esa luz del porche rota que hace que cada regreso nocturno parezca la escena inicial de una película de terror. Aunque el aviso de mora de la compañía eléctrica que vi sobre la mesa esta mañana podría tener otros planes para ese dinero.

Los escalones del porche crujen bajo mi peso – siempre lo han hecho, incluso cuando era niña. El sonido solía volver loco a papá antes de que decidiera que arreglar piscinas en Phoenix era más importante que arreglar a su familia aquí.

Me detengo en la puerta principal, con la llave suspendida cerca de la cerradura. Hay marcas de rasguños frescos que estropean la pintura alrededor del ojo de la cerradura, y mi estómago se encoge. Bianca debió estar temblando cuando llegó.

Cuando entro, el caos me golpea como una pared física. Los platos están apilados en el fregadero, visibles a través de la entrada de la cocina. Vasos y revistas al azar cubren todas las superficies, y una pila de facturas sin abrir se derrama sobre la mesa de café como una cascada de papel.

La televisión murmura algún programa de telerrealidad que nadie está viendo, y el aroma familiar del vino blanco de mamá se mezcla con algo metálico que hace que mi corazón se salte un latido. Necesito tomar algunos turnos extra esta semana – la pila de sobres rojos no se está haciendo más pequeña, y el salario de maestra de mamá apenas alcanza para la comida estos días.

"¿Bianca?", llamo, dejando que mi bolso se deslice de mi hombro sobre la mesa tambaleante de la entrada. "¿Mamá?"

Están en la sala de estar, exactamente como temía. Bianca está posada en el borde de nuestro antiguo sofá floral como un pájaro herido listo para emprender el vuelo. Mamá se cierne sobre ella con un paño húmedo, balanceándose ligeramente mientras le limpia el labio. Sus movimientos son demasiado cuidadosos, demasiado controlados – como se pone cuando está tratando de ocultar cuánto ha bebido. Una botella de vino vacía se asoma detrás de una pila de revistas viejas, y su copa actual está al alcance de su mano sobre la mesa de café, casi vacía. No hay sorpresa ahí.

"Ay, Dios, Bianca.» Las palabras se me escapan en un suspiro mientras observo el labio partido de mi hermana, que ya se está hinchando morado en la esquina. Una delgada línea de sangre seca se extiende hasta su barbilla y algo protector cobra vida en mi pecho.

El cabello rubio miel de Bianca cae hacia adelante como una cortina, pero capto la vergüenza en sus ojos bajos, el ligero temblor en su labio inferior. Lleva uno de sus conjuntos de diseñador – un suéter de cachemir rosa pálido que probablemente cuesta más de lo que gano en dos semanas en la cafetería. Otro regalo de Carlos, sin duda. Siempre se vuelve generoso después de perder el control.

"Kimmy.» Su voz suena pequeña, nada parecida a mi vibrante hermana mayor que solía ahuyentar a los matones del patio de recreo y enseñarme a hacerme trenzas francesas. "No quería que vieras—" Se detiene, tragando con dificultad.

Cruzo la habitación en tres pasos rápidos, esquivando cuidadosamente una pila de ropa sin doblar, y me arrodillo frente a ella. De cerca, puedo ver el ligero temblor en sus manos mientras retuerce el dobladillo de su suéter. Un hábito de la infancia – solía hacer lo mismo con su uniforme escolar cuando estaba nerviosa por un examen.

"¿Qué pasó?", pregunto, aunque ya lo sé. Siempre es la misma historia con diferentes signos de puntuación – moretones en lugar de ojos negros, labios partidos en lugar de dedos rotos.

La mano de mamá se aprieta alrededor del paño, sus movimientos volviéndose menos coordinados mientras su fachada se desmorona. Bajo la dura luz del techo, puedo ver el

pronunciado balanceo en su postura, el profundo rubor en sus mejillas que habla de mucho más que solo dos copas de vino. "Ese bastardo perdió los estribos otra vez", escupe, pero su toque sigue siendo suave mientras limpia el labio de Bianca.

"No fue así." La voz de Bianca adquiere esa cualidad de ensueño que me aterra – la que significa que ya está reescribiendo la historia en su cabeza. "No debí presionarlo sobre el dinero que falta. Ha estado tan estresado por el trabajo, y sabía que estaba teniendo un mal día, pero seguí haciendo preguntas—"

"Para." Agarro sus manos, obligándola a mirarme. Su piel se siente fría a pesar de la cálida noche de primavera. "Bianca, escúchate. Esto no es tu culpa. Carlos es un adicto que se vuelve violento cuando está drogado. No puedes seguir poniendo excusas por él."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos color avellana – mucho más claros que los míos color miel oscuro. A veces la gente tiene problemas para creer que somos hermanas hasta que nos ven sonreír. Tenemos los mismos hoyuelos, heredados de un padre que nunca se quedó el tiempo suficiente para verlos aparecer.

"No entiendes", susurra, y odio la nota suplicante en su voz. "Él me ama. Realmente está tratando de limpiarse esta vez. Ayer, incluso habló de ir a reuniones, y tiró todas sus—"

"¿Como las tiró el mes pasado?", interrumpe mamá, sus palabras arrastrándose ligeramente a pesar de su evidente esfuerzo por sonar sobria. Deja su copa con más fuerza de la necesaria, y el líquido rojo salpica sobre el borde hacia un estado de cuenta de tarjeta de crédito sin pagar. "¿O el mes anterior? Jesucristo, Bianca, te va a matar uno de estos días."

Bianca se estremece como si las palabras de mamá fueran golpes físicos. "¡Eso no es justo! No lo ves cuando está sobrio. Es tan dulce, tan arrepentido. Me compra cosas, me lleva a restaurantes bonitos—"

"Con dinero que probablemente robó de tu cuenta conjunta", no puedo evitar intervenir, pensando en mi propio miserable saldo bancario y la creciente pila de facturas. "La cuenta que sigue quedándose vacía aunque ambos tienen trabajo."

"Estás celosa", Bianca responde bruscamente, pero no hay verdadero calor detrás de sus palabras. Solo desesperación. "Celosa de que tengo a alguien que me ama, que quiere cuidarme —"

"¿A esto le llamas cuidarte?", señalo su labio, y ella se encoge. "Bianca, por favor. Esto no es amor. Esto es abuso, y te mereces algo mucho mejor."

"No puedo." Su voz se quiebra. "No puedo dejarlo. No entiendes lo mucho que está intentándolo." Se levanta de repente, tambaleándose ligeramente. "Solo necesito descansar. Todo

estará mejor mañana. Probablemente está muy preocupado por mí ahora mismo."

"Bianca, mi amor—" Mamá intenta alcanzarla, tropezando ligeramente y sosteniéndose en el brazo del sofá. Pero Bianca ya se dirige hacia la habitación de invitados – la que todavía tiene un cajón lleno de su ropa de la última vez que juró que había terminado.

La puerta se cierra con un suave clic que de alguna manera duele más que si la hubiera azotado. Me hundo en el sofá, presionando las palmas contra mis ojos ardientes. Los resortes crujen debajo de mí, y capto un aroma del perfume caro de Bianca mezclado con el vino de mamá.

Cuando abro los ojos, mamá está mirando fijamente su copa como si pudiera contener respuestas, sus dedos temblando ligeramente mientras la levanta hacia sus labios.

"¿Cuántas veces vamos a hacer esto?", pregunto suavemente, mirando la pila de facturas sobre la mesa y calculando cuántos turnos extra necesitaría tomar para hacer mella en ellas.

Mamá toma un largo sorbo antes de responder, fallando ligeramente al llevar la copa a su boca. "Hasta que ella decida que ya tuvo suficiente. O hasta que él la mate." Su voz se quiebra en la última palabra. "Debí haberlo hecho mejor con ustedes, chicas. Debí haberles mostrado cómo es el amor verdadero en lugar de—"

"Mamá, no." Alcanzo su mano, estabilizándola mientras deja su copa. "Hiciste lo mejor que pudiste después de que papá se fue."

Ella aprieta mis dedos, pero puedo ver que ya está derivando hacia la cocina donde espera otra botella de Chardonnay.

Algunas noches me pregunto si todas somos adictas de diferentes maneras – Bianca a Carlos, mamá a su vino, y yo a la esperanza de que de alguna manera pueda arreglarlas a ambas.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, haciéndome saltar. La pantalla se ilumina con un mensaje de Amy.

Amy: *"CHICA. Noche de fiesta. No es negociable."*

Me quedo mirando el texto.

Yo: *"Estoy lidiando con asuntos familiares."*

La respuesta es inmediata.

Amy: *"Siempre estás lidiando con asuntos familiares, que es exactamente por lo que necesitas esto. O te encuentro en Lumière o paso por ti en 20 minutos. Tú eliges. 🚗"*

Miro hacia el cuarto de huéspedes donde

Bianca probablemente está llorando sobre su almohada, luego hacia la cocina donde mamá seguramente se está sirviendo otra copa.

La casa se siente pesada con palabras no dichas y errores repetidos, botellas de vino vacías y facturas sin pagar, y de repente no puedo respirar.

Yo: *"Dame 30 minutos. Te veo allá."*

En mi habitación, me paro frente a mi clóset, apartando camisas de uniforme y ropa sensata de trabajo hasta que lo encuentro – el vestido negro que me compré durante las rebajas de fin de temporada.

Es sencillo pero sexy, con un escote de corazón que muestra el suficiente escote para ser interesante sin parecer desesperada. La tela abraza mis curvas de una manera que me hace sentir poderosa en lugar de solo bonita.

Me tomo mi tiempo con el maquillaje, concentrándome en el ritual de transformación.

Las ondas oscuras de mi cabello caen más allá de mis hombros mientras trabajo con la plancha rizador, cada sección liberando una breve nube de vapor.

Delineo mis ojos color miel con sombra ahumada, dejando que el color se intensifique lentamente hasta que mi mirada parece misteriosa en lugar de cansada.

Una pasada de mi mejor labial rojo completa el look – ese que cuesta demasiado pero me hace sentir que podría conquistar el mundo.

El espejo refleja a alguien que no se parece en nada a la chica que pasó doce horas sirviendo café y esquivando proposiciones de camioneros. Esta versión de mí se ve peligrosa, intocable. Tal vez esta noche pueda pretender ser ella por unas horas.

"Voy saliendo", digo suavemente, deteniéndome junto al cuarto de huéspedes. "¿Llámame si necesitas algo?"

El silencio responde, pero sé que Bianca está despierta. Siempre tiene problemas para dormir después de noches como estas.

El viaje a Lumière toma veinte minutos, cada kilómetro poniendo un poco más de distancia entre yo y el peso del hogar.

El club se alza como un oasis brillante en el vecindario industrial, su fachada Art Deco prometiendo escape. La fila se extiende por la esquina, pero Amy ya me envió mensaje diciendo que estamos en la lista.

Adentro, el bajo retumba en mis huesos, lo suficientemente fuerte para hacer vibrar mis dientes. Las lámparas de cristal cuelgan de techos artesonados, proyectando luz prismática sobre la multitud de abajo. El aire huele a perfume caro y whisky aún más caro, con matices de sudor y desesperación.

Amy saluda desde su lugar en la barra de mármol, ya presidiendo con una copa de champán en su mano perfectamente manicurada. Parece salida de una revista con su vestido rojo ceñido al cuerpo.

"¡Por fin!", exclama mientras me abraza. "Dios, te ves increíble. ¿Ves? Esto es exactamente lo que necesitabas."

Antes de que pueda responder, me pone algo azul eléctrico en la mano. El vaso está frío contra mi palma, y el líquido en su interior brilla como una nebulosa.

"Bebe", ordena. "Luego bailamos hasta que olvidemos nuestros nombres."

Tomo un sorbo, dejando que el dulce ardor del alcohol se lleve el sabor metálico de preocupación que ha estado en mi lengua toda la noche. La multitud se divide y surge a nuestro alrededor como una marea brillante, y por un momento, me permito creer que esta noche realmente podría hacer una diferencia.

Es entonces cuando lo veo al otro lado de la barra.

Está sentado en la sección VIP como un rey, pero no hay nada relajado en su postura. Incluso recostado en un reservado de cuero, irradia poder contenido.

La luz ambiental juega sobre los planos de su rostro – todos pómulos afilados y mandíbula fuerte – mientras sus ojos verde claro observan a la multitud con un enfoque depredador. Lleva un traje gris carbón que probablemente costó más que mi auto. Su cabello castaño es corto y está perfectamente peinado, sin un solo mechón fuera de lugar a pesar del calor del club.

Levanta su vaso de líquido ámbar a sus labios, y observo su garganta mientras traga.

El calor florece en mi pecho y no tiene nada que ver con mi bebida y todo que ver con la forma en que flexiona su antebrazo, revelando un reloj costoso y un vistazo de un tatuaje que desaparece bajo su puño.

Entonces su mirada se encuentra con la mía, y el mundo deja de girar.

Leer ahora! <https://mybook.to/giBB6>

Anteprima: Recuérdame



Nunca pensé que aceptar su arreglo de novia falsa me llevaría a enamorarme del empresario más codiciado de Los Ángeles.

Después de que un escándalo destruyera mi vida, solo trataba de sobrevivir trabajando como mesera cuando Austin Ford entró a mi restaurante y me salvó.

Cincuenta mil dólares por treinta días fingiendo ser su novia parecía bastante simple, hasta que me di cuenta de lo familiar que se sentía su contacto.

Sus besos despertaban recuerdos que no lograba descifrar por completo, y fingir empezó a sentirse peligrosamente real.

Justo cuando creía haber encontrado mi lugar en su mundo, el pasado nos alcanzó en la boda de mi mejor amiga.

Ahora todo aquello de lo que he estado huyendo está a punto de salir a la luz, y me aterra perder al único hombre que he amado verdaderamente.

¿Qué sucede cuando el arreglo que se suponía nos salvaría a ambos se convierte en el secreto que podría separarnos?

Leer ahora! <https://mybook.to/T32djEK>



Capítulo 1 – KARINA

La luz del sol inunda el South Coast Plaza a través de su techo de cristal. El cálido aire de California se mezcla con el aroma de pretzels recién horneados y perfumes de diseñador.

Me detengo para ajustar mis sandalias de Saint Laurent mientras observo a la gente pasear por el centro comercial más exclusivo de Orange County. Un grupo de turistas toma fotos junto a la fuente de cristal, mientras los locales bien vestidos cargan bolsas de compras de Gucci, Prada y Cartier. Este es mi mundo, lo ha sido desde que aprendí a caminar.

"¡Karina, mira!" Alyssa agarra mi brazo con emoción, señalando hacia la tienda de lujo. Sus ojos cafés brillan con esa picardía familiar que conozco desde la preparatoria. "Recibieron su nueva colección. Necesitamos entrar."

La sigo, riendo. La luz del sol ilumina mi cabello castaño claro en el reflejo del escaparate. Observo mi atuendo: jeans de diseñador que abrazan perfectamente mis largas piernas, una blusa de seda color crema y joyas sencillas de oro de Cartier. Mi padre siempre me dice que debo vestirme para el éxito, aunque con la riqueza de nuestra familia, ya vivo la vida con la que la mayoría sueña.

"Tranquila, Lyss." Mis bolsas de compras de Gucci y Prada se balancean a mi lado mientras acelero el paso para alcanzarla. "Los vestidos seguirán ahí."

Alyssa gira, moviéndose con una gracia natural adquirida tras años de entrenamiento en ballet. Su vestido veraniego da vueltas alrededor de sus rodillas. "Necesitas el vestido perfecto para mañana por la noche."

Algo que le demuestre a Jessica que has seguido adelante completamente. Es su fiesta de cumpleaños veintidós, sabes que esperará que todos nos veamos dignos de Instagram."

Sacudo la cabeza pero sonrío. "No es muy sutil."

"No queremos ser sutiles." Alyssa entrelaza su brazo con el mío mientras entramos. La tienda nos recibe con su fragancia característica y su familiar lujo. Los pisos de mármol brillan bajo nuestros pies y una suave música clásica suena en el ambiente. "Queremos que te veas deslumbrante. Que todos vean que Karina Winslow no necesita la aprobación de nadie."

María, nuestra vendedora habitual, nos saluda con una cálida sonrisa. Su traje negro perfectamente planchado y sus aretes de perlas me recuerdan cuánto tiempo ha trabajado aquí; me ha ayudado a comprar desde que me probaba vestidos para el baile de bienvenida. Nos guía hacia su última colección de ropa de noche, señalando piezas que sabe que coinciden con mi estilo.

Mientras examino un vestido negro de Versace, pasando mis dedos sobre la suave tela, una voz familiar interrumpe la tranquila atmósfera de la tienda.

"¿Karina? ¿Eres tú de verdad?"

Mi estómago se tensa. Jessica Mitchell está frente a mí con un vestido de tweed de Chanel y tacones Christian Louboutin, luciendo exactamente como la influencer de redes sociales en la que se ha convertido con sus cien mil seguidores. Su largo cabello rubio cae en ondas perfectas, su maquillaje impecable como siempre.

Un bolso Birkin cuelga de su brazo, sin duda un regalo reciente de su padre. Samantha permanece ligeramente detrás de ella, concentrada en su teléfono, documentando todo para su propia creciente presencia en redes sociales.

"Jessica, qué sorpresa."

Jessica se acerca para besar mis mejillas, su suave movimiento practicado en innumerables eventos sociales. Su perfume Clive Christian nos rodea. "Le dije a Samantha hace rato cuánto extraño nuestras compras juntas."

El recuerdo se me atora en la garganta. Solíamos pasar todos los sábados aquí, probándonos ropa y compartiendo secretos mientras tomábamos batidos del bar de jugos, planeando nuestros futuros mientras comprábamos. Cuando todo era más simple, antes de que los chicos y la traición complicaran nuestra amistad.

"¿Recuerdas el tercer año cuando compramos atuendos a juego?" Jessica ríe, tocando mi brazo con familiaridad. Sus acciones parecen amistosas, pero sus ojos contienen algo más, algo calculador. "Éramos ridículas en ese entonces."

"Aún lo son," agrega Samantha, finalmente levantando la vista de su teléfono. Su cabello oscuro coincide perfectamente con las ondas playeras de Jessica. Ahora coordinan todo: su ropa, sus publicaciones en redes sociales, sus vidas. Todo excepto incluirme a mí. A veces me pregunto si Samantha se da cuenta de que simplemente me reemplazó en la vida de Jessica.

"Hablando de celebraciones," los ojos de Jessica brillan con un encanto practicado, "vendrás a mi fiesta de cumpleaños mañana por la noche, ¿verdad? Papi reservó toda la azotea del Ritz-Carlton Laguna Niguel. Está trayendo un DJ desde Ibiza, y la lista de invitados es absolutamente exclusiva."

Alyssa se mueve más cerca de mí protectoramente. Su hombro roza el mío, un recordatorio silencioso de que no estoy sola. "Estaremos ahí," responde, su voz agradable pero firme.

"¡Maravilloso!" Jessica aplaude, sus pulseras de diseñador tintineando. "Estoy tan feliz de que hayamos superado todo ese drama con Ben. La preparatoria parece tan lejana ahora."

El nombre de Ben hace que mi pecho se tense, pero mantengo mi sonrisa. Regresa el dolor familiar, no por él, sino por la amistad que su presencia en mi vida destruyó. "Sí, historia antigua."

"Aunque," Jessica inclina su cabeza, sus ojos color avellana calculadores a pesar de su dulce expresión, "preguntó por ti en Nobu el fin de semana pasado. Se veía muy bien. Todavía conduce ese Porsche negro que sus padres le compraron para su graduación."

Ben siempre se ve bien. Eso nunca cambió. Tampoco cambió su habilidad para encantar a todos a su alrededor mientras rompía corazones a puertas cerradas.

"No le he seguido la pista," digo, forzándome a sonar casual. Mi teléfono se siente pesado en mi bolsillo, sabiendo que su número todavía está ahí, sin bloquear. He estado pensando en borrarlo durante meses pero no he encontrado el valor.

Después de más besos educados y promesas sobre mañana por la noche, Jessica y Samantha se van, sus tacones de diseñador haciendo clic contra el piso de mármol. Las observo alejarse, notando cómo caminan en perfecta sincronía, con las cabezas en alto, comandando la atención de todos los que pasan.

"¿Estás bien?" Alyssa aprieta mi mano. Sus ojos examinan mi rostro con preocupación.

Suelto un largo suspiro, dejando que mis hombros caigan ligeramente. "Ella siempre menciona a Ben tan casualmente, como si no hubiera intentado arruinar nuestra relación durante meses. Todos esos rumores que esparció, la forma en que le contaba sobre chicos que supuestamente estaban interesados en mí..."

"¿Antes de que él mismo lo arruinara? Él fue quien engañó, ¿recuerdas?" Alyssa levanta sus cejas. "Vamos. Encontremos tu vestido perfecto. Mostrémosle a todos en esa fiesta mañana que estás prosperando."

La siguiente hora pasa en el probador. Pruebo varios estilos: un Carolina Herrera rojo demasiado atrevido, un Oscar de la Renta azul demasiado seguro, un Elie Saab verde que decolora mi tez. Pero el Versace negro sigue atrayéndome. La tela sigue mis curvas perfectamente antes de caer en una elegante abertura que muestra justo la cantidad correcta de pierna para ser notada pero no comentada.

El escote baja lo suficiente mientras se mantiene sofisticado, y el diseño de la espalda hace una declaración sin gritar por atención.

"Este es," declara Alyssa desde su asiento en el sofá de terciopelo. Ella ya encontró su vestido, un Dior rosa que la transforma en realeza, haciendo que su piel olivácea brille. "Te ves perfecta. Mejor que perfecta. Te ves imperturbable."

El viaje a casa en mi Range Rover sigue la Pacific Coast Highway. El océano brilla bajo el sol de la tarde, y las palmeras se mecen con la cálida brisa. Nuestra propiedad se encuentra en Newport Coast, con vista al agua. Las puertas de seguridad se abren cuando me acerco, y estaciono frente a nuestra mansión de estilo mediterráneo. Tres fuentes bordean la entrada circular, y los jardineros atienden el jardín de rosas premiado de mi madre.

Encuentro a mi padre en su estudio, rodeado de múltiples pantallas que muestran datos del mercado.

Su cabello oscuro muestra un distinguido gris en las sienes, y su traje Tom Ford le queda perfectamente. Flores frescas descansan en un jarrón de cristal sobre su escritorio.

"Princesa." Sonríe mientras beso su mejilla. "¿Buena jornada de compras?"

"Sí, muy productiva." Me siento en el borde de su escritorio, con cuidado de los informes de adquisiciones. El familiar aroma a cuero y madera de su estudio me envuelve como una manta reconfortante. "Vi a Jessica Mitchell."

Su expresión se agudiza instantáneamente, la mirada que construyó la fortuna de nuestra familia y nos mantiene en la cima de la jerarquía social de Orange County. "¿La hija de Robert Mitchell?"

Asiento, estudiando su reacción. "Parecía amigable."

"Los Mitchell siempre parecen amigables." Palmea mi mano, su anillo de sello de oro captando la luz. "Robert ha estado haciendo movimientos en el mercado últimamente. Tratando de

comprar empresas tecnológicas más pequeñas antes de que salgan a bolsa. Estoy tratando de comprar algunas para que no se convierta en el hombre más rico de la ciudad."

"Bueno, suerte con eso, papi. Voy a saludar a mamá," digo antes de salir de su oficina. Hablaré conmigo durante horas y horas sobre negocios si lo dejo y esta noche no estoy de humor.

Mi madre descansa en su solario cuando la encuentro, rodeada de sus preciadas orquídeas. Su cabello castaño claro, idéntico al mío, enmarca su rostro perfectamente. Levanta la vista de su iPad con una cálida sonrisa.

"¿Encontraste algo?" pregunta, dejando a un lado su dispositivo. Una copa de champán medio vacía descansa a su lado, captando la luz de la tarde.

Pasamos una hora discutiendo el vestido y los accesorios. Me ofrece sus aretes de diamantes colgantes, los que papá le compró para su vigésimo aniversario. Ser hija única significa tener su atención y apoyo completos, aunque a veces sus expectativas pesan mucho sobre mis hombros.

Más tarde, en mi suite con su sala de estar, vestidor y baño extragrande, me acuesto en mi cama king-size bajo la lámpara de cristal.

Las paredes grises y los muebles blancos crean una atmósfera pacífica, acentuada por toques decorativos rosados.

Mi teléfono vibra con un mensaje del número de Ben: *"Te extraño, Karina. ¿Podemos hablar?"*

Mis manos tiemblan ligeramente. ¿Nueve meses de silencio rotos ahora? Recuerdo nuestra relación perfecta: citas románticas, gestos considerados, sentirme completamente amada.

Todo cambió después de que tomó mi virginidad. La primera vez que me engañó, lo descubrí con una estudiante de segundo año de su universidad. La segunda vez involucró a la amiga de su hermano. Ambas veces prometió que no significaba nada, juró su amor y garantizó el cambio.

Ahora me arrepiento de haber dejado que dañara mi amistad con Jessica.

Ella manejó las cosas mal, pero yo también cometí errores. Sabía que a ella le gustaba, sabía sobre su coqueteo antes de que él me eligiera. Me convencí a mí misma de que su aprobación era real porque lo deseaba tanto.

Aparece otro mensaje: *"He cambiado. Lo juro. Solo dame una oportunidad para demostrarlo."*

Esta vez, no dudo. Bloqueo su número y borro toda nuestra historia de mensajes. Con dedos decididos, también elimino cada foto nuestra juntos de mi teléfono. Mañana en la fiesta de cumpleaños de Jessica representa nuevos comienzos, pero no con Ben. Nunca más con Ben.

Mi teléfono vibra una última vez, un mensaje de Jessica: *"¡No puedo esperar a verte mañana por la noche! ¡Como en los viejos tiempos! ♥♥"*

Miro fijamente el mensaje, recordando cuántas veces Jessica dijo esas exactas palabras en la preparatoria antes de que algo saliera mal. Antes de que los rumores se esparcieran, antes de que las amistades se fracturaran, antes de que la confianza se hiciera añicos.

Mañana marca un nuevo comienzo.

Ruego no estar caminando hacia otro error.

Leer ahora! <https://mybook.to/T32djEK>

Anteprima: De vuelta a
nosotros



Nunca pensé que aceptar el perfil de un CEO me pondría de nuevo en el camino del mejor amigo de mi hermano - ahora un multimillonario posesivo e irresistible con demonios que mantiene bajo llave.

Cole Hollic no es solo otra historia; es el chico que solía ver arreglando autos en nuestra entrada, ahora transformado en un hombre que me mira como si quisiera devorarme por completo.

Mantener las cosas profesionales se vuelve imposible cuando me besa en su oficina, marcándome como suya. Pero cuando mi jefa exige que exponga su trágico pasado, tengo que elegir entre mi carrera y el hombre que ha reclamado cada parte de mí.

Tres días en Santorini con él me arruinan para cualquier otro.

Cole no solo quiere mi cuerpo - quiere mi corazón, mi futuro, mi todo. Y ahora, parada de nuevo en estos acantilados griegos, guardo un secreto que cambiará nuestras vidas para siempre.

Leer ahora! <https://mybook.to/ruVwD6>



Capítulo 1 – WHITNEY

Mi café casi salpica peligrosamente mi computadora portátil cuando lo azoto sobre mi escritorio, apenas logrando salvar mi teclado de una destrucción segura. Otro día, otra pila de entrevistas sin sentido para redactar.

Al menos recordé comprar café de camino al trabajo hoy – una pequeña misericordia considerando el espectáculo de horror que me esperaba en mi bandeja de entrada.

"¿Otro artículo fascinante sobre el viaje de Susan Martinez de ama de casa a coach empresarial de seis cifras?" La voz de mi compañero Jake flota sobre la pared de nuestro cubículo compartido, goteando el mismo sarcasmo que ayuda a hacer estos días soportables.

"Dios, ojalá." Hago clic a través de mi correo electrónico, revisando el resumen de Tracy. "No, esta vez es 'Cómo Me Hice Millonaria Vendiendo Papel Higiénico con Afirmaciones Positivas.' No es broma." El terrible juego de palabras no pasa desapercibido para ninguno de los dos, y el resoplido de risa de Jake me hace sonreír a pesar de todo.

Bienvenidos a Elevate Media, donde los sueños vienen a morir y las tonterías vienen a prosperar. Está bien, tal vez eso es duro, pero después de ocho meses escribiendo innumerables artículos sobre cada aspirante a empresario con una idea loca y un seguimiento en Instagram, mi título en periodismo prácticamente está llorando en un rincón.

Aun así, los mendigos con deudas estudiantiles no pueden ser exigentes. Los 60 mil dólares al año que Tracy y Victor Shaw me pagan supera servir mesas en The Cheesecake Factory, que había sido mi plan de respaldo después de la graduación. Algunos días, sin embargo, me pregunto si lidiar con clientes exigentes podría haber sido más fácil que lidiar con las constantes demandas de Tracy y las vagas "sugerencias" de mejora de Victor.

Abro las notas de la entrevista en mi pantalla, tratando de encontrar un ángulo que haga que el papel higiénico reutilizable con citas inspiradoras suene revolucionario en lugar de ridículo.

Tracy querrá esto terminado para el mediodía, y ya son—

"¡Whitney!" La voz de Tracy corta a través de la oficina como un cuchillo, haciéndome saltar.

"Mi oficina. Ahora."

Ugh. Ese tono nunca significa nada bueno. Veo la mueca comprensiva de Jake mientras me levanto, alisando mi saco del estante de liquidación de Target. El camino a la oficina de Tracy se siente como una marcha a la oficina del director, cada clic de mis tacones en el piso laminado marcando otro paso más cerca de la perdición.

Tracy Shaw ha perfeccionado el arte de hacer que la gente se sienta pequeña sin decir una palabra. Tal vez es la manera en que te mira por encima de sus gafas de diseñador, o cómo siempre parece estar escribiendo algo importante cuando entras a su oficina, haciéndote esperar en un silencio incómodo. Hoy no es la excepción.

Me quedo ahí parada, tratando de no inquietarme, mientras ella termina cualquier correo electrónico extremadamente crucial que no puede esperar treinta segundos.

La pared detrás de su escritorio está cubierta de portadas de revistas enmarcadas – todas presentando historias de éxito que hemos escrito. Algunos días me pregunto cuántos de esos negocios siguen realmente funcionando.

"Cierra la puerta," dice Tracy finalmente, sin levantar la vista de su pantalla.

Mi estómago se hunde. Las reuniones a puerta cerrada nunca son buenas. ¿Será por el error tipográfico en el artículo de la semana pasada? ¿O tal vez alguien finalmente se ha quejado de que su historia los hizo sonar menos que perfectos?

Cierro la puerta con dedos temblorosos y me volteo para enfrentarla, esforzándome por mantener lo que espero sea una expresión profesional en lugar del pánico de ciervo encandilado que estoy sintiendo.

"Siéntate." Tracy señala una de las incómodas sillas modernas frente a su escritorio. El tipo que se ve increíble en fotos pero se siente como un dispositivo de tortura después de dos minutos.

Me siento en el borde del asiento, cruzando los tobillos como mi madre me había inculcado durante innumerables lecciones de etiqueta. Los viejos hábitos son difíciles de matar, incluso cuando te enfrentas a un posible desempleo.

Tracy finalmente levanta la vista, juntando sus manos sobre su escritorio. Su manicura roja probablemente cuesta más que todo mi atuendo. "Necesitamos hablar sobre tu futuro en Elevate." Oh Dios. Esto es todo. Después de ocho meses escribiendo artículos superficiales sobre botellas de agua con cristales curativos y diarios de manifestación, estoy a punto de ser despedida. Mi mente repasa el saldo de mi cuenta de ahorros – apenas suficiente para cubrir el alquiler del

próximo mes y los pagos del préstamo estudiantil. Tal vez The Cheesecake Factory todavía está contratando—

"Nos han propuesto una oportunidad importante," continúa Tracy, aparentemente ajena a mi crisis interna. "Un artículo de perfil que podría poner a Elevate en el mapa. Periodismo empresarial real, no solo historias de éxito y reportajes de startups."

Parpadeo, mi pánico momentáneamente olvidado. "¿Periodismo empresarial real?"

La ceja perfectamente delineada de Tracy se arquea. "Trata de contener tu entusiasmo sobre nuestro contenido actual."

"No, no quise decir—" empiezo a retractarme, pero ella me interrumpe con un gesto.

"Déjalo. Todos sabemos lo que hemos estado produciendo. Pero esto..." Saca un archivo de su cajón. "Esto es diferente. Dark Industries nos ha contactado para hacer un perfil exclusivo de su CEO."

Mi corazón se detiene. Literalmente se detiene.

Dark Industries es una de las empresas tecnológicas de más rápido crecimiento en el país. Su CEO es notoriamente privado, apenas existen fotos suyas en línea, y nunca dan entrevistas a la prensa. Y su CEO...

"Cole Hollic," dice Tracy, confirmando mi peor temor. "¿Te suena?"

¿Que si me suena? Solo todos los malditos días durante los últimos diez años.

Cole Hollic. El antiguo mejor amigo de mi hermano. El tipo que me enseñó a conducir un auto manual en su destartado Jeep. El que iba a todos mis juegos de voleibol en la preparatoria pero nunca se quedaba para saludar. El hombre cuyo rostro he tratado tanto de olvidar que he evitado activamente leer cualquier noticia sobre el ascenso meteórico de su empresa.

"Yo... puede que haya oído de él," logro decir, orgullosa de que mi voz apenas tiemble.

Los labios de Tracy se curvan en algo que podría haber sido una sonrisa si no hubiera sido tan depredadora. "Bien. Porque vas a entrevistarle."

La habitación empieza a dar vueltas ligeramente. "¿Yo?"

"¿A menos que haya otra Whitney Prescott en nuestra nómina?" La voz de Tracy gotea sarcasmo. "Sí, tú. Su equipo de relaciones públicas te solicitó específicamente."

Por supuesto que lo hicieron, porque el universo me odia.

"¿Por qué..." Me aclaro la garganta, tratando de sonar profesional en lugar de pánico. "¿Por qué yo?"

Tracy se encoge de hombros, ya volviéndose hacia su computadora. "Aparentemente, les gustó tu estilo de escritura. Aunque Dios sabe por qué, considerando los temas que te hemos dado para

trabajar. La entrevista está programada para mañana a las 9 AM. En su oficina. No llegues tarde, no lo arruines, y no me hagas arrepentirme de habértelo dado en lugar de manejarlo yo misma." Mañana. Nueve AM. Menos de veinticuatro horas para prepararme para enfrentar a Cole Hollic por primera vez en seis años. La última vez que lo había visto fue en la boda de mi hermano Matt, donde me había mirado exactamente una vez antes de evitarme durante toda la recepción. "Te enviaré el resumen por correo electrónico," dice Tracy, ya despidiéndome. "Y Whitney?" Me detengo en la puerta, mi mano temblando en el picaporte.

"Usa algo que no grite 'estante de liquidación'."

Logro llegar de vuelta a mi escritorio antes de desplomarme en mi silla, mis piernas demasiado débiles para sostenerme más. La cara preocupada de Jake aparece sobre la pared del cubículo.

"¿Estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma."

Un fantasma habría sido más fácil de manejar. Miro fijamente mi pantalla de computadora, sin verla realmente. "¿Recuerdas cuando te conté sobre el mejor amigo de mi hermano? ¿Aquel por el que tenía un crush enorme en la preparatoria?"

"¿Es en serio?" Los ojos de Jake se agrandan.

"Sí." Abro mi cajón inferior, sacando la barra de chocolate de emergencia que guardo ahí para situaciones extremas. Si esto no califica, nada lo hace. "Resulta que ya no es solo un genio de la tecnología que tuvo suerte con una startup. Es Cole maldito Hollic de Dark Industries. Y tengo que entrevistarle. Mañana."

Jake deja escapar un silbido bajo. "Vaya, mierda."

"Sí," desenvuelvo el chocolate con dedos temblorosos. "Mierda, en efecto."

La tarde se extiende ante mí como un campo minado. Tengo que terminar la historia del empresario del papel higiénico, preparar una entrevista, y de alguna manera necesito encontrar tiempo para comprar un atuendo que no grite 'periodista en apuros' al tipo que una vez me vio caer de cara en una piscina mientras trataba de impresionarlo con mis habilidades de clavado.

Mi teléfono vibra con una notificación de correo electrónico. El resumen de Tracy, sin duda lleno de sugerencias punzantes y amenazas veladas sobre lo que pasaría si arruino esto. Tomo otro bocado de chocolate, dejándolo derretirse en mi lengua mientras trato de calmar mi corazón acelerado.

Mañana por la mañana, tendré que enfrentar a Cole Hollic – el hombre que ha protagonizado cada una de mis fantasías adolescentes y pesadillas adultas.

El tipo que ha pasado de arreglar autos en el garaje de mis padres a aparecer en las portadas de revistas de negocios. El que nunca me ha visto como nada más que la molesta hermana pequeña

de su mejor amigo.

Y ahora tengo que entrevistarle como si fuera solo otro sujeto más.

Como si la vista de su estúpidamente perfecto rostro no me hiciera temblar las rodillas. Como si no hubiera pasado los últimos seis años tratando de olvidar la manera en que me había mirado en la boda de Matt – ese breve momento cuando sus ojos color avellana se encontraron con los míos a través de la habitación, llenos de algo que parecía casi como arrepentimiento antes de que se volteara.

"Sabes," dice Jake pensativo, "esto podría ser bueno para ti. Aclarar las cosas, obtener algo de cierre, ¿tal vez finalmente seguir adelante?"

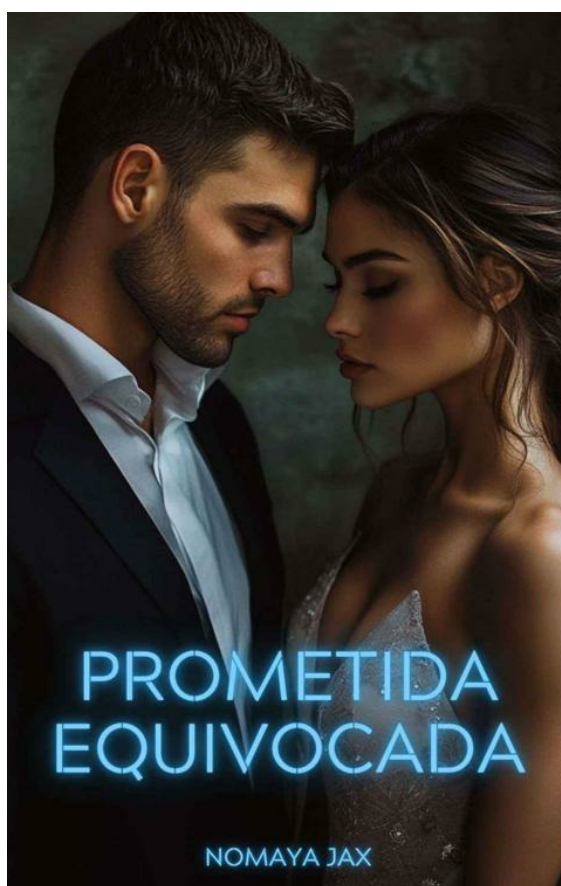
Le arrojo mi envoltorio de chocolate a la cabeza. "O podría ser un desastre completo que arruine mi carrera y cualquier oportunidad que alguna vez tuve de ser tomada en serio como periodista."

"Bueno, sí. También está eso." Se agacha cuando alcanzo mi pelota anti-estrés para lanzarla después. "Pero hey, mira el lado positivo – al menos no puede ser peor que la historia del papel higiénico con afirmaciones positivas."

Gimo, dejando caer mi cabeza sobre mi escritorio. "No lo maldigas."

Leer ahora! <https://mybook.to/ruVwD6>

Anteprima: Prometida
Equivocada



Nunca pensé que aceptar un trabajo como asistente ejecutiva de un multimillonario me llevaría a fingir un compromiso con él.

El arreglo era simple: tres meses pretendiendo, un gran cheque de pago, y ambos obtendríamos lo que queríamos.

Pero vivir juntos difuminó las líneas entre lo real y lo falso más rápido de lo que pude escribir una carta de renuncia.

Ahora estoy muy involucrada, enamorándome de un hombre que solo se supone que está interpretando un papel.

Mis sueños de tener un restaurante parecen más lejanos que nunca mientras me pierdo en su mundo de oficinas en rascacielos y galas benéficas.

Cuando las líneas entre la pretensión y la realidad desaparecen por completo, tengo que decidir si estoy dispuesta a arriesgarlo todo por un amor que nunca fue parte del trato.

Algunos arreglos están hechos para romperse... ¿pero a qué costo?

Leer ahora! <https://mybook.to/Kx53>



Capítulo 1 – VANESSA

La fiesta está en su apogeo. El gran salón de la Mansión Blackwood está repleto de hombres y mujeres elegantes con ropa costosa, bebiendo champán en copas de cristal.

Las lujosas arañas proyectan un cálido resplandor dorado sobre los suelos de mármol, haciendo que todo brille como una escena de cuento de hadas.

Reconozco a algunas de estas personas; importantes directores ejecutivos, celebridades e incluso políticos, su ropa de diseñador y sonrisas de un millón de dólares son un claro recordatorio del mundo que estoy habitando temporalmente.

Esta noche, en esta misma sala, se formarán alianzas y se tomarán decisiones importantes que afectarán la economía nacional. El aire está cargado con el aroma de perfumes caros y el sonido de risas practicadas.

Sin duda, solo una familia de conglomerados poderosos como los Blackwood puede atraer a tal multitud bajo el pretexto de un evento benéfico.

Supongo que debería estar agradecida por la oportunidad de estar en una sala llena de personas tan influyentes, pero me siento como una impostora en mi vestido cuidadosamente elegido de la colección de la temporada pasada.

Preferiría estar acurrucada en mi sofá en casa, viendo mi programa de cocina favorito con una copa de vino barato y comida para llevar, pero en su lugar, estoy atrapada en una fiesta de la alta sociedad con personas que probablemente gastan más en una sola comida que yo en comestibles durante un mes.

La música clásica que flota en el aire no hace nada para aliviar mi creciente irritación.

No solo me obligó a asistir a su evento familiar un sábado por la noche, sino que también me hizo estar en la entrada para dar la bienvenida a los invitados. Así que tengo que sonreír a extraños aunque mis pies me están matando. ¿Por qué? Porque soy su maldita asistente ejecutiva y debo obedecer todas sus órdenes. A veces me pregunto si Ethan Blackwood obtiene algún tipo de placer perverso haciendo mi vida difícil.

Suspiro suavemente, cambiando sutilmente mi peso de un pie a otro. La seda borgoña de mi vestido susurra contra mis piernas con cada movimiento, un recordatorio constante de cuánto gasté en este atuendo.

Tal vez debería haber usado tacones más sensatos... Pero quería demostrarle a Ethan Blackwood que podía disfrutar de la fiesta a la que me obligó a asistir. Así que me puse un vestido bonito y zapatos sexys. Pero luego, me ordenó hacer de anfitriona, y todas mis aspiraciones de disfrutar la noche se fueron por la ventana. Los tacones de quince centímetros que parecían una tan buena idea en la tienda ahora son instrumentos de tortura.

Dejo escapar otro suspiro derrotado y levanto la mirada a tiempo para ver una figura alta familiar caminando por la puerta. Eric Dawson.

Mi corazón se detiene y vuelve a latir a una velocidad increíble. Nunca pensé que me lo encontraría tan pronto después de nuestra ruptura, aunque debería haberlo sabido mejor. Tres meses no es tiempo suficiente para sanar de una relación que duró dos años. Debería haber esperado verlo en un evento como este como el hijo mediano de Elon Dawson, presidente de Dawson Corporation. Dawson Corporation es una de las empresas de viajes y turismo más antiguas de Estados Unidos y está afiliada a Blackwood Holdings.

La última vez que supe, Eric estaba abriéndose camino en la escalera corporativa de la empresa de su padre y recientemente fue ascendido a Director Ejecutivo. No es que lo esté acosando ni nada por el estilo... aunque puede que haya echado un vistazo a su perfil de LinkedIn una o dos veces. O tal vez cinco veces. Pero ¿quién está contando?

Como si estuviera controlado por una fuerza invisible, mira en mi dirección y nuestras miradas chocan. La sorpresa brilló en sus ojos azul océano, seguida instantáneamente por una emoción indefinible. Sigue caminando hacia mí, con los ojos fijos intensamente en los míos. Cuanto más se acerca, más fuerte late mi corazón en mi pecho.

Casi puedo escuchar el sonido de mis latidos por encima de la suave música de jazz que suena de fondo. Eric se detiene frente a mí. Se ve tan guapo como siempre en un esmoquin azul marino hecho a medida con su cabello negro brillante, peinado a la perfección.

El aroma familiar de su colonia – la que le regalé la Navidad pasada – flota hacia mí, despertando recuerdos que preferiría olvidar.

"Hola, Ness", dice, sonriéndome como si no me hubiera atravesado el corazón hace solo tres meses. Después de que prometió dar el siguiente paso presentándose a su familia, pero nunca sucedió.

"Eric", digo simplemente como saludo. Probablemente porque mi garganta está ahogada de emociones.

"Te ves... impresionante", dice, un poco sin aliento, mientras recorre con la mirada mi cuerpo, luego vuelve a mi cara. La familiar apreciación en su mirada hace que mi estómago revolotee traicioneramente.

Apenas contengo las ganas de poner los ojos en blanco.

¡Qué descaro tiene de mirarme así después de todo...!

"Gracias", digo, manteniendo la voz baja. "Supongo que debería."

Eric asiente, aclarándose la garganta incómodamente. "Por supuesto, siempre has sido hermosa. Por cierto, no esperaba encontrarte aquí. Yo..."

De repente es interrumpido por una hermosa mujer de cabello negro que parece estar en sus cincuenta. Los diamantes que adornan su cuello probablemente podrían pagar mis préstamos estudiantiles.

"Hola, hijo. ¿Cuándo llegaste?", preguntó, enlazando su brazo con el de él. Me lanza una mirada sutil y luego sonríe dulcemente a Eric. "Te he estado esperando toda la noche."

Eric de repente parece un ciervo atrapado por los faros. Se aclaró la garganta incómodamente, apartando la mirada de mí para sonreírle.

"Hola, mamá. Lo siento, me detuve a saludar a una amiga."

"No tienes tiempo para conversar con extraños, querido. Quiero que conozcas a la hija del Fiscal General, Meredith Marlowe. Es hermosa."

Como si fuera una señal, veo a Meredith al otro lado de la sala, su perfecto cabello rubio cayendo por su espalda en ondas elegantes. Lleva un impresionante vestido verde esmeralda que probablemente cuesta más que mi auto, y está mirando a Eric como si fuera el último trozo de chocolate en el mundo. Incluso desde aquí, puedo ver que ella es todo lo que yo no soy: refinada, sofisticada y, lo más importante, del círculo social correcto.

Me burlo ligeramente con incredulidad. De repente me siento abrumada por una serie de emociones conflictivas; ira, humillación, tristeza, pero sobre todo dolor.

¿Una amiga?

Después de todo lo que compartimos, ¿me presentó a su madre como una... amiga? Después de dos años de noviazgo, innumerables "te amo" y conversaciones sobre nuestro futuro, ¿he sido degradada a solo... una amiga?

Me quedo allí, ahogándome en mi humillación.

Justo cuando empiezo a desear que la tierra se abra y me trague, mi mano derecha es repentinamente envuelta por una palma cálida y fuerte.

"Y, si me permiten preguntar, ¿qué hace mi director ejecutivo hablando con los invitados en lugar de mostrarles el camino?"

Levanto la mirada hacia la familiar voz distante y, efectivamente, Ethan Blackwood está de pie junto a mí, mirándome con esa expresión irritantemente altiva que me dan ganas de golpear su hermoso rostro. Su mano todavía está envuelta alrededor de la mía, el calor de su toque enviando hormigueos inesperados por mi brazo.

Ethan Blackwood convenientemente se alza sobre el resto de nosotros en el grupo, y casi todos los demás en la sala. Con sus ricos rizos oscuros, profundos y fascinantes ojos color avellana, y mandíbula perfectamente cincelada, fácilmente llama la atención en cada sala en la que entra. Su esmoquin negro hecho a medida le queda como una segunda piel, resaltando sus anchos hombros y constitución atlética. Es un hombre guapo en todos los sentidos de la palabra, y él lo sabe. Un director ejecutivo multimillonario con el aspecto de un dios griego, Ethan Blackwood es el hombre perfecto de los sueños de toda mujer delirante.

Excepto que yo no soy una de esas mujeres... No me importa en absoluto la actitud dominante de Ethan.

Pero al final del día, él es mi jefe y necesito desesperadamente los cheques mensuales de su empresa, así que sostengo su mirada, forzando mis labios en lo que espero sea una sonrisa educada. "Lo siento, Sr. Blackwood, el Sr. Dawson ya se iba." Me vuelvo hacia Eric con una mirada de advertencia sutil. "¿Verdad, Sr. Dawson?"

"Blackwood", dice Eric a modo de saludo, ignorando deliberadamente mi sutil mirada de advertencia.

"Dawson", dice Ethan, reconociendo a Eric con un breve asentimiento. Se vuelve hacia la Sra. Dawson con una sonrisa encantadora. "Buenas noches, Lolita. Gracias por venir."

"Buenas noches, querido", dice la Sra. Dawson, batiendo cómicamente sus párpados.

Parece que ni siquiera las mujeres mayores casadas son inmunes a los encantos de Ethan Blackwood.

"¿Trabajas para Blackwood ahora?", pregunta Eric, volviéndose para mirarme. Sus profundos ojos azules muestran curiosidad y algo más, ¿preocupación, tal vez?

"Sí, lo hace", responde Ethan antes de que yo tenga la oportunidad de hablar. Su pulgar acaricia distraídamente el interior de mi muñeca, y lucho contra el impulso de alejarme. "¿No estarás tratando de robar a mi empleada, verdad?", pregunta en un tono ligero que contradice la intensidad en sus profundos ojos moteados de dorado.

Mientras observo a los dos hombres participar en una batalla silenciosa de ingenio, ninguno dispuesto a someterse al otro, no puedo evitar preguntarme sobre la historia entre ellos. No buena, obviamente. La tensión entre ellos es casi palpable, crepitando en el aire como electricidad estática.

Eric está a punto de decir algo pero es interrumpido por la risa aguda de la Sra. Dawson. "Por supuesto que no, querido. Eric solo estaba pidiendo indicaciones para nuestras mesas a la señorita." Se aclara la garganta ligeramente y da un codazo al brazo de Eric. "Deberíamos irnos ahora; no hagamos esperar a Meredith."

Con una última mirada persistente, Eric se da la vuelta y camina en la dirección opuesta con su madre del brazo. Lo veo alejarse, mi corazón se contrae con un agudo sentido de pérdida. Me doy cuenta en ese momento que ya no me siento triste o enojada, solo decepcionada...

Teníamos algo hermoso, pero al final, él eligió a su familia. Sé que por eso nunca me presentó, sabía que nunca me aprobarían.

No puedes culpar a un hombre por elegir a su familia, ¿verdad? Incluso si esa elección te dejó sintiéndote como si no fueras suficiente, como si nunca serías suficiente.

Observo mientras Eric se acerca a Meredith, quien inmediatamente se ilumina como un árbol de Navidad. Ella toca su brazo, riendo de algo que él dice, y siento una llamarada de celos en mi pecho antes de reprimirla con fuerza. Ya no tengo derecho a estar celosa. Además, esto es exactamente lo que su madre quería: su hijo con alguien de su mundo.

"Así que, Dawson, ¿eh? ¿Cuál es el secreto?"

Casi había olvidado la presencia de Ethan hasta que su voz suave y aterciopelada cortó mis pensamientos. Su mano todavía sostiene la mía, y me pregunto si siquiera es consciente de ello. Lo miro, controlando mis facciones para que no revelen nada.

"¿Qué quiere decir? ¿Señor?", añado el título como una ocurrencia tardía porque sé cuánto le molesta que lo llamen 'señor'.

Ethan no cae en la provocación esta vez, sin embargo. "Me parece que hay alguna historia entre ustedes dos. ¿Cómo conoces a Eric Dawson?"

Me pregunto brevemente por qué parece persistente sobre mi relación con Eric, generalmente no se preocupa por mi vida personal. Siempre hemos mantenido nuestra relación estrictamente profesional, a pesar de trabajar estrechamente juntos durante los últimos ocho meses.

"Con todo respeto, señor, no es asunto suyo."

Una emoción indescifrable cruza los intrigantes ojos verde dorados de Ethan. Por un momento, creo ver algo como preocupación, tal vez incluso celos, pero desaparece antes de que pueda estar segura.

"Con respeto, ¿eh", se burla Ethan con una pequeña sonrisa. "Veo que sigues siendo tan educadamente obstinada como siempre, Srta. Adams. Supongo que sus asuntos fuera del trabajo no son de mi incumbencia. Pero por esta noche, está en el trabajo y apreciaría que cumpliera diligentemente con su deber en lugar de socializar. Es decir, eso es para lo que le pago."

Lucho contra el impulso de darle un pedazo de mi mente. Su mano finalmente libera la mía, e inmediatamente extraño su calor. "Bien entendido, señor."

Él sonríe con satisfacción, asintiendo en aprobación. "Disfrute su noche, Srta. Adams."

Y con eso, se aleja con sus habituales pasos largos y seguros. Lo observo mientras cruza la sala, deteniéndose ocasionalmente para charlar con invitados importantes. Termina cerca del grupo de Meredith, y noto cómo ella inmediatamente desvía su atención de Eric hacia él, batiendo sus pestañas perfectamente maquilladas. Ethan responde con su característica sonrisa encantadora, esa que hace que las mujeres se derritan, y siento otro destello inesperado de... algo. No son celos, seguramente. Probablemente solo estoy cansada y emocionalmente agotada por toda esta noche.

"Idiota", murmuro entre dientes, mientras lo observo ejercer su encanto sobre la multitud.

¿Cómo diablos se supone que voy a disfrutar mi noche de pie durante horas con estos malditos tacones? Al menos el drama con Eric ya terminó, y puedo concentrarme en mi trabajo. Aunque algo me dice que esta noche está lejos de terminar...

Leer ahora! <https://mybook.to/Kx53>

¡Gracias!

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de amor de Adrian y Emery!

Como autor romántico recién establecido, ¡me gustaría agradecerle por tomarse el tiempo para leer mis novelas!

Su apoyo significa el mundo absoluto para mí. ¡Espero poder traerte más romances increíbles en el futuro!

Si te gustó esta historia, déjame una reseña en Amazon y sigue mi página de Amazon Author para que puedas encontrar mis nuevos lanzamientos.

Gracias de nuevo, ¡eres muy apreciada!

xoxo,

Nomaya Jax